Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

SUMARIO

DENIS DE ROUGEMONT — Nuevas metamorfosis de Tristán.
H. A. MURENA — El escándalo y el fuego.
ALBERT CAMUS — Sobre "Las Islas".
ADOLFO BIOY CASARES — Cuervo y paloma del doctor Sebastián Darrés.
J. H. HERNÁNDEZ — Tres poemas.
TOMÁS ELOY MARTÍNEZ — Acción de gracias.
JUAN GOYTISOLO — Artistas.

CRÓNICAS Y NOTAS

Enrique Anderson Imbert: Papeles • Guillermo Díaz Doin: ¿Quién manda en el mundo? • LIBROS: Juan Adolfo Vázquez: Bajo el signo del unicornio • Roberto García Pinto: De Huxley a Montaigne • Alicia Jurado: J. Krishnamurti "La libertad primera y última" • Eugenio Guasta: Thomas Merton: "La vida silenciosa" • Jaime Rest: Vicente Rossi y los orígenes del tango • A. J.: Enrique Amorim: "La desembocadura" • Rosa Chacel: José Donoso: "Coronación" • Celia Zaragoza: Manuel Rojas: "Mejor que el vino" • Jorge A. Paita: Gastón Gori: "La muerte de Antonini"; Andrés Fidalgo: "La copla" • Joaquín O. Giannuzzi: Hugo Acevedo: "Canto al Norte" • J. A. P.: Miguel Gallardo: "Alaradas" • J. O. G.: Héctor Ciocchini: "Canto del prisionero"; Dora Martínez Díaz de Vivar: "Fragmentario ser"; María Paulina Juszko: "Poemas del Yo Dios" • AZARES DE LA LETRA, por J. A. P. • DOCUMENTOS: Ignazio Silone y John Kenneth Galbraith: Partido de masa y democracia • OMISIÓN, por José Bianco • ACLARACIÓN: A propósito de Susana Soca y Pasternak, por Guillermo de Torre.

258

MAYO Y JUNIO DE 1959
BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO
SUC. 58 (B)
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931

Y DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

●

Redacción y Administración
SAN MARTÍN 689
BUENOS AIRES
T. E. 31 - 3220 y 32 - 2879

Jefe de Redacción
JOSE BIANCO

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
CARLOS ALBERTO ERRO
WALDO FRANK
ALBERTO GIRRI
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
H. A. MURENA
SILVINA OCAMPO
MARÍA ROSA OLIVER
ALFONSO REYES
FRANCISCO ROMERO
ERNESTO SÁBATO
JULES SUPERVIELLE
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto ..... $ 25.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 120.—
Número suelto: $ 25.—

Otros países:
Anual ..... 6 dólares
Número suelto: U$S 1.—

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO total
BSAIRES Precio $ 12.000
Fecha - 7 OCT 1998

Una novela aterradora y memorable

SHOHEI OOKA

HOGUERAS EN LA LLANURA

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

Uno de los más grandes libros que se han escrito sobre la degradación final y el aislamiento del hombre a causa de la guerra.

La estremecedora odisea de un soldado del ejército japonés, sensible e inteligente, llevado por el hambre y la enfermedad al asesinato y al canibalismo.

Traducción de *Roberto Bixio* — $ 60.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 BUENOS AIRES

S1CJ.15.1.1 31
H0008057

MEDIAS PARIS

LINEA DE LUJO A NUEVA YORK Y ESCALAS

Viaje en las suntuosas y confortables Motonaves:

RIO DE LA PLATA
RIO JÁCHAL
RIO TUNUYÁN

17 días de verdadero descanso, en un ambiente amable y cordial.

Consulte a su Agencia de Viajes o directamente a:

FLOTA MERCANTE DEL ESTADO

25 de Mayo 459
Buenos Aires

T. E. 32 - 6311
República Argentina

USTED PUEDE VOLAR A 79 PAISES Y TERRITORIOS EN EL MUNDO MARAVILLOSO DE PAN AMERICAN

A cualquier lugar del mundo que usted quiera volar... Pan American le ofrece todo un mundo de experiencia, seguridad y confort. Sus modernos y veloces Clippers le ofrecerán siempre el mejor servicio y las mayores frecuencias. Dentro de este mundo maravilloso están ahora los formidables "Jet" Clippers que volando a 925 km. por hora, le harán descubrir un mundo jamás soñado de quietud, silencio y serenidad!

Consulte a su Agente de Viajes o a:

PAN AMERICAN

LA LINEA AEREA DE MAYOR EXPERIENCIA EN EL MUNDO

Cía. de Aviación Pan American Argentina, S. A. C. F. e I.

Avda. Pte. Roque S. Peña 788 - Tel. 45-0111 - Buenos Aires

NUEVAS LINEAS
en las JUVENILES
CREACIONES

MC
MARIE CLAIRE

exclusivamente en

Gath & Chaves

Nos complacemos en presentar a la consideración de todas las elegantes para que esta temporada luzcan con su singular gracia y belleza estos vestidos realizados con fino jersey o bouclé de lana, corduroy de algodón y tela tipo viyella escocés de rayón y algodón, en colores de última moda y negro.

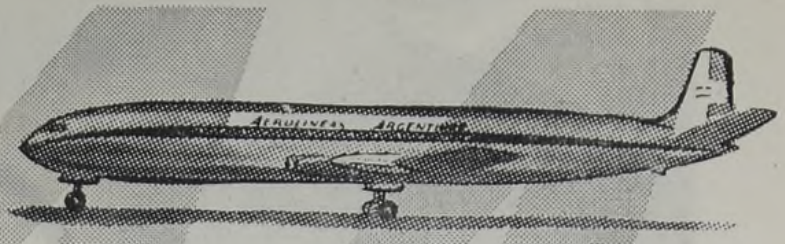
Talles 40 a 48

$ 620

Departamento
MARIE CLAIRE
Anexo, Tercer Piso

Florida y Cangallo - 33 - 1960 al 1989

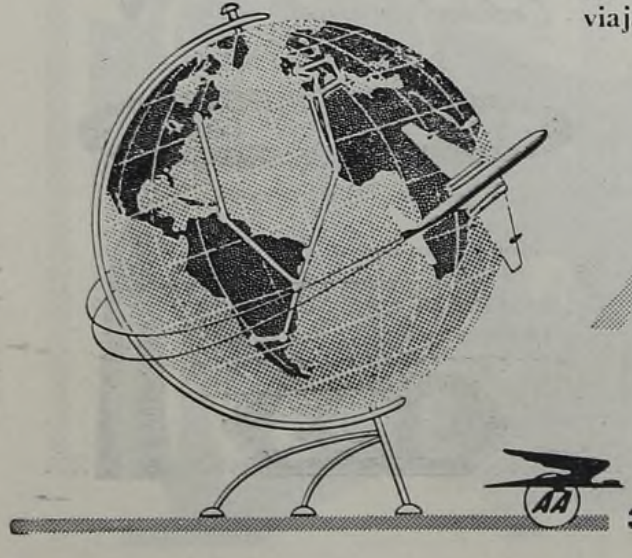
Directa



AEROLINEAS ARGENTINAS

está adelante

Con 31 años de experiencia y 120 pilotos millonarios del aire (representativos de la capacidad de su personal); con gigantescos talleres de mantenimiento y única con aviones a reacción en el Atlántico Sur; con 75.000 Kms. de ruta aérea y más de 86.000.000 de toneladas - kilómetros transportadas en un solo año, Aerolíneas Argentinas es una de las primeras organizaciones aerocomerciales de todo el mundo. Usted es el beneficiario directo de todo esto y lo comprueba *antes*, *durante* y *después* de cada vuelo, con la serie insospechada de ventajas y facilidades que se obtienen viajando por SU compañía.



AEROLINEAS ARGENTINAS SU compañía

Consulte a su Agente de Viajes
o en Perú 22 - T. E. 30-2061/65

31 años de experiencia respaldan nuestros servicios

Cómo el hombre acortó la noche

En la lucha que sostiene el hombre, desde hace siglos, para prolongar las horas de luz, ha tenido activa participación el petróleo, presente en múltiples elementos de la iluminación moderna. A la aplicación del petróleo en ese campo, como en muchos otros, contribuye el trabajo de los Laboratorios de Investigación Esso.

Esso

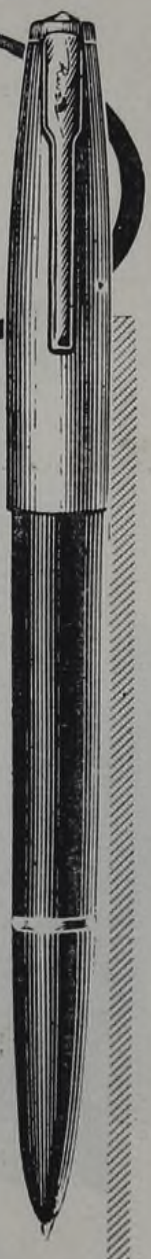
ESSO SOCIEDAD ANONIMA PETROLERA ARGENTINA

PERSONALIDAD y GRAFOLOGIA

dinam

Montesquieu

"MONTESQUIEU tenía la letra correspondiente a su emperamento cuidadoso, amante de la exactitud y de la observación".



Se interesa Ud. por la grafología...? El caracterólogo Klages, la consideraba con gran seriedad como una importante disciplina auxiliar de la psicología.

En una "fisiognómica" total, la caligrafía cobra un valor simbólico de inapreciable importancia, por tratarse de una manifestación expresiva directa de la individualidad, que involucra temperamento, educación y carácter.

Use sólo finísimos instrumentos de escritura, que expresen sensible, fiel y dócilmente sus más sutiles modulaciones anímicas.

PLUMAFUENTE

RIVER

y lapicera a bolilla TRES-CERO-TRES finísimos instrumentos de expresión caligráfica.

Calidad se escribe con

PLUMAFUENTE

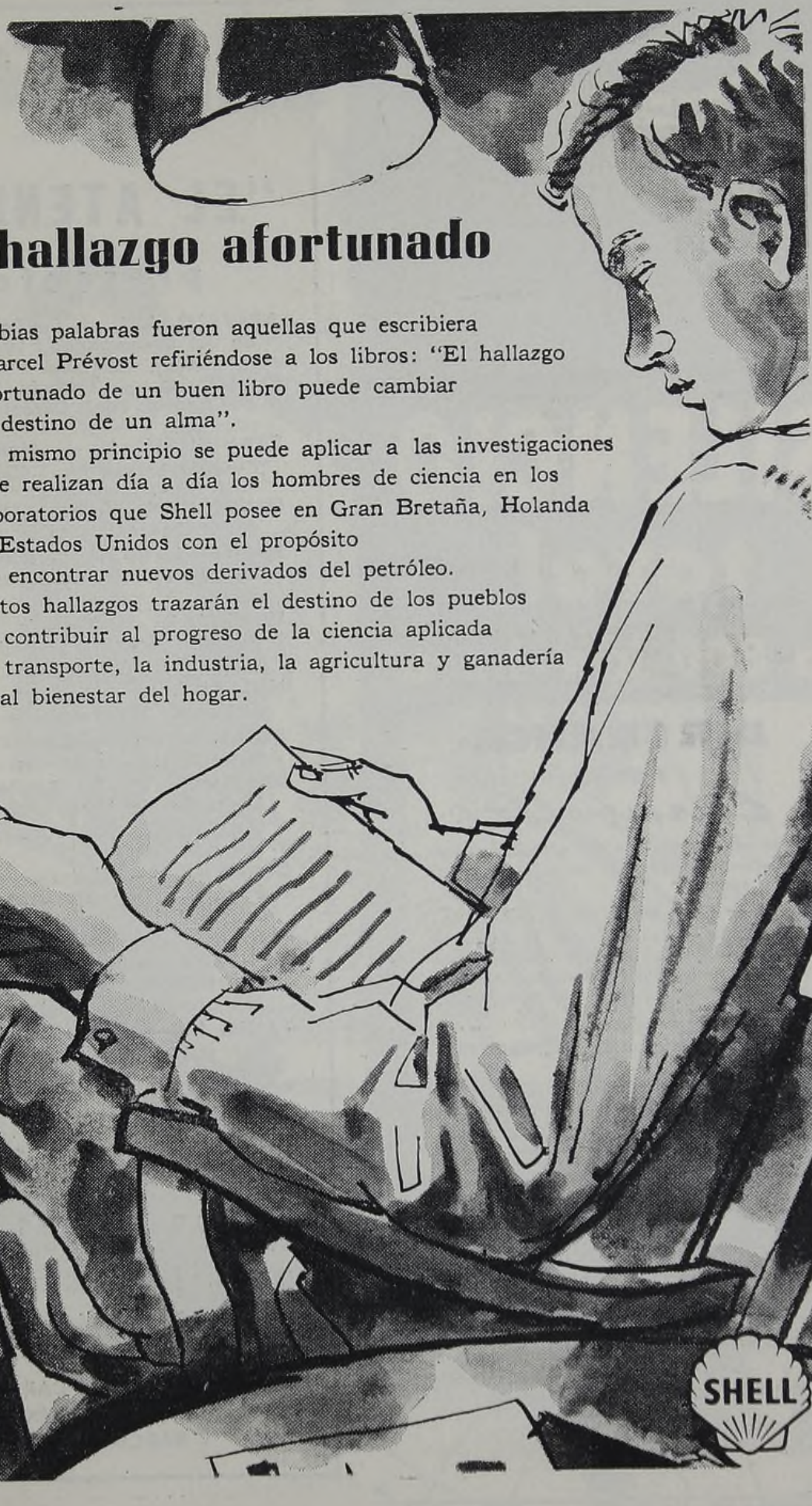
RIVER

jerarquía en escritura

FINISIMA.... DISTINGUIDA.. PERDURABLE.!

PRESTIGIADA POR
THE RIVER PLATE SUPPLY COMPANY S.A.C.
DISTRIBUIDORA DE LA LAPICERA A BOLILLA

303



Un hallazgo afortunado

Sabias palabras fueron aquellas que escribiera Marcel Prévost refiriéndose a los libros: "El hallazgo afortunado de un buen libro puede cambiar el destino de un alma".

El mismo principio se puede aplicar a las investigaciones que realizan día a día los hombres de ciencia en los laboratorios que Shell posee en Gran Bretaña, Holanda y Estados Unidos con el propósito de encontrar nuevos derivados del petróleo.

Estos hallazgos trazarán el destino de los pueblos al contribuir al progreso de la ciencia aplicada al transporte, la industria, la agricultura y ganadería y al bienestar del hogar.

SILENCIO total a 800 km-hora

AIR FRANCE

presenta el

Caravelle

En el límpido azul de las grandes alturas el "Caravelle" se desliza suavemente, como un planeador

Música en pleno cielo

La posición de los reactores en la parte posterior del fuselaje, asegura la ausencia de ruido y vibraciones en la cabina. Podrá así escucharse en las alturas la música de Mozart

Europa a 800 km-hora

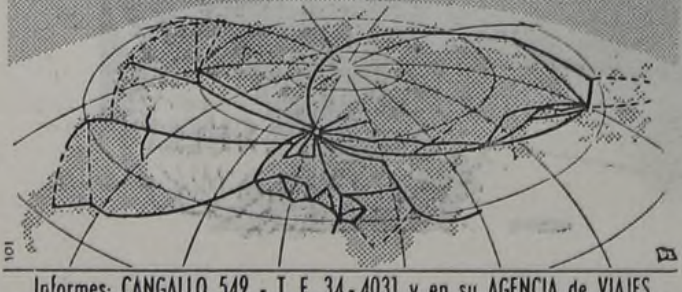
A partir del mes próximo, el "Caravelle" unirá en:

1h.40 París-Milán 2h.30 París-Atenas
2h.00 París-Roma 3h.30 París-Estambul

Air France realiza en la actualidad el programa de expansión más amplio de su historia: después del "Caravelle", incorporación a sus líneas del "Boeing 707 Intercontinental".

AIR FRANCE

LA RED MAS EXTENSA DEL MUNDO



101

Informes: CANGALLO 549 - T. E. 34-4031 y en su AGENCIA de VIAJES

"EL ATENEO"

presenta

AREVALO, J. J. — La Pedagogía de la personalidad. 198 págs. (2ª edic.).

BERGER, G. — Tratado Práctico de Análisis del Carácter. 281 páginas.

CARMICHAEL, L. — Manual de Psicología Infantil. 1.408 págs., ilust. Enc.

CUNINGHAM, W. F. — Filosofía de la Educación. 526 páginas.

FINGERMANN, G. — Fundamentos de Psicotécnica. 345 págs. Rústica.

HUBERT, R. — Tratado de Pedagogía General (2ª Ed.). 602 págs. Rca.

MULLAHY, P. — Edipo: Mito y Complejo. 532 páginas. Enc.

ROJAS, N. — Biología de la Libertad. 217 págs. Rca.

DE VINCI, L. — Breviario de Leonardo de Vinci. 346 págs., 58 grabados en negro y color (2ª Ed.). Enc.

DURET, T. — Historia de los Pintores Impresionistas. 344 págs., 15 láminas en color y 74 en negro. (2ª Ed.). Enc.

MUNTZ, E. — Leonardo de Vinci. El Artista. El Pensador. El Sabio. 398 págs., 106 láminas. Enc.

TAINE, H. — Filosofía del Arte. 437 págs., 190 lám. (3ª Ed.). Enc.

WÖLFFLIN, H. — El Arte Clásico. Iniciación al conocimiento del Renacimiento italiano. 391 páginas, 112 láminas. Enc.

Consulte nuestra sección

CRÉDITOS

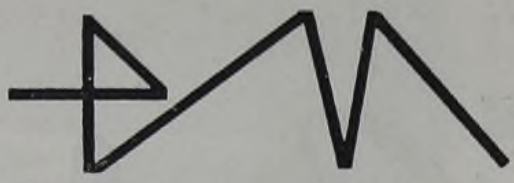
LIBRERÍA "EL ATENEO" EDITORIAL

Florida 340 — Córdoba 2099

BUENOS AIRES - LIMA - RIO DE JANEIRO - CARACAS MONTEVIDEO - MÉXICO BARCELONA

Sábanas Grafa

La marca está en el orillo

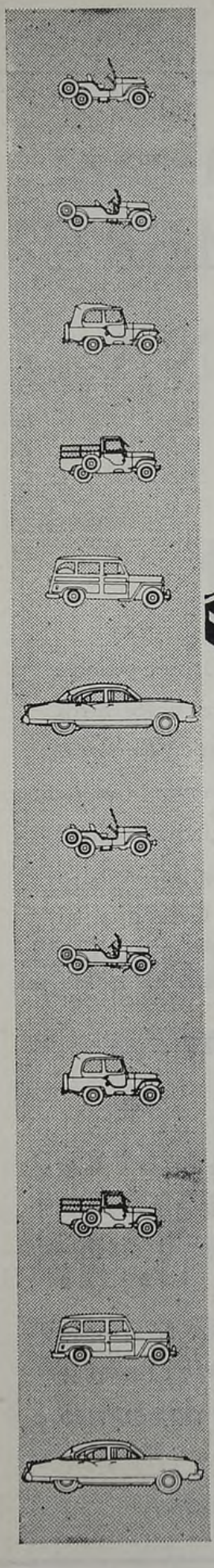


Editorial
La Mandrágora
presenta una novedad
absoluta,
Colección Asoka,
dedicada
a obras sobre filosofía,
religión,
arte y literatura
de Extremo Oriente.

Titulos publicados:
La enseñanza del Buda
por M. Ladner
La Mujer del Abanico
por Y. Mishima
El biombo del infierno
por R. Akutagawa

Av. SANTA FE 3117
T. E. 84-5389

CINZANO



una obra netamente argentina

cumple su programa

de expansión

de la industria nacional

IKA es una planta integral para la fabricación de automotores.
Por eso se explica su hazaña técnica y fabril, de que
en sólo 3 años construyó su gigantesca planta en la Provincia
de Córdoba, y fabricó sucesivamente el "Jeep",
la "Pick-up", la Rural "Estanciera" y el Kaiser "Carabela"
IKA fabrica sus vehículos con un porcentaje
promedio de 80 % de componentes nacionales.
IKA fabrica en serie, con la colaboración de más de
850 industrias nacionales subsidiarias.
IKA eleva el nivel técnico de esta producción nacional,
exigiendo a sus proveedores de partes y componentes,
el cumplimiento de las más rigurosas tolerancias.
IKA beneficia al país con un ahorro de divisas que en
1958 llegará a 45 millones de dólares, y en
1959 se estima en los 72,5 millones de dólares.
IKA contribuye en forma positiva a la solución del
problema nacional del transporte.
IKA abre nuevos horizontes a miles de obreros argentinos.

INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA

Más vehículos... con menos divisas!

NUESTRO HOMBRE EN LA HABANA

por

Graham Greene

Con esta última novela aparecida, Graham Greene vuelve al género que tan fuertemente le atrae y del que, entre otros libros, son muestra cabal *El ministerio del miedo, El tercer hombre* y *El agente confidencial.* En *Nuestro hombre en La Habana* se mezclan nuevamente el elemento policíaco, el clima de aventuras y el mundo impalpable de los espías, a cuya galería de personajes incorpora ahora Graham Greene a su inefable Mr. Wormold, modesto representante en Cuba de una compañía de aspiradoras eléctricas, que sin saber cómo ni por qué se encuentra de pronto metido en el servicio secreto inglés de la llamada "red del Caribe".

EMECÉ EDITORES, S. A.

ADMINISTRACIÓN Y VENTAS: **LUZURIAGA 38 - T. E. 27-6369**

DEPARTAMENTO DE EDDICIONES: **BOLÍVAR 177, 6º P. T.E. 33-0821**

DEPARTAMENTO DE VENTA A PLAZOS: **BOLÍVAR 177, 6º PISO**

T. E. 34-5723

Inscríbase en la

BIBLIOTECA CIRCULANTE

Harrods

55.000
ejemplares
en
CASTELLANO,
FRANCES
e INGLES

que incluye las últimas Novedades de la Literatura Universal.

CUOTA MENSUAL $ 90-

Segundo Piso

EDITORIAL NOVA

presenta

DR. ÁNGEL GARMA: EL DOLOR DE CABEZA

Diagnosis y tratamiento de las cefaleas producidas por conflictos psíquicos. Integran la obra colaboraciones de los doctores F. Cesio, H. García Vega, J. L. González, L. Grinberg, A. Rascovsky, J. Weil y profesora Matilde Rascovsky. Biblioteca de Psicoanálisis ... **$ 110.—**

FOLKLORE ARGENTINO

Estudio exhaustivo de los distintos aspectos de la cultura popular en la Argentina. Colaboran los especialistas B. C. Jacovella, Susana Chertudi, A. R. Cortazar, F. Coluccio, A. Vivante, Mª Delia M. de Palavecino, E. Palavecino y R. L. J. Nardi, bajo la dirección del doctor J. Imbelloni. Biblioteca "Humanior". Con mapas. ..... **$ 148.—**

COMPENDIOS NOVA

ALEJANDRO KORN: SISTEMA FILOSÓFICO

Contiene sus ensayos "Apuntes filosóficos", "Esquema gnoseológico", "El concepco de ciencia", "Axiología" y "Mi filosofía". .... **$ 52.—**

ILSE T. M. DE BRUGGER:

BREVE HISTORIA DEL TEATRO INGLÉS

Cumplido panorama desde las "moralidades" medievales hasta el teatro de Bernard Shaw. ..... **$ 58.—**

RODOLFO E. MODERN:

EL EXPRESIONISMO LITERARIO

Origen y desarrollo de esta corriente estética, con una antología poética. ..... **$ 48.—**

RAÚL H. CASTAGNINO: ¿QUÉ ES LITERATURA?

Naturaleza y función de lo literario. ..... **$ 44.—**

MARCOS A. MORÍNIGO:

PROGRAMAS DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Conjunto de ensayos que acotan sendos sectores de investigación.

FRIDA SCHULTZ DE MANTOVANI:

SOBRE LAS HADAS **(Ensayos de literatura infantil).**

Ciclos, obras y autores que se han especializado en libros para niños.

FEDERICO A. DAUS:

DESCRIPCIÓN REGIONAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Notable aporte a la geografía económica de nuestro país.

PERÚ 613 **BUENOS AIRES**

EDICIONES Hachette

COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

CORRESPONDENCIA ENTRE ROSAS, QUIROGA Y LÓPEZ

Recopilación, Notas y Estudio Preliminar
Por ENRIQUE M. BARBA

392 págs., con reproducciones de documentos
Precio $ 75.—

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

Por ANTONIO ZINNY
Estudio Preliminar de Narciso Binayán

352 págs. - Precio $ 75.—

LA CONQUISTA DE 15.000 LEGUAS

Por ESTANISLAO S. ZEBALLOS
Estudio Preliminar de Enrique M. Barba

432 págs., con mapas y dibujos - Precio $ 95.—

COSAS DE NEGROS

Por VICENTE ROSSI
Estudio Preliminar y Notas de Horacio J. Becco

304 págs., - Precio $ 70.—

NUEVA COLECCIÓN "CLÍO"

LA VIDA COTIDIANA EN EL TIEMPO DE LOS ÚLTIMOS INCAS

Por LOUIS BAUDIN

314 págs., con numerosos dibujos e ilustr., Tela
Precio $ 150.—

COLECCIÓN "CLÁSICOS HACHETTE"

TEATRO

Por BEN JONSON
Traducción, Prólogo y Notas de M. Martínez Sierra

496 páginas - Precio $ 110.—

HACHETTE - BUENOS AIRES
RIVADAVIA 739 - 34/7819 - BUENOS AIRES

APARECIÓ

"Una novela genial"

GRAHAM GREENE

LOLITA

Vladimir Nabokov

Este libro, que ha sido el más comentado por los más importantes autores del mundo entero, ha tenido sin embargo un destino adverso en sus ediciones.

El gobierno francés prohibió dos veces en el curso de un año la edición de esta novela en inglés y sólo a principios de este año pudo la editorial Gallimard decidirse a editarlo en Francés.

Reeditado en inglés en los Estados Unidos, donde se mantiene desde hace más de un año en el tope de la lista de los best-sellers, su exportación a otros países ha sido prohibida, a causa del violento debate —que llegó hasta la Cámara de los Comunes— que el libro ha provocado en Inglaterra.

Sin duda alguna, LOLITA es el caso de aquellas novelas que desafían todo esfuerzo para clasificarla e incluso describirla.

UNICA EDICION COMPLETA Y AUTORIZADA

$ 140.—

EDITORIAL SUR S.R.L.

SAN MARTÍN 689

T. E. 31 - 3220

BUENOS AIRES

SUR

NÚMERO 258 MAYO-JUNIO DE 1959

NUEVAS METAMORFOSIS DE TRISTAN

La pasión es la forma del amor que rechaza lo inmediato, huye de lo próximo, busca la distancia y la inventa en caso necesario, para mejor sentirse a sí misma y exaltarse. Esta definición da cuenta de casi todas las verdaderas novelas, por las cuales no entiendo las mejores obras que, según se ha convenido, pertenecen al género novelesco, sino aquellas que independientemente de su calidad artística, de su notoriedad o de su alcance humano, son las únicas que transparentan, dominante, el arquetipo medieval de Tristán.

A decir verdad, no sé si la pasión nace de la distancia, o viceversa. Lo indudable es que la novela occidental no ha descrito jamás, hasta ahora, ninguna pasión que se inflame por un objeto próximo, fácilmente accesible y moralmente permitido, o generalmente tolerado. Como la naturaleza y el número de esas tolerancias e interdicciones varía según las sociedades (que se ha podido caracterizar por sus tabúes: así, la burguesía del siglo XIX, al prohibirse hablar del dinero y del sexo, motivó el choque revelador producido por Marx y por Freud), la pasión, que es siempre antisocial, recibe sin embargo sus objetos de la sociedad misma —y sólo de ella, por una paradoja harto significativa—, y esos objetos difieren según el estado de las costumbres.

No hay pasión concebible o declarada de hecho en un mundo donde todo está permitido. Porque la pasión supone siempre, entre el sujeto y el objeto, un tercero que obstaculice su unión —un rey Marke que separe a Tristán de Iseo— y el obstáculo es generalmente social (o moral, o con-

suetudinario, o hasta político), a tal punto que en su límite lo vemos confundirse con la sociedad misma, aunque por lo común, para satisfacer las necesidades de la narración y de la retórica del relato, esté simbolizado por una *dramatis persona.*

En una sociedad como la nuestra ¿puede todavía el amor-pasión encontrar *interdicciones* bastante temibles —bastante fascinantes— para que su delirio se declare? Me refiero a la sociedad occidental, es decir a la sociedad de Europa y sus prolongaciones en América y en Rusia; sociedad trabajada y formada por una polémica milenaria entre lo sagrado, creador de tabúes, y lo profano, que nace de su violación, pero también entre la sabiduría y la política, la gracia y el mérito, la mística y la moral, la creencia y la ciencia, lo absoluto y lo razonable, en fin, el amor-pasión y el matrimonio. ¿No estamos acaso en el punto de nuestra evolución en que, habiendo sido todo reducido, "transferido a", como se dice, profanado, lijado de ilusiones religiosas, neuróticas o sentimentales y sometido, mediante análisis siempre más indiscretos, a las reglas de la higiene y de la sociología, *todo nos parece lícito* con tal que no perjudique la salud y la productividad? (Todo lo demás, por otra parte, está crecientemente prescrito.)

Pude entrever hace veinte años, cuando escribía *El Amor y Occidente,* que una cultura demasiado consciente de sus fines y medios, es decir, demasiado sociológica, no dejaría ya sitio al amor pasional, tal como fué inventado en el siglo XII por los trovadores del Languedoc y puesto en romance por los bretones. Hacía yo demasiado honor a los únicos tabúes morales de la época victoriana y burguesa, y al éxito de los analistas y de los marxistas que viven a sus expensas desde hace medio siglo. Otros tabúes subsisten, o se han reformado, sobre los cuales la pasión se lanza para encontrar en ellos nuevos pretextos que le permitan consumarse gloriosamente, desafiar la moral del Día en nombre de la mística de la Noche, y la vida de acción razonable en nombre del éxtasis y de la muerte deslumbradora.

TRES VERDADERAS NOVELAS DE AMOR-PASIÓN EN EL SIGLO XX

Tres obras que transparentan el arquetipo de Tristán nos han sido dadas a mediados de este siglo por Europa Norteamérica y Rusia. De cada una de ellas ha podido decirse, no sin razones, que era "en realidad" una descripción social, moral o política de la Austria Imperial, de los Estados Unidos o de la Revolución y de sus consecuencias en la URSS. Pero cada una de ellas ha podido también ser descrita como la última novela de amor-pasión de la literatura occidental. *El doctor Zhivago* de Boris Pasternak no es una declaración política, según Camus, sino, por el contrario, "un gran libro de

amor". El ensayo que Lionel Trilling consagra a *Lolita* de Vladimir Nabokov se titula "El último amante". Y la heroína de *El hombre sin particularidades* de Robert Musil dice varias veces de sí misma y de su hermano: "Habremos sido los últimos románticos del amor... En el fondo, la nuestra es la última historia de amor posible... Sin duda, seremos una especie de Ultimos Mohicanos del amor."

No hago aquí crítica literaria, pues no me lleva otro propósito que ilustrar un tema acerca del cual se verá bien pronto que no soy el último en sufrir su prestigio y su encanto fatal. ¿Necesito subrayar que ese gran tema es la única justificación de mi ensayo? Aparte del mito pasional, en todo difieren las tres obras que considero en estas páginas. Y demasiado advierto las buenas y graves razones que hay de por medio para temer que su mero acercamiento hiera el sentido estético del lector y subleve su sentido moral... Pero también es posible que en la incongruencia de semejante comparación radique todo su valor. Cuanto más diferentes en todos sus aspectos, *salvo en uno,* sean las tres obras examinadas, tanto más significativa será la acción del mito que traicionan, y que es la única medida que tienen en común. Sólo habré de referirme, pues, a la aparición de Tristán, que dicta imperiosamente, aunque lo ignoren los respectivos autores, la retórica profunda de las tres novelas mencionadas.

Pasemos a la experiencia, sin mayores precauciones. He aquí la ficha arquetípica de las tres novelas, tal como sus autores mismos habrían podido establecerla, colocándose en el ángulo de visión que propongo:

Vladimir Nabokof. — Para el "viejo europeo" que soy por nacimiento, Norteamérica es patria, más que de exilio, de elección. El lector adivinará que la amo, a pesar de todo lo que me irrita en ella y a despecho de lo que ella quiere y cree que es. Su inmadurez perversa me fascina. El escandaloso héroe (por antífrasis) de mi novela (educado en Europa, insisto en ello) sólo desposa *the american way of life,* en la persona de una ejemplar burguesa, por el loco amor que siente hacia su hija. Pero este amor es imposible porque Lolita no llega a los trece años. Sin embargo, mi héroe la rapta y huye con ella de hotel en hotel a través de toda Norteamérica, que de tal modo descubre y describe mejor que nadie, al mismo tiempo que se ve rechazado por el medio social, sus leyes y sus costumbres. Abandonado por su *nymphet,* comete un crimen demente y muere borracho de amor, en la cárcel, después de haber escrito este libro póstumo.

Robert Musil. — He amado a mi Austria "imperial y real" con un amor exigente, lúcido e irónico. Pero ella pertenecía a un medio social, a un clan político y cultural decadente y convencional a la vez, que debía de entregarla a la guerra, y después a lo peor. Lo he dicho en una vasta novela cuyo personaje central, Ulrich von X., que se me parece como un hermano, cuenta su pasión, defraudada por la realidad, hacia su propia hermana, es

decir, hacia el único prójimo que consigue amar como a sí mismo en su propia patria. Pero ese prójimo le está "interdicto" por la moral. Ulrich, que ama a su hermana, quiere violar la interdicción y poseer lo inaccesible, o sea lo más verdadero, puesto que abre el acceso a la vida de éstasis, pero que lo separa de hecho de la vida social. Mi héroe se vuelve moralmente un exilado interno, como yo he pasado a ser lisa y llanamente un exilado[1].

Boris Pasternak. — Amo apasionadamente a mi Rusia, y quisiera ser amado por ella, como el doctor Zhivago ama a Lara y es correspondido. Pero Rusia, al igual que Lara, debe seguir a un Amo cínico y brutal que la ha seducido y humillado. Me prohibe hablarle. Le digo sin embargo mi amor bajo la máscara de una novela llena de alusiones y símbolos que ella comprenderá. Y he aquí que rinden honores públicos a mi secreta declaración de amor. El Amo pretende en seguida que he insultado a Rusia. Y en su nombre me rechaza, amenaza con exilarme. Pero tal es mi amor que puedo mentir: pediré perdón al tirano, suplicándole que me deje vivir todavía un poco en la vecindad de la que debe rechazarme, porque lejos de ella mi vida no tiene sentido y es junto a ella que quiero callar.

Así reducidos a un diagrama mítico —se habrá reconocido a los personajes del drama, a esos Tristán separados de una Iseo "interdicta" por un rey Marke que es la Moral común, la Sociedad o el Régimen—, ¿traicionarán las tres novelas una misma ambigüedad en cuanto a la verdadera naturaleza, si no del tema, a lo menos del interés principal que coinciden en ofrecer al lector: crítica de una sociedad o relato de una pasión?

Conocemos esos paisajes del Renacimiento que, dados vuelta de cierta manera, revelan de pronto los rasgos de una cabeza humana. El fenómeno inverso se produce con la lectura de las tres novelas: miramos largo rato un rostro de mujer y, poco a poco, es un paisaje, es un país, es una sociedad entera lo que se transparenta, se recompone, invade todo el cuadro. Retomamos la lectura, y no, no era en verdad una mujer... ¿Qué ha querido decirnos el autor? Sin duda, todo lo que allí se ve, y más aún. Si hubiese podido decirlo de otro modo, lo habría hecho (y no lo leeríamos). Pero la respuesta del escritor, aunque sincera, no basta.

Porque debemos comprender que esta ambigüedad, que nos propone a pesar de sí, no es de ninguna manera accidental. No proviene, insisto en ello, de alguna prolongada vacilación del autor entre dos temas centrales, o dos géneros literarios, o dos esferas de imaginación. Expresa y traduce irresistiblemente la ambigüedad fundamental de la pasión, antisocial por definición, ligada pues al medio social por un litigio permanente fuera del cual ella no existiría, y cuya ocasión ese medio mismo circunscribe,

[1] Sabemos que Musil murió en Ginebra, en la miseria, en 1942.

cuyo objeto dicta y cuyo pretexto le da. Cosa que veremos aplicando a las tres novelas el análisis mitológico propuesto en *El Amor y Occidente.*

"LOLITA" O EL ESCÁNDALO

"Entre los nueve y catorce años aparecen chiquillas que, a los ojos de ciertos viajeros hechizados, que les doblan o triplican la edad, revelan su verdadera naturaleza, que no es humana sino nínfica (entendámonos: demoníaca); y para estas criaturas elegidas propongo el nombre de *nymphets.*" Lolita, de doce años y siete meses, tiene el encanto inquietante, el impudor inocente y esa pizca de vulgaridad que caracteriza a la *nymphet.* Humbert Humbert, europeo, cuarentón, que vive desde hace poco en Norteamérica, la descubre en un pueblo donde pasa sus vacaciones. Flechazo. Intriga demente para poseer a la niña; empieza por casarse con la madre. Esta infeliz morirá bien pronto, atropellada por un automóvil. H. H. lleva a Lolita al hotel *Los Cazadores Encantados*: le da a beber un somnífero, pero no se atreve a aprovechar de su sueño. Por la mañana, ¡es ella quien lo seduce! Comienza la larga fuga del padrastro y de la chica, acosados por su secreta culpabilidad, de un extremo a otro de los Estados Unidos [1]. Hasta el día que Lolita se escapa, seducida por otro hombre de edad madura que Humbert matará. A los diecisiete años, poco después de casarse con un joven y honesto ingeniero mecánico, muere de parto, pocas semanas después que Humbert, a quien un ataque cardíaco le ahorra la pena capital.

No pretendo velar ni excusar el carácter escandaloso de la novela, porque es esencial y el autor no pierde ninguna ocasión de subrayarlo, ya sea abrumando a su héroe en un prefacio, atribuído por otra parte a un psiquíatra norteamericano, ya sea, de manera más convincente, por la cínica desenvoltura del estilo de las memorias de Humbert Humbert. Si el amor de las *nymphets* no fuera, en nuestros días, uno de los últimos tabúes sexuales que se mantienen (con el incesto), no habría en él pasión ni novela verdadera en el sentido tristaniano de estos términos. Pues faltaría entre los dos protagonistas el obstáculo necesario, la *distancia* necesaria para que la atracción mutua, en vez de apaciguarse o agotarse por la satisfacción de los sentidos, se metamorfosée en pasión. Es ante todo y sobre todo por el escándalo evidente, por el carácter profanador del amor de H. H. hacia Lolita, que se traiciona la presencia del Mito.

Olvidemos por el momento las diferencias profundas que separan esta

[1] Toda esta parte 'geográfica" del libro evoca una parodia del viaje de Nila Holgersson a través de Suecia.

novela sarcástica y petulante de la sombría epopeya, simple y tensa, de un Béroul. Que nadie se equivoque: la novela de Tristán no era menos ofensiva en el siglo XII de lo que es hoy *Lolita.*

Es que la costumbre y la ilusión anacrónicas, ayudadas por la versión moderna de Bédier, nos llevan a admitir con demasiada facilidad esa conmovedora historia de un amor casi casto y concebido fortuitamente fuera del matrimonio, disimulando el poder de turbación en verdad devastadora que tuvo para los lectores de su tiempo. Las primeras versiones de Tristán glorifican una forma de amor que no se opone únicamente al matrimonio, sino que sólo puede existir fuera de él. Justificaban [1], en nombre de este nuevo Amor, toda una serie de acciones consideradas crímenes: astucia blasfematoria de la ordalía engañosa, violación repetida de la obediencia al monarca y a la palabra empeñada, profanación de lo sagrado feudal y de los sacramentos católicos, perjurio, brujería, magia negra. Todo ello contra un fondo herético mucho más peligroso entonces de lo que hoy son los frenesíes que afectan a una parte de la juventud, modas pasajeras que, a mi juicio, producen en la sociedad que las padece un malestar comparativamente menor al provecho que de ellas saca el libro y el cinematógrafo.

Por el contrario, el amor apasionado hacia una muchacha impúber no habría sorprendido en la Edad Media. Acostumbramos a venerar el amor de Dante por Beatriz, que tenía nueve años, la pasión de Petrarca por Laura, de doce años; ambos ejemplos fundan una tradición de la más elevada literatura europea que ilustrarán, ya más próximos a nosotros, un Goethe, creando el personaje de Mignon, un Novalis, dedicando su obra al amor por Sofía von Kuhn, muerta a los once años, un Edgar Poe, que desposa a una niña de catorce años. Y *Alicia en el país de las maravillas,* del genial Lewis Carroll, ha nacido del amor por las *nymphets,* reprimido por la conciencia pura del pastor protestante, pero confesado por algunos de sus poemas y traicionado por las bromas a menudo feroces de sus cartas a las niñitas.

El adulterio, en nuestros días, sólo conduce al divorcio, o se agota en relaciones triviales. No ofrece un apoyo serio a eso que Freud llamó el ímpetu mortal, secreto del amor tristaniano. Y la ausencia de lo sagrado extenúa las pasiones, que la conciencia de una profanación hacía flamear. Nos quedan dos tabúes sexuales, curiosamente respetados por nuestras costumbres en rápida transición de lo sagrado primitivo a una higiene científica: el amor de las pequeñas ninfas y el incesto. ¿Serán contrarios a la naturaleza estos dos amores? Los vemos abundantemente practicados en el mundo animal y en la gran mayoría de las sociedades humanas cono-

[1] De una manera implícita o velada en Béroul y Thomas, explícita y agresiva en Godofredo de Estraburgo, en quien se inspiró Wagner.

cidas, con la excepción —la notable excepción— de las clases burguesas de Occidente. Más que contra-natura son amores contra-civilización. Nabokov le hace decir a su héroe: "Mi suerte ha sido crecer en una civilización que autoriza a un hombre de veinticinco años a cortejar a una muchacha de dieciséis, pero no a una de doce." Humbert cuenta, al principio de sus memorias, el amor que concibió a los doce años por una niñita de nueve que se llamaba Anabel y que murió bien pronto —alusión a Poe. De tal modo, el *eros* de este adulto, por otra parte sexualmente normal, se haya fijado en la mujer-niña y se vuelve doblemente inaccesible por la diferencia de edad y por la idea de la muerte. Es así como la *nymphet* puede convertirse en el soporte del amor-pasión, es decir del deseo infinito que escapa a los ritmos naturales y que desempeña el papel de un absoluto preferible a la vida misma. La posesión de ese inaccesible se vuelve entonces el éxtasis, "el goce supremo", el *höchste Lust* de Iseo agonizante.

Sin embargo, aquellos que han leído *Lolita* con más diversión perversa que emoción están en el derecho de poner en duda la legitimidad de una interpretación tan solemne.

Por cierto, desde el flechazo inicial hasta la muerte de los amantes separados, consecuencia de un amor prohibido que los exila de la comunidad y los consume sin unirlos verdaderamente, se podrá reconocer los grandes momentos del Mito. ¿Ha tenido el autor conciencia de ello? Parecen darlo a entender ciertos episodios de la novela, alusiones a las peripecias y situaciones más típicas de la leyenda de Tristán. Pero es curioso advertir que siempre hay una pizca de ironía que hiere a la ilusión. Por ejemplo, la madre del héroe muere prematuramente (como en Tristán), pero el tono del relato es el siguiente: "Mi muy fotogénica madre murió en un accidente caprichoso (picnic, relámpago) cuando yo tenía tres años." (¡Recordemos el tono lúgubre del destino, la "vieja y grave melodía" que señala en *Tristán* la muerte de la madre!) El nombre del hotel donde transcurre la noche de la seducción, *Los Cazadores Encantados,* recuerda visiblemente el estado de trance de la escena de las confesiones de Tristán, pero toda la descripción del lugar apunta precisamente a desencantarlo. El episodio del filtro está presente, pero ridiculizado por su fracaso: es aquí un somnífero que H. H. hace tomar engañosamente a Lolita, pero que resulta demasiado débil, pues el médico que se lo procuró se equivocó de etiqueta o quiso, a su vez, engañar a su cliente. (Inversión punto por punto, y que se podría creer deliberada, del relato del error "fatal" de Brangania.) Como en Tristán, desde luego, la polémica contra el matrimonio en nombre del amor-pasión anima todo el relato. Como en Tristán, sentimos que el autor no está interesado en el aspecto sexual de su his-

toria, sino únicamente en la magia del Eros, y lo dice[1]. Como en Tristán, "los amantes huyen del mundo, y el mundo huye de ellos". Por último, como en Tristán, mueren casi al mismo tiempo, separados. Pero su muerte es tan sórdida como fué grandiosa, en las versiones del siglo XII y en Wagner, la Muerte de los Amantes legendarios.

Es que H. H. y Lolita nunca han conocido, en realidad, lo que llamo yo "el amor recíproco desgraciado". Lolita no ha respondido nunca a la pasión tierna y salvaje de este hombre maduro. De allí el fracaso del Mito y por compensación el tono "ferozmente cómico" de la novela, su realismo implacable y sus bromas un poco locas, salvadas (apenas salvadas, a veces) de la vulgaridad por una virtuosidad verbalmente asombrosa. Si Lolita hubiera amado al narrador, si hubiera sido su Iseo, la novela realista habría cedido su lugar al poema y la sátira social al lirismo interior. La hipótesis no es arbitraria, pues precisamente así pasan las cosas en el gran libro de Musil, como veremos en seguida. Pero la ausencia, aquí muy sorprendente, no sólo de toda especie de impureza sentimental sino también de todo horizonte espiritual, reduce la novela a las dimensiones de un cuadro de costumbres a lo Hogarth. Comparte uno las irritaciones del autor, aclama su sintaxis y su vocabulario, ríe a menudo, no se emociona jamás.

Tal como es, esta obra perfecta continúa siendo, también, un Tristán frustrado, y ello se debe a la inmadurez del objeto mismo de la pasión descrita; pero sin esa inmadurez no habría obstáculo y, por ende, pasión... Quizá el libro, después de todo, sólo sea en verdad vicioso por este círculo.

ROBERT MUSIL Y EL "REINO MILENARIO"

Ingeniero, oficial, filósofo, escritor, espíritu religioso a pesar de sí, porque buscaba una verdad para vivirla, Robert Musil ha muerto casi ignorado, muy cerca del lugar donde escribo ahora —estaba yo entonces en Norteamérica—, y su obra, en parte póstuma, no cesará de elevarse en el horizonte mundial de la literatura europea. Lo cómico devastador, la lucidez tranquila, el lirismo que se infiltra, a pesar de la acuidad de una mirada constantemente crítica, la infinita variedad de la investigación de las relaciones humanas, de los papeles sociales, de los problemas del amor y de los objetivos de la vida confieren a las dos mil páginas de su último gran libro[2] un poder de hechizo que yo no había conocido desde la obra

[1] "No estoy de ningún modo interesado por lo que se llama *sex* (en Norteamérica). Cualquiera puede imaginar esos elementos de animalidad. Me tienta una más grande empresa: fijar de una vez por todas la peligrosa magia de las *nymphets*."

[2] *Der mann ohne Eigenschaften*, es decir *El hombre sin caracteres propios*, o me-

de Proust, mejor acabada sin duda y de un acceso mucho más fácil, pero de menor virtud espiritual. Habría querido hablar de Musil, sólo de él... Y siento algún escrúpulo al hacerlo figurar en un contexto que él supera, tanto más cuanto que se trata aquí de abordar su libro trunco desde el solo ángulo del amor-pasión. Por fortuna, Musil ha descrito esta disposición para-mística en un lenguaje lleno de correspondencia con el de mis análisis del Mito, y de una precisión tan constante que me permitiría muy a menudo sustituir el comentario por la cita. Pero una suerte más extraña beneficia mi propósito. Descubro en efecto que Musil no sólo trata en dos ocasiones el tema del amor apasionado por una niña, sino que quiere ver en ello, sobre todo, una prefiguración del amor prohibido que unirá a sus héroes: Ulrich y Ágata, hermano y hermana. Admirable coincidencia que debemos necesariamente atribuir a la lógica del Mito, en ausencia de todo otro elemento que autorice la comparación de dos obras a tal punto desiguales por el clima y la ambición.

Ulrich von X. conversa con su hermana Ágata, de quien empieza a enamorarse, y le cuenta este recuerdo sin saber demasiado por qué:

"Era en un tranvía. Subió una niña, quizá tuviera doce años, en compañía de un padre muy joven o de un hermano mayor. Por su manera de entrar, de sentarse, de tender negligentemente al guarda el dinero de los dos boletos, era una dama ya, pero sin trazas de afectación pueril... Era maravillosamente hermosa: morena, de labios llenos, de cejas pobladas, de nariz levemente respingada: una polonesa trigueña, quizá, o una eslava del sud... Ante semejante aparición puede uno caer apasionadamente, mortalmente enamorado, sin que se mezcle a ello la menor concupiscencia. Recuerdo haber mirado tímidamente a los demás pasajeros, porque tenía la impresión de que todo el mundo huía de mí. Después bajé detrás de la chiquilla, y la perdí entre la multitud... —¿De qué modo concilias eso —dijo Agata— con el hecho de que el amor no existe y de que sólo hay camaradería y sexualidad? —¡No se concilia de ningún modo! —dijo Ulrich, riendo."

Vemos que el amor-pasión está únicamente en juego y que el solo ejemplo que de él encuentra el héroe es el de una atracción "mortal" por una *nymphet.*

Otra vez, hablando de las formas "inasibles" del amor, que le parecen, además, 'traducir relaciones deficientes y tensas con el mundo", Ulrich cuenta de nuevo la historia de "la mujer más maravillosa que hubiera cruzado jamás por su camino":

---

jor, sin particularidades: es más o menos así como Valéry definía al genio. La traducción francesa, por Philippe Jaccottet (4 volúmenes, Editions du Seuil) se titula: *El hombre sin cualidades.*

"Lo había deslumbrado como un poema de amor escrito en secreto, cuyas alusiones están cargadas de una felicidad todavía desconocida... —¿No es contra-natura relacionar tales emociones con una niña? —dice Agata. —Sólo una codicia groseramente directa sería contra-natura —responde Ulrich—. El hombre capaz de ello comprometería a una criatura desarmada y todavía inmadura en historias para las cuales no está hecha. Deberá hacer abstracción de ese cuerpo en agraz y de ese espíritu en formación, gozar de su pasión con una compañera muda y oculta...[1] ¡Es muy otra su actitud, y muy otras son sus consecuencias!" Y como aún siente una especie de reprobación, quizá celosa, en Ágata, agrega: "Si te he contado esta historia, es que es un prefacio al amor fraternal!"

Renuncio a subrayar las frases reveladoras en el contexto de nuestro análisis: todo entraría en él. No sólo las páginas citadas prefiguran una crítica penetrante de *Lolita,* sino que introducen un diálogo que nos lleva al corazón del drama de la pasión.

"—¿El amor fraternal? —pregunta Ágata, como si oyera ese término por primera vez—. Ulrich dice lentamente: —Aquel cuyas excitaciones más fuertes están ligadas a experiencias que de una manera u otra son todas imposibles, ¡rechaza las experiencias posibles! Quizá la imaginación sea una fuga de la vida, un refugio para la cobardía y una caverna de vicios como muchos lo pretenden. Creo que la historia de la niña, y todos los demás ejemplos de que hemos hablado, lejos de revelar monstruosidad o debilidad, revelan un rechazo de lo profano, una insubordinación, un deseo desmesurado y desmesuradamente apasionado de amor!"

La experiencia imposible en la que se compromete Ulrich se presenta ante todo a su meditación en forma de una necesidad de amor "liberada de corrientes en contra y de aversiones sociales sexuales":

"Soñaba con una mujer absolutamente inaccesible. Flotaba ante sus ojos como esos días de fines de otoño en la montaña cuando el aire tiene algo exangüe, agonizante, mientras que los colores arden en el colmo de la pasión."

A este ensueño se mezcla la imagen de su hermana Ágata, reencontrada después de muchos años y que, huyendo de su marido, ha venido a establecerse en la casa rococó que posee, en medio de un hermoso parque, en Viena.

"A menudo, hasta en los años en que Ulrich había buscado su camino solo y no sin insolencia, la palabra hermana estaba cargada para él de una nostalgia vaga,

[1] Por lo demás, Musil vuelve sobre el tema: "Una compañera de valor desigual desequilibra el amor; pero habría que agregar que, muy a menudo, es un desequilibrio del sentimiento lo que arrastra a la elección de tal objeto." Véase mi observación sobre el círculo vicioso de Lolita.

aunque entonces nunca hubiera soñado que poseía una real y viva... No cabe duda de que fenómenos análogos son frecuentes. En más de una existencia, la hermana imaginaria es solamente la forma juvenil, inasible, de una necesidad de amor que, más tarde, ya enfriados los ensueños, se contentará con un pájaro, con un animal cualquiera, o se volverá hacia la humanidad y el prójimo."

De Chateaubriand a D'Anunzio y a Thomas Mann, pasando por el romantiicsmo alemán, francés e inglés, conocemos bastante la fortuna literaria de esta forma de amor prohibido, respecto al cual sería curioso saber por qué la época en que transcurre la novela de Musil —vísperas de la guerra de 1914— conoció quizá los últimos prestigios.

La lenta y fascinante historia, primero de la toma de conciencia, después de la elección de este amor por parte de seres de todo punto de vista normales, superiormente inteligentes, integrados en la vida social de una capital europea, pero irritados por la insignificancia de aquélla, colma la segunda parte de esta vasta novela. El sabio recato de las descripciones, el humorismo implacable de las reflexiones que intercambian hermana y hermano, la calidad de sus exigencias morales y de sus nostalgias espirituales componen un filtro de una eficacia inigualada en la literatura contemporánea. No es *René* y no es Byron; no es decadente ni escandaloso. ¿Se tratará, más que de un incesto, de las relaciones entre Animus y Anima, como lo aventuran algunos comentadores? Para mí sólo se trata de la pasión, es decir de un secreto fundamental de la psique europea. El incesto no es aquí otra cosa que la condición misma de la "última historia de amor posible" y de un admirable análisis del espectro espiritual del Occidente.

He aquí la dialéctica de Eros y de Ágape, la lucha entre el ímpetu que lleva al hombre hacia el ángel, y el deber de amar al prójimo, fundamento de toda sociedad. "Con objetividad relativa, se confesó que las relaciones entre Ágata y él habían comportado desde el principio una buena dosis de aversión a la sociedad..." Y Musil, en una nota para uno de los capítulos no terminados, agrega:

"El hombre que tiende a Dios es, según Adler, aquel que se ve privado de sentido humanitario (Según Schleiermacher, aquel que es indiferente a la moral...). Debo amarte (piensa Ágata) porque no puedo amar a los demás. Dios y lo antisocial. Desde el principio, su amor a Ulrich ha movilizado su hostilidad hacia el mundo."

El momento negador del mundo y de lo social, inherente a toda verdadera pasión, no aparece sin embargo a los ojos de los apasionados sino como un contragolpe accidental. Quieren arder. Y quieren descubrir, en las épocas más diferentes, que el estado presente de la sociedad es lo que condena la pasión e induce al matrimonio.

"Nuestro tiempo, que probablemente ha perdido la noción de pasión amorosa, porque es ésta más religiosa que sexual, juzga pueril preocuparse todavía de amor, pero consagra todos sus esfuerzos al matrimonio, cuyo *processus* natural analiza con minucioso vigor. Desde entonces aparecen buena cantidad de esos libros que hablan con el candor leal de un maestro de gimnasia de las «revoluciones de la vida sexual» y que quieren ayudar a los hombres a casarse y estar no obstante contentos. El hombre y la mujer no son ya en el matrimonio sino «portadores del germen masculino o femenino» o también «compañeros sexuales», y se bautiza con el nombre de «problema sexual» el tedio que se intenta extirpar de sus relaciones mediante toda especie de variantes físicas o psíquicas."

Pero la necesidad de pasión (antisocial por excelencia) sale al encuentro de la interdicción y proyecta sobre ella su nostalgia de un deseo *infinito,* a costa de llamar destino a esta proyección. Entonces la dialéctica de la pura pasión tristaniana alza vuelo: temas de la mirada, de la tempestad y de la espada de castidad entre los cuerpos:

"Cuando sus miradas se cruzaron, no hubo ya entre ellos más que una certidumbre: que todo estaba decidido y que todas las interdicciones les eran indiferentes... Cada uno, al respirar, publicaba su connivencia; sufrían, desafiando a los demás, esa necesidad común de librarse por fin de la tristeza del deseo, pero en sufrirla había ya tanta dulzura que las imágenes de la consumación estaban muy cerca de separarse de ellos y los unían en su imaginación, como una tempestad funde y castiga las olas con un velo de espuma; una exigencia más fuerte aún les dictaba la calma, y fueron incapaces de tocarse de nuevo."

El equívoco esencial entre el amor proyectado sobre otro y el rechazo de la posesión que pondría un término al deseo, explica la elección de un objeto prohibido, recreando sin cesar la distancia necesaria al "amor de lejos" de los trovadores. Pero ¿cuál es este deseo? ¿Es el deseo por otro o solamente el Deseo en sí? Los héroes de Musil hablan de ello con una especie de lucidez completamente goetheana, y por momentos hasta un poco didáctica:

"Decir: *te* amo es hacer una confusión. Se cree amar a la persona que ha provocado la pasión, y que puede uno tomar en sus brazos, en tanto que lo que se ama realmente es la persona provocada por la pasión, ese ídolo bárbaro, que no es la misma. —Al oírte —dice Ágata—, se creería que no se ama realmente a la persona real y que se ama realmente una persona irreal. —Ahí está el nudo de la cuestión: en todas las relaciones exteriores, la persona real debe representar la persona soñada y hasta no formar sino una con ella. De allí las innumerables confusiones que dan al candoroso comercio del amor un carácter espectral tan fascinante."

Por eso los amantes apasionados llegan siempre a invocar el mito platónico de las dos mitades del ser que se buscan:

"Ese deseo de un doble del otro sexo que se nos parezca absolutamente siendo a la vez otro, de una criatura mágica que sea uno mismo poseyendo la ventaja, sobre todas nuestras imaginaciones, de una existencia autónoma... Encontramos sus rastros hasta en las circunstancias más triviales del amor: en la atracción ligada a todo cambio, a todo disfraz, como en la importancia del unísono y de la repetición de sí en el otro... Las grandes, las implacables pasiones amorosas están enteramente ligadas al hecho de que un ser se imagina ver su yo más secreto, espiarlo tras la cortina de los ojos de un otro."

De allí la ilusión de que el Yo queda abolido en esa noche de lo indistinto que canta el segundo acto de Tristán:

"La noche brillante encierra en sus brazos maternales todas las contradicciones, y en su corazón no hay ya palabra verdadera o falsa, pues cada una de ellas, fuera de lo oscuro, es el incomparable nacimiento del espíritu, la que el hombre conoce en la invención de un pensamiento.. En noches como ésa, el Yo no retiene nada en sí mismo... el sí mismo exaltado irradia en un olvido infinito de sí mismo..." Pero Ágata dice un poco después: "¿Por qué no conoces un filtro contra aquello que, en el último momento, nos separa?"

Aquí la novela de Musil toma por dos caminos divergentes: fragmentos que han crecido desiguales, inconciliables.

Primera versión: hermano y hermana ceden a su amor, refugiados sin pasaporte en una isla del Adriático. Notas de Musil, para un capítulo titulado *Viaje al Paraíso*:

"Es nuestro destino: quizá amamos lo que nos está prohibido. Pero no habremos de matarnos antes de hacer una tentativa extrema. El mundo es fugaz, flúido: haz lo que yo quiero... Un hombre nunca va tan lejos como cuando no sabe adónde va... Ahora estaban de pie sobre un alto balcón, entrelazados y enlazados hasta lo indecible como dos amantes que, un instante después, se arrojarán al vacío. Y se arrojaron. El vacío los arrastró. El instante permaneció inmóvil, sin subir ni bajar. Ágata y Ulrich sintieron una felicidad que no sabían si era tristeza; sólo la convicción de haber sido elegidos para vivir lo excepcional retuvo sus lágrimas... Con las formas limitativas se habían perdido todos los límites y, como no percibían ya ninguna separación, ni en ellos ni en las cosas, ya no formaban sino un solo ser."

Pero esta consumación en la Isla, símbolo de la abolición de lo social, demuestra el fracaso fundamental de toda pasión:

"Entre dos seres aislados, no hay amor posible —reconoce Ulrich—. Un amor puede nacer por desafío, no puede ser hecho de puro desafío. Es menester que esté insertado en la sociedad. No es un contenido de vida, sino una negación, una excepción a todos los contenidos de vida. Ahora bien, es menester a una excepción algo de lo cual ella sea la excepción. No se puede vivir de una negación pura."

En una forma intelectualizada —son simples notas para una continuación que ha de escribirse— Musil traspone aquí el episodio de los amantes legendarios arrojados en la Selva del Morois: habiendo el filtro cesado de actuar durante tres años, descubren que el mundo todavía existe y que los llama... "*Deh!* —dice Tristán—, ¡qué separación!"

Pero hay más. La lucidez de Musil impugna aquí la fórmula misma de la Novela y la destruye. Si la pasión no conduce a la muerte, si el día puede readquirir sus derechos, la experiencia del amor prohibido fracasa en la realidad, y la novela fracasa en el análisis psicológico más trivial y deprimente.

Por eso Musil parece haber querido descartar este fin, conforme a la lógica del Mito, para arriesgarse en la difícil vía de una busca del amor místico: es lo que llama el *Reino Milenario* o el acceso a la "otra vida", al *estado* de amor puro, al éxtasis de un amor no egocéntrico, sino más bien *alocéntrico:* "No tener en modo alguno centro, participar del mundo sin reserva, nada guardar para sí, en suma, dejar simplemente de ser." Esta actitud, que termina por unirse al despego budista, pero que también podría manifestar la redención de la pasión por el amor verdadero, está descrita en el suntuoso capítulo titulado *Soplos de un día estival.* Consiste en una larga conversación entre los hermanos que se aman, en un jardín donde cae incesantemente, desde lo alto de los árboles sobre los céspedes sombríos, el río silencioso de una nieve de flores.

Llegado a este punto, la pasión cede su lugar a la presencia, el sufrimiento del deseo al éxtasis compartido, pero también la novela al poema. Pocos momentos antes de su muerte, Musil trabajaba en este capítulo que habría sido, según algunos, la coronación de la obra. De tal modo el *Jardín cerrado* de la presencia mística ocuparía el sitio de la *Isla de la pasión mortal.* Y el *Viaje al Paraíso* del antiguo esbozo se habría convertido en el *Viaje hacia Dios* a que aluden muchas notas preparatorias del libro.

En el término del periplo novelesco en que todos los temas constantes de la pasión aparecen y se agrandan uno después de otro para desvanecerse en seguida como islas que dejamos atrás, ese jardín cerrado sería la Itaca de una moderna odisea espiritual. Pero esta presencia dichosa del amor compartido ¿no evoca también un misterio más próximo, otra redención del *Eros* por el *Ágape?* La interdicción fascinante del amor *sororal* ¿no habría sido el disfraz —en todo inconsciente, estoy seguro— de un amor demasiado real para atreverse a decir su nombre *en una novela?* El amor feliz no tiene historia, todos lo sabemos desde que se escriben novelas que *apasionan.* Pero esta convención literaria, que condena al matrimonio realizado, ¿no es un tabú mucho más temible, a los ojos del escritor y del lector, que toda especie de incesto o de pasión maldita? La erótica del matrimonio es una tierra desconocida para la literatura occidental. Es posible que Musil,

sin quererlo, se haya acercado a ella más que ningún otro. Señalo al genio de mañana a este precursor considerable, a quien sólo la lucidez retuvo de terminar una de las novelas más hermosas de la Europa de no hace muchos años.

La pasión de Boris Pasternak

Resulta de una encuesta reciente que gran mayoría del público norteamericano prefiere las novelas escritas en primera persona y por una mujer, y que describan situaciones cotidianas y sentimientos normales que "todos hemos vivido o podríamos vivir", que eviten el exotismo, elogien *the way of life* nortemericano y confirmen su moral optimista. Siendo tales los gustos del público, tales serían pues, según la encuesta, las condiciones requeridas para un éxito de venta. Al mismo tiempo aparecían en Nueva York dos novelas escritas por extranjeros; por añadidura, rusos; una describe situaciones revolucionarias, otra sentimientos y obsesiones que bien pocos hombres, y menos aún mujeres, han podido vivir en los Estados Unidos; una se burla cruelmente del *way of life norteamericano;* la otra lo ignora por completo; ambas terminan en un fracaso trágico y condenan implícitamente la sociedad que aplasta al personaje central. Pues bien, en la lista de los *best sellers* norteamericanos, estas dos novelas se disputan desde hace meses el primer puesto.

Puede parecer por otra parte que esta fortuna súbita (reduciendo a la nada el decir de los expertos) sea el solo rasgo en común de ambas obras: me parece por ello tanto más sorprendente. No ignoro que se la puede atribuir a motivos accidentales y diferentes, escándalo moral en el caso de *Lolita,* manifestación política en el caso de *El doctor Zhivago.* Pero eso no lo explica todo, aunque fuera cierto —cosa que dudo.

¿Por qué la encuesta nada dice sobre el siguiente hecho; que desde hace siglos (desde el siglo XII, exactamente) una novela que sea verdaderamente una *novela* nos apasiona? Las preferencias que confiesa el público interrogado deberían inclinarlo, si prestamos fe a la encuesta, a una versión norteamericana del "realismo socialista", de la cual estaría excluído el amor-pasión. Y yo veo triunfar dentro de ese mismo público dos novelas del amor-pasión. ¿Dirán que se trata de una represión? ¿O sencillamente que las preguntas formuladas sugerían respuestas conformes a los prejuicios de la revista que ha hecho la encuesta? Sobre lo que no cabe duda es que el amor-pasión continúa siendo mal visto, pero que no por ello fascina más y mejor al hombre y a la mujer del siglo XX norteamericano, no obstante los progresos de la educación sexual y la preparación racional al matrimonio desde los bancos de la escuela primaria.

Sin embargo, como la atribución del premio Nóbel ha hecho de *El doctor Zhivago* el objeto de una polémica mundial en la que la URSS y el Oeste se afrontan de nuevo por razones, dicho sea de paso, que no están en el libro, más de un lector quedará sorprendido al verme hablar de esta novela como de una novela de amor. A decir verdad, mi tesis va más lejos: es "el asunto Pasternak" en su conjunto, y por ello entiendo el drama entre el autor, el pueblo ruso y el régimen, drama prefigurado en la novela misma, lo que interpreto como un caso de amor-pasión. Veamos los hechos.

Pasternak escribe una enorme novela (de la cual sólo una parte se publica) describiendo los prodromos de la revolución rusa, desde las luchas de los años heroicos hasta la NEP, todo ello sin tomar partido a favor de las virtudes de los Rojos contra los vicios de los Blancos. Es normal que el régimen, siendo lo que es, condene el libro. Es normal que la novela condenada no pueda aparecer sino en Occidente. Es normal que el jurado del Premio Nóbel la corone porque es un hermoso libro y porque su autor ha continuado siendo un hombre libre. Es normal que la URSS, en vez de interpretarlo como un homenaje que se tributa a su liberalismo, vea en ese gesto una ofensa a su autoridad. Normal, en fin, que el sindicato de escritores disfrace de lealtad sus celos y expulse al glorioso colega cubriéndolo de insultos oficiales. En el concierto mundial que se produce a causa de ello, homenajes en Occidente, ultrajes en la URSSS y cartas de cosacos "zaporogues" al Kremlin; todo, hasta ahora, es escandalosamente normal.

Pero he aquí lo insólito; habiendo las autoridades soviéticas anunciado que no pondrían ningún obstáculo a la partida del escritor —cosa que dejaba prever un decreto de expulsión—, Boris Pasternak dirige al Amo de Rusia una carta patética cuya esencia se resume en las dos frases siguientes: *Salir de las fronteras de mi patria equivaldría para mí a la muerte, y por ello le suplico a usted que no tome conmigo esa medida extrema... Insisto, con el corazón en la mano, que he contribuído a la literatura soviética y que aún puedo serle útil.* Ha rechazado el premio, está dispuesto a renegar de lo que pueda haber en su libro que disguste al régimen, con tal que lo dejen a él, Pasternak, en comunión con su pueblo.

¿Cómo entender esa actitud en un hombre al que no podemos suponer cobarde? El pueblo ruso condena a Pasternak por haber hablado mal de los Jefes. Pero Pasternak los atacaba por haber traicionado al pueblo ruso. Si ahora los aprueba para ganarse nuevamente el favor del público, ¿no traiciona acaso a su pueblo? Tal sería el caso, en efecto, si *El doctor Zhivago* fuera una declaración política, como han querido creerlo de una parte y de la otra.

Sensible a la presencia escondida de una lógica totalmente diferente de la que dicta normalmente las tomas de posición y las actitudes políticas, pero no habiendo entonces leído, cuando estalló la crisis, más que las cien

primeras páginas de la novela, yo me decía: "Todo sucede como si este hombre estuviera retenido en su país por una pasión secreta y sin duda prohibida; como si preferiría todo, inclusive la abjuración, a verse separado del objeto de su amor, aunque deba vivir junto a él en un silencio humillado y sin esperanza. Pero ¿cuál puede ser la naturaleza de esta "Iseo" inaccesible, de quien él parece ser el Tristán? ¿Y quién puede ser el Rey Marke que los separa?

Continué mi lectura.

Una muchacha, Lara, despierta la nostalgia del doctor Zhivago, a quien cuida en un hospital, pero se casa con un revolucionario y desaparece. Zhivago la encuentra mucho más tarde. Su recíproco amor se declara. Unión clandestina. De nuevo los separan las peripecias de la guerra civil. Finalmente, la casualidad los reúne en una casa perdida en el fondo de los bosques donde Zhivago se oculta, acosado por la nueva policía de un régimen al que no obstante ha servido. Le ofrecen un medio clandestino de salir de Rusia: Zhivago lo rechaza. Lara le es arrebatada por un poderoso político que la había seducido cuando ella era aún "una chiquilla". El doctor logra ir a Moscú, donde vive miserable y oculto. Desposa sin amor a una muchacha que se ocupaba de su casa, después la abandona y muere en la multitud. En ese momento, inexplicablemente, reaparece Lara que va a llorar sobre su cadáver. Es detenida poco después y muere en Siberia.

De tal modo se transparentan y recomponen todos los momentos de la Leyenda, uno tras otro, con misteriosa precisión. Iseo, la salvadora, la nostalgia lejana, la amante clandestina, prohibida, arrebatada a Tristán por el hombre que simboliza el Poder repugnante — la huída al bosque, el segundo matrimonio, la última reunión de los amantes en la muerte... ¡No hay más que una sola novela en nuestras literaturas! Una sola pasión que dicta las mismas peripecias en todos los tiempos desde Tristán, desde la epifanía grandiosa y decisiva del arquetipo de la pasión en el siglo XII.

Escuchen ustedes esta "vieja y grave melodía" renovada del *Tristán* de Wagner. Zhivago se dirige a Lara, en su retiro de los bosques:

"...Digamos adiós a nuestras esperanzas, digámonos adiós el uno al otro. Nos diremos aún el uno al otro nuestras palabras secretas de la noche, grande y pacífica como el nombre del Océano de Asia. No es por azar si estás allí, en el término de mi vida, mi ángel secreto, mi ángel prohibido, bajo un cielo de guerras e insurrecciones; hace mucho, bajo el cielo apacible de mi infancia, apareciste de la misma manera... A menudo, más tarde, en el curso de mi vida, he intentado definir, dar un nombre al *sortilegio luminoso* que habías echado en mi alma, a ese destello que poco a poco se oscurecía, a esa música que se esfumaba, que se ha fundido con mi existencia misma, que ha llegado a ser la llave de todas las puertas del mundo, gracias a ti."

Una vez más, la pasión separa del mundo: Zhivago y Lara aborrecen "los principios de un culto engañoso de la sociedad, transformado en política". Una vez más, la pasión se revela ante todo como una protesta contra la sociedad:

"Más aún que la comunidad de almas, los unía el abismo que los separaba del mundo. Ambos tenían la misma aversión por todo lo que en el hombre contemporáneo hay de fatalmente típico, por su entusiasmo impuesto, por su énfasis chillón... Eran la excepción... el aliento de la pasión se posaba sobre sus existencias condenadas..."

Pero ¿qué es Lara? Al perderla, dice Zhivago, "perdería su razón de vivir y quizá la vida misma". ¿Exageración romántica? No, es la verdad vital de un poeta. "Desde su infancia amaba el bosque cuando por la tarde está traspasado por el fuego del poniente", y las escenas decisivas de esta novela de poeta están siempre iluminadas por el mismo sol rojo saliendo de entre las nubes y rasando el bosque con sus últimos rayos. Esta imagen le hace ver "en la naturaleza, en el ocaso, en el mundo visible el rostro inmenso e inocente de una jovencita".

Pero he aquí la confesión decisiva; y la ambigüedad que me detenía (¿hablan pues, estos novelistas, de una sociedad, de un paisaje del alma, o de una mujer?) se funde en una identidad lírica:

"De hecho, ¿qué era ella para él? ¡Oh!, a esa pregunta tenía siempre una respuesta lista:

Es una tarde de primavera. El aire está punzante de sonidos. Las voces de los niños que juegan se dispersan por todas partes como para mostrar que el espacio palpita de vida. Y esa lejanía es Rusia, esa madre gloriosa, incomparable, cuyo renombre se extiende más allá de los mares, esa mártir testaruda, extravagante, exaltada, adorada, con estallidos siempre imprevisibles pero siempre sublimes y trágicos! ¡Oh, cuán dulce es existir! ¡Cuán dulce es vivir en la tierra y amar la vida! ¡Oh, cómo quisiera dar gracias a la vida misma, a la existencia misma, decírselos, y a la cara. *Sí, Lara es todo eso.* Puesto que no puede uno comunicarse mediante la palabra con esas fuerzas ocultas, Lara es su representante, su símbolo. Es, al mismo tiempo, el oído y la palabra ofrecidos en don a los principios mudos de la existencia."

Desde ese instante, desde esa confesión, desde que se declara expresamente la identidad de Lara y de Rusia, todo lo que sucede en la vida de Boris Pasternak se ilumina. De su carta al amo del Kremlin, leemos los términos anticipados en la escena en que Komarovski (el intrigante que ha sabido desviar en su provecho el Poder nacido de la revolución y que confiscará a Lara) ofrece el exilio a Zhivago. Este le responde, sin motivar su negativa:

"De mi partida no podría nunca tratarse." Y después agrega:

"Todo está ya en las manos de usted. Es probable que un día, cuando no pueda más, deba sofocar mi orgullo y mi amor propio y arrastrarme humildemente a los pies de usted para recibir de sus manos a Lara, la vida, el medio de volver a encontrar mi familia, la salvación... La noticia que me anuncia me consterna. Estoy aplastado por un sufrimiento que me quita toda capacidad para juzgar... Lo único que ahora puedo hacer es aprobar a usted maquinalmente, ponerme en sus manos ciegamente. Por eso, por el bien de Lara, voy a representar una comedia..."

Pasión y Sociedad

Toda pasión se alimenta de negación porque asume y sufre la excepción, en el sentido kirkegaardiano del término. Exila a quien la vive. Lo destina a controvertir como respira todo lo que regula oficialmente la vida social. De allí la presencia continua, en mis tres novelas tristanianas, de la Sociedad y de sus convenciones; de allí la crítica mordaz a la cual la somete el héroe, hablando por el autor: esta crítica, mucho más que provenir de un sistema político o social diferente, forma parte de la justificación de la pasión; en otros términos, la hostilidad del apasionado está dirigida contra lo social en sí, y de ningún modo provocada por la naturaleza particular del régimen político en el poder. Así Tristán, modelo de nobleza, está obligado a violar lo sagrado feudal, se vuelve traidor y felón y se ve exilado de la comunidad de los caballeros, no porque apruebe alguna nueva doctrina anunciadora de subversiones sociales —no dejaba de haberlas en el siglo XII—, sino porque se ha vuelto presa de un poder mucho más absoluto: el estado de pasión.

He mostrado en *El Amor y Occidente* cómo ese estado preexiste a todo objeto determinado, cómo crea su objeto ideal antes de identificarlo a un ser real por un error esencialmente inevitable que se atribuye al Destino. (Mis citas de Musil han ilustrado este punto.) Más bien que Iseo, la inaccesible, es el estado de pasión lo que se ama al principio, en sí.

Ese estado en el cual los verdaderos amantes, poetas, místicos y creadores, quisieran mantenerse una vez que lo han conocido, sabiendo a la vez que no pueden vivir en él, ha sido descrito por todos ellos como indecible. O bien hunde a quienes lo sufren en un mutismo gemebundo, o bien los excita a una locuacidad incontenible —cartas de amor, tratados místicos— y procediendo generalmente por antítesis y paradojas. Porque no habrá nunca bastantes palabras y metáforas, y clisés reinventados, y símbolos entrecruzados para intentar cernir ese indecible que se quisiera pero que no se puede comunicar. De allí que la forma de la pasión más común, porque es la más comunicable, sea la que induce a escribir novelas cuyo contagio rara vez mortal pero delicioso alcanza a todos los que han sentido, un día u otro, la diferencia entre un deseo sexual y el estado de alma o, mejor, el estado

de *ser* enamorado. De todas las pasiones, la pasión amorosa es la que más se presta al relato. La sexualidad pura y el amor al prójimo no son verdaderos sino en acto, y su descripción aburre pronto. La pasión del Eros es verdadera al principio en sueños, y quizá no exista nunca mejor que en el ímpetu lírico de su relato.

Ligado más que ningún otro a la literatura por una complicidad de origen y de esencia, el amor-pasión, ya lo hemos visto, no es por ello menos dependiente de esta sociedad que recusa: es ella quien le ha proporcionado, hasta nuestros días, los obstáculos indispensables. Sobre este punto, dos observaciones más.

Es notable que la pasión sólo utilice interdicciones y tabúes cuando éstos empiezan a debilitarse, o cuando violarlos es todavía escandaloso, pero no trae consigo la pena de muerte instantánea, física o social, del culpable. La libertad sexual de la gente muy joven norteamericana, ciertas modas literarias de la época de 1900, permiten a un Nabokov, a un Musil, llegar en sus novelas a puntos peligrosos en que el escándalo continúa siendo eficaz, en tanto que la censura vacila. La Novela de Tristán apareció en la historia cuando la reforma gregoriana y los abusos que combatía acababan de levantar, no sólo a la herejía del Mediodía, sino a la élite cultural de Europa, contra las leyes matrimoniales. De igual modo, la novela de Pasternak sale a luz al día siguiente del "deshielo" soviético: nada está ganado todavía, pero algunos pueden ya confesar algo bajo la cubierta del mito. Tal es el "terreno" biológico donde la novela encuentra las mejores posibilidades de poder declararse y, a la vez, de propagar su contagio.

Y hay más. La naturaleza de las interdicciones sociales determina el nivel psicológico y el estilo mismo de una novela. El doctor Zhivago, por ejemplo, es con mucho la más tradicional de las tres novelas que acabamos de considerar. La obra de Musil, por el contrario, despliega tantos refinamientos formales, intelectuales y hasta místicos que al final elude lo novelesco y nos hace entrever un género nuevo que podría integrar a la literatura las tentativas de la ciencia y de la psicología más recientes. Es que la *naturaleza de los obstáculos* difiere por completo en los dos casos. Política y social en la URSS, por lo tanto exterior, más primitiva en cierta forma, no pone en juego los mismos recursos que en una sociedad más liberal, o aflojada, o decadente: allí, el obstáculo se interioriza, la acción se vuelve introspección, y la intriga, aventura espiritual...

¿Es irreversible este *processus?* ¿Hace prever el fin de un género que sería también el de esa forma de pasión que la literatura mantenía y reverenciaba? ¿Qué tabúes subsistentes en nuestros días podrían aún suscitar las epifanías novelescas de Tristán y del amor-pasión?

El totalitarismo soviético y el conformismo de las costumbres en las democracias de Occidente no son ya defendidos sin escrúpulos por las

élites de ambos partidos. No veo otras interdicciones en verdad temibles, a los ojos del hombre del siglo XX, que aquellas que la ciencia y la higiene podrían hacer dictar al Estado. La pasión que quisiera violarlas no sería ya condenada, sino sencillamente curada, a expensas de la Seguridad Social. ¿Qué genio podría burlar ese plan de asepsia espiritual?

Pero imagino a veces otros obstáculos, más sutiles y tenaces que los tabúes sociales. Hice alusión a ellos a propósito de Musil. Si es verdad que la pasión busca lo Inaccesible, y si es verdad que el Otro, en tanto que otro, continúa siendo a los ojos de un amor exigente el misterio mejor defendido, ¿no podrían Eros y Ágape sellar una alianza paradójica en el seno mismo del amor aceptado? ¿Todo *Otro* no es, acaso, lo Inaccesible, y toda mujer amada una Iseo, aún si ninguna interdicción moral o ningún tabú simbolizan, para las necesidades de la fábula y la comodidad del novelista, la esencia misma del obstáculo excitante, aquel que no dependerá jamás sino del ser mismo: la autonomía de la persona amada, su fascinante extrañeza?

(*Traducción de José Bianco*)

DENIS DE ROUGEMONT

EL ESCANDALO Y EL FUEGO[1]

TÚ

Tú que has yacido
con tu madre,
no te arranques
los ojos.
¿No recuerdas
que fuiste llamado?
Trepa ahora
por la ladera empinada.
Clavando las uñas,
arrástrate como ladrón
hasta llegar junto
al señor
del libro de la vida.

[1] Poemas de un libro del mismo título que se publicará próximamente.

Lucha con él
toda la larga noche.
Vence, oblígalo, si puedes,
a que anote allí
tu nombre.

LA CIUDAD

La ciudad
del bien
y
del mal
se aleja.
Como
enfermedad,
como
marea,
como
fiebre,
el amor
avanza
con el rostro
cubierto.
Yo
me desnudo
para recibir
al monarca
desconocido.

CUANDO BESO

Cuando beso
la oscura rosa
de una mujer,
el húmedo pasado
sin fondo
me reclama desde allí,
como una droga
aletea contra mi rostro.
¡Vuelve!, exclama.

Pero otras veces
en distinto mar
me siento nadar,
en otra matriz
mi vida entera
en la vida se revuelve,
en la juntura
de fugacísimos instantes
mi codo de pronto,
mi cráneo
fuerzan los labios
de otro parto
hacia un nuevo
y remoto nacimiento.

EN CIELO DESPEJADO

En cielo despejado,
bajo el sol brillante,
estalla la tormenta
de improviso.
Busca el mediodía
para que en él
pueda serte dada
la noche sin piedad
en la que serás tú mismo.
Dios no es justo.

POEMAS NACIDOS

Poemos nacidos
en tres días,
poema cualquiera
brotado
como escándalo
entre el orden
de nuestro íntimo
fariseo.
¿No escogió Dios
lo necio, lo débil,
lo vil y lo que no es

para anular lo que es?
No te cierres aún,
herida, deja hablar
al ventrílocuo
que a través de ti
me usa.
Para siempre
prometo romper después
estas cuerdas.
Escribiré un tratado,
me compraré guantes,
iré a la iglesia,
seré un caballero.

LA LLUVIA

La lluvia resbala
sobre mis ojos abiertos.
El paisaje habitual
se ha borrado
y veo las dríadas
de la verdadera realidad,
el hueco inapelable
que en su centro
lo que existe tiene.
El bello, el violento, el tierno
y ciego mundo
es lo que parecía
a la antigua mirada
y precisamente lo opuesto.
La música de las esferas
ha callado y oigo el silencio
que recomienza.
He entendido todo.
Junto al olivo de la plaza,
bajo la lluvia
que siento
y no siento,
estar vivo de esta vida
es también estar muerto.

H. A. MURENA

SOBRE "LAS ISLAS", DE JEAN GRENIER

Tenía veinte años, cuando, en Algeria, leí este libro por primera vez. Sólo puedo comparar la conmoción que me produjo, la influencia que ejerció sobre mí y sobre muchos amigos míos, con el impacto producido en toda una generación por *Los alimentos terrestres.* Pero la revelación que nos traía *Las Islas* era de otro orden: más adecuada a nosotros, mientras que la exaltación gidiana nos dejaba a la vez admirativos y perplejos. No necesitábamos, en efecto, que nos libraran de las vendas de la moral, ni que nos incitaran a cantar los frutos de la tierra. Pendían al alcance de nuestras manos, en la luz. Bastaba con morderlos.

Para algunos de nosotros la miseria y el sufrimiento existían, desde luego. Los rechazábamos, simplemente, con toda la fuerza de nuestra sangre joven. La verdad del mundo residía únicamente en su belleza, y en la alegría que nos dispensaba. Así vivíamos en la sensación, en la superficie del mundo, entre los colores, las olas y el buen olor de la tierra. Por eso *Los alimentos terrestres,* con su invitación a gozar de la felicidad, llegaba demasiado tarde. Con insolencia, hacíamos de la felicidad nuestra profesión. Por el contrario, necesitábamos que se nos desviara un poco de nuestra avidez, que se nos arrancara de nuestra barbarie dichosa. Naturalmente, si predicadores sombríos se hubiesen paseado por nuestras playas arrojando anatemas sobre el mundo y los seres que nos encantaban, nuestra reacción hubiera sido violenta y sarcástica. Necesitábamos maestros más sutiles, y que un hombre, por ejemplo, nacido en otras riberas, enamorado él también de la luz y del esplendor de los cuerpos, viniera a decirnos, en una lengua inimitable, que esas apariencias eran bellas, pero también perecederas, y que entonces había que amarlas desesperadamente. En seguida, ese gran tema de todas las edades se puso a resonar en nosotros como una novedad avasalladora. El mar, la luz, los rostros de los que, de pronto, nos separaba una como invisible barrera, se alejaron de nosotros sin dejar de fascinarnos. En suma, *Las Islas* acababan de iniciarnos en el desencanto; habíamos descubierto la cultura.

Ese libro, en efecto, sin negar la realidad sensible que era nuestro reinado, la sumaba con otra realidad que explicaba nuestras jóvenes inquietudes. Grenier nos hacía presente, a la vez, el gusto imperecedero y la fugacidad de aquellos transportes, de aquellos instantes del *sí* que habíamos vivido oscuramente y que inspiraron algunas de las más bellas páginas de *Las Islas.* De pronto, comprendíamos nuestras súbitas melancolías. Quien trabaja duramente entre una tierra ingrata y un cielo sombrío, puede soñar con otra tierra en que el cielo y el pan sean más livianos. Espera. Pero los que se ven colmados a toda hora del día por la luz y las colinas, ya no

esperan. Sólo pueden soñar con un mundo imaginario. Así, los hombres del Norte huyen hacia el Mediterráneo, o hacia los desiertos de la luz. Pero los hombres de la luz, ¿adónde podrían huir sino hacia lo invisible? El viaje descrito por Grenier es un viaje hacia lo imaginario y lo invisible, una búsqueda de islas en islas, como la que Melville, con otros medios, ha ilustrado en *Martes*. El animal goza y muere; ¿dónde está el puerto? He aquí la pregunta que retumba en todo el libro. A decir verdad, sólo recibe una contestación indirecta. Grenier, como Melville, termina, en efecto, su viaje por una meditación sobre lo absoluto y lo divino. A propósito de los hindúes nos habla de un puerto que no se puede nombrar, ni localizar; de otra isla, para siempre lejana, y desierta a su manera.

Aquí, de nuevo, para un joven educado al margen de las religiones tradicionales, esta aproximación prudente, alusiva, era, tal vez, la única manera de orientarlo hacia un pensamiento más profundo. Personalmente, yo no carecía de dioses: el sol, la noche, el mar... Pero son dioses de goces; llenan, y después vacían. Acompañado por ellos, yo los habría olvidado por el goce mismo. Era necesario que se me recordara el misterio, lo sagrado, la finitud del hombre, el imposible amor, para que pudiese yo volver, un día, a mis dioses naturales con menos arrogancia. Así pues, yo no le debo a Grenier certidumbres, le debo una duda que nunca terminará y me ha impedido ser, por ejemplo, un humanista en el sentido que hoy se da a ese término, es decir un hombre cegado por cortas certidumbres. En todo caso, desde el primer día he admirado y he querido imitar ese temblor que corre en *Las Islas*.

"A menudo he soñado con llegar a una ciudad extranjera; solo y desprovisto de todo. Habría vivido allí humildemente, hasta miserablemente. Ante todo, habría guardado el secreto." Ésta era la clase de música que me dejaba como ebrio cuando me la repetía, caminando de noche por Argel. Me parecía que entraba en una tierra nueva, que se me abría, por fin, allí en lo alto de la ciudad, uno de esos jardines clausurados con altas tapias, junto a los cuales caminaba a menudo, del que únicamente me llegaba un perfume de invisible madreselva y con el que mi pobreza soñaba. No me equivoqué. Un jardín se me abría, con riquezas incomparables; acababa de descubrir el arte. Algo, alguien se agitaba oscuramente en mí y quería hablar. Suele suceder que una simple lectura, una conversación pueden provocar, en un ser joven, este nuevo nacimiento. Una frase se destaca del libro abierto, una palabra resuena todavía en el cuarto y de pronto, en torno a la palabra justa, a la nota exacta, las contradicciones se ordenan, el desorden cesa. Al mismo tiempo, y ya en contestación a ese lenguaje perfecto, un canto tímido, más torpe, se alza en la oscuridad del ser.

En la época en que descubrí *Las Islas* creo que ya quería escribir. Pero no decidí hacerlo sino después de esa lectura. Otros libros contribuyeron

a esa decisión. Terminado su papel, los he olvidado. Éste, por el contrario, no ha cesado de vivir dentro de mí durante los veinte años que he pasado leyéndolo. Todavía hoy suelo escribir o decir, como si fueran mías, frases que sin embargo están en *Las Islas* o en otros libros de su autor. Esto no me aflige. Pues yo, más que cualquiera, necesitaba inclinarme, encontrar un maestro en el momento oportuno, y admiro tan sólo mi suerte: haber podido continuar queriéndolo y admirándolo a través de los años y de las obras.

Pues es una suerte, en verdad, poder conocer, aunque sea una vez en la vida, esta sumisión entusiasta. Entre las semi-verdades que encantan a nuestra sociedad intelectual figura ésta, excitante: cada conciencia quiere la muerte de la otra. En seguida, henos aquí, todos, "maîtres" [1] y esclavos consagrados a matarnos unos a otros. Pero la palabra "maître" tiene otro sentido que la opone a discípulo únicamente en una relación de respeto y gratitud. No se trata ya entonces de una lucha de conciencias sino de un diálogo que, una vez comenzado, no acabará más, y que colma ciertas vidas. Esta larga confrontación no entraña ni servidumbre ni obediencia, sino tan sólo la limitación, en el sentido espiritual del término. Al final, el maestro se regocija cuando el discípulo lo deja, y afirma su diferencia, mientras que en el discípulo quedará siempre la nostalgia de aquel tiempo en que todo lo recibía, sabiendo que nunca podría devolver nada. Así es como el espíritu engendra al espíritu, a través de las generaciones, y felizmente la historia de los hombres se construye tanto sobre la admiración como sobre el odio.

Pero éste es un tono que no tomaría Grenier. Prefiere hablarnos de la muerte de un gato, de la enfermedad de un carnicero, del perfume de las flores, del tiempo que pasa. Verdaderamente, nada dice en este libro. Todo se sugiere con una delicadeza y una fuerza incomparables. Esta lengua leve, a la vez exacta y soñadora, tiene fluidez de música. Corre, veloz, pero sus ecos se prolongan. Si buscamos comparaciones, habrá que recurrir a Chateaubriand y Barrès, que han sacado acentos nuevos del francés. Por otro lado, ¿para qué hacerlo? La originalidad de Grenier sobrepasa las comparaciones. Sólo nos habla de experiencias familiares en una lengua sin apresto aparente. Después, nos deja traducir a cada cual a nuestro gusto. Sólo en esas condiciones es el arte un don que no obliga. En cuanto a mí, que tanto he recibido de ese libro, conozco lo extenso de ese don, reconozco mi deuda. Las grandes revelaciones que recibe un hombre durante su vida son raras, una o dos, a lo sumo. Pero transfiguran, como la suerte. Para el ser apasionado de vida y conocimiento, ese libro ofrece, lo

[1] Juego de palabras entre *maîtres* (maestros) y *maîtres* (amos).

sé, al dar vuelta sus páginas, una revelación semejante. *Los alimentos terrestres* han puesto veinte años para encontrar al público que iban a conmover. Ya es tiempo de que nuevos lectores se aproximen a este otro libro. Me gustaría estar entre ellos, me gustaría volver a aquella noche en que, después de haber abierto el pequeño tomo, en la calle, lo apreté contra mí y corrí hasta mi cuarto para devorarlo, por fin, sin testigos. Y envidio, sin amargura, envidio con ardor, me atrevería a decir, al joven desconocido que hoy abordará esas *Islas* por primera vez.

(Traducción de Victoria Ocampo)

ALBERT CAMUS

CUERVO Y PALOMA DEL DOCTOR SEBASTIAN DARRES

Yo no me asombro de nada, porque mi aprendizaje transcurrió en el estudio de Sebastián Darrés. Produjo el foro argentino profesionales de mayor talento, pero ninguno tuvo una clientela comparable a la suya, por la calidad y cantidad de crápulas. La circunstancia de que tal gentuza acudiera a nuestro doctor sugiere una afinidad que no ocultaré bajo loas dictadas por una gratitud intempestiva; sin embargo, por aquello de que un hombre es dos, o por el ansia de irnos de donde estamos y de ser lo que no somos, o porque ni siquiera en dechados de vileza seremos la perfección, la verdad es que Darrés había constituído un hogar ejemplar; no sólo ejemplar: rígidamente burgués, con una buena señora al frente, doña Agustina, y tres niñas que nunca fueron jóvenes y que el sábado a la tarde, a la hora del oporto y las vainillas, tocaban música para los invitados. Yo le guardaba rencor al pobre viejo, no tanto por la rutina del trabajo ni por la índole de los clientes, vigorosos cuervos que criábamos en el estudio, entre los que no faltaba el individuo pintoresco, sino por las reuniones del sábado, por el oporto y las vainillas (de las que siempre dijeron: no son como las de antes) y por las tres hijas feas, en las que recelaba, como el zorro en la carroña, una trampa. ¿Por qué, si no alentaba la esperanza abominable de casarme por lo menos con una hija, ese hombre famoso me invitaría a su tertulia, a mí, el pinche del bufete? El pinche, para vengarse de tanto honor, olvidaba a Carmen, a Aída y a Norma, que así se llamaban las señoritas, y platicaba con la dueña de casa. No era tonta doña Agustina; aún sospecho que añoraba, como a una patria desconocida,

pero que clama desde la sangre, ese mundo de aventuras, que en su manera más ingrata se manifestaba en el estudio del doctor Darrés y que de ninguna manera penetraba en la casa del doctor Darrés. Como tampoco era fea la señora, en ocasiones me figuré que si ella tuviera un poco menos de edad y yo un poco más de coraje... Me apresuro a declarar que gozo de carácter serio y que si no moví un dedo para concluir con el celibato de las hijas, también me jacto de jamás comprometer la reputación de una madre, concepto que encumbro.

Hubiera sido paradójico que por obra de gente buena la desgracia golpeara este hogar. No lo permitieron los dioses. Cuando sonó el tiro justiciero, descubrimos que lo disparó un *chantagista* de poco seso, al que de tarde en tarde el estudio extorsionaba, por principio y para mantener la disciplina. Me pregunto si este breve acto habrá saldado la considerable deuda del doctor Darrés con la gente de mal vivir; aunque a juzgar por lo desorientados que andaban los granujas en los días en que liquidamos el estudio, la deuda debía de ser mutua; rondaban por la lechería de la esquina, por el *garage* donde acude cuanto jubilado contiene el barrio, por la misma fonda de la media cuadra, con esa cara de hormigas apabulladas, a quienes pisotearon el hormiguero.

Desde luego asistí al velorio. La señora me dijo que su marido siempre me miró con aprecio. Iluminaba, probablemente, la escena, el mágico nimbo de una herencia de millones, pues me sorprendí meditando que en la casa faltaría un hombre, encontré que las hijas no eran tan desabridas y me vinieron a la memoria las últimas palabras que el viejo hipó entre mis brazos, cuando lo tenía medio reclinado en el suelo, contra la jaula del ascensor: No abandone a mis palomas (acaso por afectación de apego, llamaba así a las mujeres de su familia).

Para acatar el mandato me prodigué en visitas de pésame, hasta el mismo día en que no fué tan fácil entrar en la casa. Las reuniones del sábado, que en otros tiempos yo había execrado, se convirtieron en motivo de nostalgia. Lo que más las recomendaba era la comodidad. Ahora, para visitar a la familia Darrés, había que llamar por teléfono y poco menos que inventar un pretexto. Por cierto la desidia me adormeció. Brutalmente desperté a los diez meses, cuando llegó a mis oídos el rumor, confirmado en el bar y en los baños del club, de que doña Agustina, tras de literalmente cubrirlo de calcetines que importaba de Francia y de corbatas de seda natural, se había casado con el Ñato Acosta. ¿Quién, en Buenos Aires, ignoraba la catadura del Ñato? No me atrevo a jurar que nuestra respetable matrona. Por mi lado lo prontuarié como sigue: cliente del estudio, silueta inevitable de todo género de garito, confitería y *dancing,* eventual traficante de alcaloides, Acosta vivía habitualmente del trajín de la pobre tubia apodada Pez Limón y el año pasado estuvo a punto de ir preso,

cuando montó una agencia dedicada a la venta de pasajes para un imaginario crucero a Tierra Santa. ¡Ay de las palomas del doctor Darrés! En este amargo trance ¿cómo las protegería su campeón? Barajando posibilidades, valoré la conjetura de que palabras o hechos míos, contrarios a sus torvos intereses, llegaran a conocimiento del citado Acosta, verdadera bala perdida, y resolví mantenerme al margen de la cuestión, porque a menudo un mediador resulta perjudiical para las mismas partes. Confieso, por lo demás, que me arriesgué a lanzar el vaticinio de que a la familia Darrés podría ocurrirle cualquier cosa.

A principios de abril fué la boda de doña Agustina y no había finiquitado mayo cuando mi vaticinio empezó a cumplirse, ineluctablemente. Primero me dijeron que el Ñato Acosta ya había dilapidado, en juego y en juergas, alrededor de un millón de pesos de la viuda; después, ante mis propios ojos, bordeando el lago de Palermo en una *voiturette* con ruedas de color naranja, riendo de oreja a oreja, pasó Acosta rodeado de un ramillete de bulliciosas rubias: imagen que vino a confirmar, de modo más intuitivo que lógico, la primera noticia. Otras novedades trajeron mis informantes: no todo marchaba a la perfección en casa de doña Agustina; había continuas peleas entre los cónyuges y lo más triste es que la señora, por su parte muy enamorada, estaba increíblemente segura del afecto de su joven marido, aunque en más de una ocasión debió apelar al recurso de excluirlo del dormitorio, tras de cuya puerta cerrada ella se ocultaba a derramar lágrimas. Luego el final se precipitó. Ominosamente un diálogo oído en el club obró en mi ánimo como augurio. Estábamos en los baños, desnudos. Bajo la ducha de enfrente yo tenía a ese canallita de Acosta. Un consocio le preguntó:

—¿Es verdad que doña Agustina te echó de la casa?

—No te preocupes —contestó el Ñato—. Ya me llamará. Es querendona la vieja y cuando pase otra noche sin mí en su cama se pondrá a bramar como una loba.

Pudo la señora enterarse de este desplante o de cualquiera de los que por jactancia festiva repetía entonces entre amigotes el Ñato, que no era delicado con la intimidad de nadie; lo cierto es que doña Agustina muy pronto nos dejó atónitos: entabló juicio de divorcio. El resto ustedes lo saben. A las pocas horas, Acosta se había ahorcado con una de sus famosas carbatas de seda natural.

ADOLFO BIOY CASARES

TRES POEMAS

LA PLAZA

Hermosura del aire.
No está en mí
ni en la tarde
(tampoco en la palmera).
Pero alguien,
dicha, luz y canción,
en la palmera de verdor,
en mí,
y con la tarde
arde.

INSECTOS

La delgadez extrema del amor,
la devoción de pinzas con que asedian
los tallos de la noche, solitarios
como joyas de incierta repulsión;
ellos, los irritados
en la espiral oscura de una cola
donde vibra y sofoca la condena
del último verano — la canción.

Después el soplo llega
y vuelan acoplados
hacia las luces de la perfección

CANCION

Las voces del verano,
los raros amuletos
de tu pecho,

y esa luz solitaria
que persigo
donde acaba el deseo,

inútil, sometido
a la suave delicia
de tu cuerpo moreno:
ángel de mi secreto,

entre palmas dichosas,
unas nubes, y el viento
te recuerdo.

Las voces del verano,
tu pecho cerca,
lejos.

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ

ACCION DE GRACIAS

Oh mi Señor, veloz y codicioso amante,
ya sé que he recibido bienes de Ti, cuidados
y revelaciones, pero yo —¿todavía
puedo decírtelo?— quisiera consumirme
entre las tiernas impurezas que el hombre ama,
olvidarte, oh fiel serpiente, un día, un solo día
que se pareciera a las batallas, o al menos
hablar sin Ti, sin la mirada con que vigilas
mi pudor, del prójimo aún tuyo, de mí mismo,
tan tuyo, tuyo aún, de todo lo que es tuyo
y nos hace felices. Pero —es cierto— aquello
que queremos siempre en Ti acaba y por Ti vuelve
a dejarse querer, como el cuerpo que agita
sólo ante el cuerpo amante su esplendor, y percibe
la propia gracia apenas. ¡Si simplemente fuera
uno el que te posee, y viéndote vencido
al fin, clamase para que Tú lo poseyeras!
¡Cómo, no obstante, enturbias con tu altivez el aire
y al ponderar mi amor, no el tuyo, nos desunes!
Pareces, cuando vienes a mí, un cordero tenue
al que es difícil recordar; pero Tú, viejo río

de paciencia, a nadie olvidas, a nadie dejas
de llamar en secreto. A veces, cuando atiendo
tu canto avaricioso pienso, ¿sabes?, si lo que
me has cedido es todo el bien, si no habrá en Ti otros bienes
que vedas a mi lengua y a los que nunca, nunca
podré reconocer. ¿O acaso, amante, guardas
para cada criatura un don tan diferente
como sus actos, y en los que ocultas dejas alentar
tu mirada? Miro, y la luz va a reposar en ella,
pero estoy hecho, amor, de tu mudanza; entonces
nada entiendo, y sólo mi reposo permanece.
¡Huye, sé Tú, por una vez, el que huye y teme!

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

ARTISTAS

I

El cartel indicador se alzaba al final de la recta, las letras pintadas de blanco, sobre el yugo y las flechas descoloridas. Desde la carretera se divisaba de nuevo el mar, liso y como bruñido por el sol y, más cerca, una haza cubierta de rastrojeras se extendía hasta los muros cuarteados de una fábrica en ruinas.

Aun extremo del campo, dos hombres batían la paja con sus bieldos. Eran las doce pasadas y la calina que envolvía el paisaje, inventaba caprichosos espirales de celofán sobre el asfalto medio derretido.

Dolores frenó más allá del cartel y nos detuvimos a mirar, junto a la cuneta. El pueblo se extendía sobre una pendiente escalonada de terrazas y la cúpula de mosaico de su iglesia reverberaba a la luz del sol. De no ser por el bullicio y griterío de los chiquillos, se hubiera dicho que nadie vivía en él. Muchas casas estaban desmoronadas o en alberca, y sus fachadas maltrechas testimoniaban la existencia de una época de prosperidad y de trabajo, de la cual la chimenea agrietada del teso y los restos calcinados de un molino constituían un recuerdo nostálgico. Ahora, toda la vida parecía concentrarse en el mar, y el puerto abrigaba medio centenar de embarcaciones protegidas por un espigón de obra, liso, y curvado como una hoz.

—¿Qué te parece? —dije, señalando con el brazo hacia el mar.

—Como sitio tranquilo, lo es —repuso Dolores, sin gran entusiasmo.

Acabado el pitillo, subimos al coche otra vez. La carretera partía el pueblo por en medio y encontramos la fonda sin dificultad: una casa de dos pisos, con las paredes enjalbegadas y una andanada de balcones de hierro en la fachada delantera. A pocos metros de ella, una cola de mujeres con burros y aguaderas esperaban su turno para cargar el agua de la fuente. Varios chiquillos jugaban alrededor de la pila y, al vernos, corrieron a nuestro encuentro.

—¿Van ustedes a la fonda? —preguntó uno, asomando la cabeza por la ventanilla y, sin darnos tiempo a responder, desapareció en el interior del zaguán.

Al cabo de un momento se presentó acompañado de una chica de buen ver, vestida con un viejo delantal blanco.

—¿Son ustedes los que han enviado la carta?

—Sí.

—Le hemos reservado la mejor habitación—. Se volvió hacia la puerta y comenzó a dar palmadas:— ¡Manuel!... ¡Paco!... Venid a coger las maletas... Los señores ya han llegado.

Nos apeamos. Por la puerta se había asomado un niño con la morra esquilada y un muchacho de unos veinte años, rubio y con el cabello revuelto.

—Tú, Paco, coge el bolso de la señora... —ordenó la chica—. Y tú, Manuel, carga con las maletas. —Aguardó unos segundos, como para cerciorarse de que la obedecían, y nos sonrió:— Ustedes, vengan... Les enseñaré la habitación.

Tras el zaguán había una pieza en la penumbra, con veladores, sillas, retratos de familia y calendarios de propaganda en color. El balcón del fondo tenía la persiana corrida y un sistema de puertas y ventanas entreabiertas inventaba una vaga corriente de aire. Adosados a las paredes, varios tiestos con helechos y colocasias entretenían una ilusión de frescura, agradable como un oasis.

—Vengan.

Al atravesar la cocina, una mujer de mediana edad —la madre de los tres chicos, probablemente— dejó de trasegar el interior de una cacerola y nos estrechó cordialmente la mano, después de haber frotado la suya contra el delantal.

—Las habitaciones son calurosas a esta hora —advirtió—. Pero a la noche, con la fresca, se está mucho mejor.

La escalera era estrecha y pina. Arriba, avanzamos por un pasillo de adobes, entre una doble hilera de puertas. La muchacha hizo girar la llave de una, y entramos.

El dormitorio tenía dos camas con colchón de muelle, dos mesitas de

noche, un colgador y una palangana. El balcón daba sobre la carretera y conservaba la palma del domingo de ramos. Dolores se asomó un instante a ver. Yo miré el armazón del techo. Como la mayoría de las casas del Sur, estaba construído a teja vana.

—¿Les gusta?

Dolores dijo que sí, que estábamos encantados.

—¿A qué hora quieren comer?

Le contesté que tarde, que antes deseábamos ir a la playa.

Cuando nos quedamos solos, Dolores se puso el traje de baño y se volvió a vestir. Yo ya llevaba el slip debajo.

—No olvides la crema antisolar —me recordó, al salir.

—La he metido en el bolso.

—¿Estás listo?

—Vamos.

Abajo, la madre nos sonrió. Tenía el cabello recogido en rodetes, encima de las orejas, y las gafas de concha le resbalaban por el perfil de la nariz. Aunque prematuramente gastada por el trabajo, se adivinaba que, de joven, había sido atractiva.

—La playa de adelante está llena de guijarros. Deben ir al otro lado del puerto. Allí es magnífica.

Dolores le preguntó por el camino.

—No se preocupen. Paco les acompañará.

El niño asintió con la cabeza. Se había cambiado de vestido al mismo tiempo que nosotros y ahora llevaba un gorro de visera, una pescadora azul y unas sandalias.

—En coche se llega en un minuto.

—Si es cerca prefiero ir a pie —dijo Dolores.

—Como ustedes quieran —repuso.

Parecía ligeramente contrariado, pero lo disimulaban bien. El coche se cocía al sol implacable de la carretera y, al salir, descubrí su nombre, escrito en el polvo del guardabarros.

—Por aquí —guió.

En la fuente, las mujeres seguían con las aguaderas. Un burro rebuznaba y no quería arrancar. Mientras caminaba oí blasfemar a un hombre. Habíamos torcido por una callejuela mal empedrada y desembocamos en un Paseo, cara al mar.

—La playa buena está al final —explicó el niño.

Hacía un sol del demonio y nuestras sombras se aplastaban contra el suelo. Atravesando la calzada del Paseo, nos acodamos a la baranda. En la playa había varios quitasoles con mujeres, nodrizas y chiquillos. La orilla estaba cubierta de algas y la arena era gruesa y negra.

—¿Son veraneantes?

—Sí.

—¿Hay muchos?

—Unos pocos —el niño hizo una mueca—. Mejor que no hubiera ninguno.

—¿Por qué?

Paco caminaba con las manos hundidas en los bolsillos, la cabeza siempre gacha.

—Para lo que gastan... —Señaló un bar, completamente vacío—. Vienen de Madrid a aquí, a ahorrar. —Se corrigió.— A lucir barato y a humillar a los otros.

Un grupo de pescadores aprovechaban la sombra del Hogar y fumaban en silencio, aconchados a la pared. Al pasar nosotros, contemplaron atentamente a Dolores.

—El puerto —se limitó a decir el niño.

Docenas de barcos flotaban sobre un agua intensamente azul y un penetrante olor a salmuera y a brea me hizo batir el corazón más a prisa.

—Creo que me quedaría a vivir aquí —exclamó Dolores.

Precedidos por el niño, caminamos con la mirada fija en los faros de las pesqueras, las cestas apiladas en el muelle y los viejos afanados en el remiendo de las traíñas. Un poco más lejos, había un chiringuito con varias mesas de madera, protegido del sol por un cañizo, y el camarero —un chiquillo— dió los buenos días a Paco.

Al otro lado —en el centro de una gran explanada— se elevaba una especie de plaza de toros, vieja y descolorida por el sol. Detrás de ella, el carromato de unos feriantes parecía languidecer en el polvo, y una melancólica columna de humo brotaba de su chimenea de latón.

—¿Qué es esto?

—Un circo. Hace casi un mes que para aquí.

—¿Es bueno?

—¡Qué va! —El niño repitió la mueca de antes.— Muy malo. Dió sólo una función, y no fué nadie.

Una mujer teñida de rubio se asomó por una de las ventanas, bebió un sorbo de agua de un botijo y la escupió.

—Están en el pueblo porque no pueden pagar el transporte —dijo Paco, leyéndome el pensamiento. Se detuvo un instante y añadió, casi en voz baja—: Para mí, que se quedarán toda la vida.

Atravesamos el espigón, bajo un pequeño túnel. Al otro lado, la vista del pueblo desaparecía por completo y la playa se extendía sin fin, chata y amarilla.

—Es aquí. Nunca viene nadie.

Dolores se quitó inmediatamente la ropa. Antes de tumbarse sacó la

crema del bolso y se frotó concienzudamente el cuerpo. Luego, embadurnó también el mío y extendió el albornoz sobre la arena.

Habíamos ido hasta aquel pueblo para tostarnos, embrutecernos y descansar. El sol pegaba duro sobre la piel y sentí su lengüetazo turbio en los párpados.

Paco se había sentado en cuclillas, algo más lejos, y antes de abandonarme del todo, le pregunté:

—¿De qué vive la gente aquí?

Se entretenía en escurrir la arena entre sus dedos y no levantó siquiera la cabeza:

—De la pesca.

—¿Y tú? —Me extendí boca arriba y cerré los ojos.— ¿Qué quieres ser?

Su respuesta, esta vez, me llegó en seguida:

—Mecánico.

Me dormí. Tenía conciencia de que, al cabo de unas horas, olvidaría la fatiga del viaje y no deseaba otra cosa que cocerme lentamente cara al sol.

En una o dos ocasiones, me desperté y vi que Dolores dormía también.

La vista perdida en el mar, Paco hacía escurrir aún la arena entre sus manos.

II

Volvimos a las tres. La muchacha nos hizo pasar a una habitación, a la izquierda de la gran sala y, sin abandonar su sonrisa beatífica, la madre sirvió la comida.

Habíamos olvidado ya la insipidez de la cocina andaluza y devoramos la olla de prisa, casi sin masticar. No había vino, y el que fué a buscar Paco resultó tibio, zurraposo y aguado. La muchacha trajo aun pescadilla frita y una torta casera. El cerebro vacío, contemplé las figurillas de loza del aparador, el mosquero, un cromo en colores de la Virgen del Mar. El bochorno de la hora era insoportable y el aire parecía haberse estancado. Al fin la chica se presentó con la fruta y subimos a descabezar una siesta.

Al bajar —dos horas más tarde— la madre dormía en la mecedora y Manuel daba vueltas por la sala, el paso lento, roncero.

—¿De paseo?

—Sí.

—Si van hacia el puerto, voy con ustedes.

Aceptamos. Fuera, Paco montaba guardia al coche, sentado encima del guardabarros. Al vernos, inclinó la cabeza y vino a nuestro encuentro.

—Está sucio —dijo.

—Sí.

—Si quieren, le quito el polvo.

—Casi no vale la pena —dijo Dolores—. Se ensucia otra vez en seguida.

—Da igual. Si se ensucia, vuelvo a limpiarlo.

El niño desapareció por el zaguán. El sol se inclinaba ahora hacia el horizonte y comenzaba a soplar la brisa. La fuente de la plazoleta estaba seca y Dolores la señaló con un ademán.

—¿No mana?

—No. Sólo la venden hasta las tres... Por las tardes, la cierran.

—¿La venden?... ¿Quién?

—Los del Ayuntamiento. Aquí no llueve nunca. A veces pasan meses sin que caiga una gota. Y no hay agua.

Los madrileños echaban una partida de cartas en la heladería del Paseo. Las muchachas iban pintadas y llevaban zapatos de tacón. La mayoría de los jóvenes vestían de blanco y llevaban zapatillas con suela de goma, como para jugar al tenis. Al alejarnos, repetí a Manual la frase de Paco.

—Dice que vienen a ahorrar.

—Es verdad. —Hablaba con contenida irritación:— Se toman un mantecado o un café, y se quedan en su sitio, plantados. —Mostró un edificio chato, con la puerta atrancada.— Yo trabajaba de camarero allí. Venían, se sentaban y no querían consumir. Y, si consumían, luego no pagaban. —Escupió en el suelo.— Todo se les va en labia y guapura... El dueño tuvo que cerrar.

Dolores le preguntó qué hacía ahora.

—Nada —repuso él—. Estoy parado.

—¿Y en el puerto?

—Mi padre se ahogó hace seis años, y madre no me deja.

Sentados en la cinta de la acera, los pescadores aguardaban el momento de partir. Algunos saludaron irónicamente a Manuel y guiñaban el ojo a causa de Dolores.

—¿A qué hora embarcan?

—Depende. A las cinco y media... A las seis... En verano la mar es buena y salen cada noche... No es como en invierno... Si usted pasa por aquí, les verá todo el día frente al Hogar Sindical, esperando. Las mujeres vienen también con sus críos. La marejada es fuerte y no pueden embarcar.

Bajamos al muelle. La brisa soplaba muy fresca y el mar comenzaba a escarolarse. La tripulación de un pesquero se preparaba para salir. Sobre la cubierta de otro, un hombre cebaba los anzuelos de un palangre.

Manuel se dirigió a un viejo sentado en un bolardo y cambió unas palabras a media voz. Volvió en seguida —las manos en los bolsillos— para decirnos que nos alquilaba su bote por dos duros.

—Si ustedes quieren, les llevo fuera del espigón.

Dolores aceptó por los dos. Dí los duros al viejo y saltamos a bordo de la barca. Antes de remar, Manuel verificó el ajuste de los toletes. Dolores y yo nos sentamos frente a él, en la popa. Después del bochorno de la jornada, el viento resultaba muy agradable. El sol se aproximaba a la cresta de los montes y, a contraluz, el pueblo se difuminaba en escorzo. El pesquero nos atrapó mientras doblábamos la baliza y los hombres repitieron sus pullas a Manuel.

—¿Dónde se meten las mujeres? —preguntó Dolores, cuando pasaron—. En la calle no se ve ninguna.

—En sus casas. —Al remar la nuez le sobresalía en el garguero—. La que sale fuera es mal vista.

—¿Y las solteras?

—Casadas o solteras. Es lo mismo.

El viento arreciaba y Dolores quiso turnarle en los remos. Manuel protestó en un principio, pero acabó por ceder, en vista de que ella insistía. Una gaviota voló sobre nuestras cabezas. Poco a poco nos acercábamos a la playa donde habíamos estado con Paco. Al ganar la orilla, Manuel saltó a tierra y ayudó a bajar a Dolores. El cuerpo algo entumido, me senté al lado de ella, cara al mar, mientras el chico varaba el bote en la arena.

A medida que el crepúsculo avecinaba, el sol se tornaba cada vez más rubio e impregnaba al paisaje —las ruinas de la fábrica, el mar, y la playa sin fin— de una luz leonada, como polvorienta. Después del paseo, me sentía en excelente forma física y, brazo contra brazo, Dolores y yo comparamos nuestros morenos respectivos. La presencia de Manuel —como la del niño por la mañana— no nos pesaba en absoluto. En el bote había observado que, al hablar, nunca miraba a Dolores y, como muchos hombres del Sur, no lo hacía en modo alguno por timidez. La mujer de otro no existía, para él, como mujer, y se convertía en algo remoto, prohibido.

Cuando vino, le señalé el edificio en ruinas y le pregunté qué era. La mirada ausente, tardó unos segundos en contestar. Había sido una fábrica de conservas, me dijo. El pueblo fué rico durante una época y tuvo mucha industria. Una compañía extranjera explotaba las minas de Herrerías y Los Gallardos y, todas las semanas, los barcos venían a cargar el mineral. En el pueblo se vivía bien, entonces. Había trabajo, y la gente no tenía que emigrar.

Ahora, en cambio, todos los jóvenes se iban. Había paro, se ganaba una miseria y, los que podían, se largaban a Barcelona, a Francia, a América — a las cinco partes del mundo. Los otros se pasaban la mitad del año sin trabajar, esperando alguna chapuza. En el puerto se les veía todo el santo día de arrimón y, si las tiendas no querían fiarles, debían andar a la briba. Un invierno que hubo mar fuerte, varios hombres robaron la huerta de don

Ambrosio. El dueño les denunció a la guardia civil y les molieron a palos. Uno de ellos —un viejo— se ahorcó al volver a su casa y los curas no quisieron enterrarle.

Cada año, los diarios prometían una política de Obras Públicas, un pantano y otras muchas cosas más. Venían delegaciones, desde Madrid, con planos, ingenieros y topógrafos y, en la sala del Ayuntamiento, se les obsequiaba con un banquete. A la salida, los niños de la escuela cantaban un himno en su honor. Pero —en seguida— se iban con sus planos, topógrafos e ingenieros, y ellos —los pobres— seguían igual que siempre.

—Y en todos los pueblos de por aquí, pasa igual —concluyó Manuel—. En Lubrín, en Cuevas, en Vera, en Turre... El que puede, emigra, y el que no, baja la cabeza y se muerde los puños de hambre...

Dolores y yo asentimos en silencio. El sol había trasmontado mientras hablaba y un nimbo rojizo coronaba el perfil de la sierra. Las gaviotas volaban a ras de suelo y el viento soplaba, cada vez más fuerte.

—Cuando acabe la mili, me largaré también —dijo aún Manuel—. Mi madre no quiere, pero me da igual. Un día haré las maletas de verdad, y no volverá nunca a verme.

III

Cuando llegamos al puerto, anochecía. La baliza del espigón hacía parpadear su luz verde y el altavoz del cine machacaba una musiquilla pegajosa. Durante el retorno, Manuel había permanecido callado, como arrepentido de su locuacidad de antes y, aunque al bajar le invitamos a beber una copa, prefirió esquivarse evasivamente, en compañía de unos amigos.

Durante unos minutos erramos por el Paseo sin rumbo fijo. Era demasiado temprano aún para ir a cenar y no sabíamos qué hacer para aliñar el tiempo. Los madrileños seguían jugando a cartas en la heladería y, cuando pasamos, cambiaron unas palabras, en voz baja. Al llegar frente al Ayuntamiento, dimos media vuelta. La noche era fresca y nos encaminamos hacia la explanada donde había ido a varar el circo.

El chiringuito estaba pobremente iluminado con farolillos de colores y nos sentamos en la única mesa. A nuestro lado un hombre de mediana edad discutía con dos mujeres; más lejos, un grupo de pescadores charlaban, en animada tertulia. El niño-camarero se presentó en seguida a servirnos. Dolores pidió una botella de tinto y una doble ración de tapas. Mientras bebíamos, examinamos la posibilidad de comprar una casita en el pueblo, de establecernos allí para siempre, de prohijar a Paco. La vida sedentaria que llevábamos nos aburría, y decidimos cambiarla. Aquel pueblo era un refugio ideal, al menos, para una gran parte del año. En adelante, pasaríamos seis meses allí y, el resto, de viaje...

En la mesa vecina, el hombre se disputaba con una de las mujeres. Era medio calvo, grueso y vestía de un modo absurdo. El niño le había traído otro litro de vino y se servía constantemente.

—Lo que diga Mirco se me importa una higa —murmuraba con voz estropajosa—. Yo soy el jefe, y yo mando.

—Jefe, jefe, dale con jefe... ¿no sabes decir otra cosa?

—Soy el amo de todo... De todo...

—Pues si lo eres, demuéstralo... Estoy harta de pudrirme en este pueblucho.

—El circo renacerá otra vez —dijo el hombre—. Recorreremos toda Andalucía...

—Como no sea a pie... Ningún transportista querrá fiarte. —La mujer elevó el tono de voz—. Además, si te fían, primero has de pagar los atrasos.

—Pagaré a todo el mundo y, si es preciso, el doble.

—¿El doble, sólo? ¿Y por qué no el triple?

—Yo no soy una sucursal de Banca. —El dueño bebía directamente de la botella—. Soy un artista.

—Un ganapán, eso es lo que eres... Valiente mierda tu circo y todas sus medallas... De no haberte hecho caso, tendría trabajo, yo... Alvaro me lo ofrecía. Y Solana... Estaría en el Club del Mar. O en Torremolinos.

—El mes próximo actuaremos en Málaga.

—Anda... Cuéntanos ahora una de bandidos...

—Conozco a Mercader, el del Apolo. Hace años trabajamos los dos en Lisboa. Si le escribo, nos sacará del apuro.

—Pues, hala, ¿qué esperas? —gritó la mujer—. ¿Que vaya a buscarte una pluma?

—He conocido baches peores que éste y he vuelto a salir a flote.

—Sí, si eres un gran hombre... Todos los empresarios del mundo se te disputan...

—Sí, señora. Aunque te rías...

—Pues claro que me río. Conozco el disco de memoria: Lisboa, Casablanca, Marruecos Francés y el Sultán que vino a abrazarte. —Apuntó con el dedo, hacia nosotros—. Cuéntaselo a esos señores, pero no a mí... Yo ya estoy harta.

—Saldremos del pueblo y volveremos a actuar. —El dueño giró ligeramente la silla para mirarnos—. Un día se acabará la mala suerte.

—¿Un día? ¿Qué día? ¿De aquí a diez meses? ¿O aguardar a que todos estemos calvos?

—He escrito al Recreo de Almería. Me enviarán a Aurorita y a las otras. Arrancaremos con un nuevo número.

—Créetelo —repuso la mujer—. Nadie vendrá si no le pagas por adelantado. No serán tan imbéciles como yo, para aceptar sin garantías.

—Les abonaré después de la función, como a todos.

—El alcalde no te dejará salir.

—Te digo que pagaré a todo el mundo.

Había vaciado también la segunda botella, y pidió otra. A su izquierda, la mujer encendió un Bisonte con aire ofendido. Era morena, flaca, y llevaba una blusa de seda blanca, muy prieta.

—Antes de una semana, estaremos fuera del pueblo —dijo, aún, el dueño.

Ella se encogió de hombros. Sus labios se movieron como para hablar, pero cambió de opinión.

—Bueno; yo me largo.

—Aguarda —exclamó su compañera—. Que voy contigo.

Era más baja que la otra, rubia y entrada en carnes. Los pescadores las miraban codiciosamente y se arregló el pelo, con coquetería.

—Como vuelvas otra vez borracho —amenazó al marcharse— te cerraré con el pestillo.

El hombre cogió la botella por el gollete y se atizó un nuevo trago. Tenía el rostro empapado de sudor e hizo tabalear los dedos sobre la caña de sus botas.

—La gente de hoy, sólo se interesa por lo vulgar —dijo, dirigiéndose a nosotros—. El cine, todos los días el cine... El trabajo del artista no cuenta...

La lengua se le trababa al hablar y miró en torno, lleno de irritación.

—Tenía ofertas de Algeciras, de Tánger, de Marruecos, y preferí venir aquí... Me habían dicho que en este pueblo gustaba el arte y ya ve usted... Un sacrificio inútil... Como arrojar margaritas a los puercos...

Estaba demasiado bebido para continuar y ocultó la cabeza entre las manos. El niño-camarero iba y venía con las botellas y, al pasar cerca de nosotros, guiñó un ojo.

—No le hagan caso... Todos los días está así.

Luego, el reloj del Ayuntamiento dió las nueve.

Era la hora de volver y nos levantamos.

IV

La cena resultó tan insípida como la comida y la despachamos de prisa, deseosos de ir a la cama. El colchón de muelles era bastante incómodo, pero la fatiga del viaje me hizo dormir de un tirón. Cuando me desperté, Dolores vaciaba el agua de la jarra en la palangana y, por los postigos entornados, entraba un rayo de luz.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

Habíamos decidido aprovechar la jornada de sol hasta el máximo y,

concluído el aseo, nos pusimos el bañador. Abajo, la madre nos ofreció un bol de leche y un corrusco de pan. Tenía la cocina muy limpia, con los cazos colgados de la espertera y la vajilla bien ordenada en el vasar y, mientras comía, me entretuve en observar la cántara del agua y las estampas clavadas en las paredes: dos etiquetas de Dátiles El Monaguillo y un cromo en colores del Sagrado Corazón.

Al poco, el niño vino a darnos los buenos días. Había limpiado el coche de cabo a rabo, nos dijo. Estaba lleno de polvo y barro y suciedades y, después del baño, no parecía el mismo.

Para complacerle, salimos a mirar. El sol daba de lleno sobre el techo y los cristales lavados reverberaban.

—Magnífico —le dije—. Ha quedado como nuevo.

—Sí. Casi da vergüenza ensuciarlo.

La madre nos explicó que se había levantado a las siete y que se había pasado fregando más de dos horas.

—Le vuelven loco los automóviles —dijo.

Paco soportaba las alabanzas, con la mirada absorta.

—Por dentro hay mucho polvo, también.

—Es igual. Ya está muy bien así.

—Si me dan la llave, mañana lo limpiaré.

Se lo prometimos. Dolores quería ir a una playa algo alejada y, después del desayuno, subimos al coche. En la fuente, había la cola de mujeres con aguaderas y borricos y nos miraron en silencio, mientras Dolores ponía el motor en marcha.

Desde la puerta, la madre y Paco nos hicieron adiós con la mano.

—Deberíamos haberle invitado a venir.

—Son muchas horas —dije—. Se aburriría.

—Tienes razón. Se lo propondremos esta tarde.

A la salida del pueblo, topamos con una pareja de civiles: uno de ellos con el tricornio ladeado, liaba un cigarrillo con parsimonia; el otro escudriñaba el horizonte, las manos apoyadas en la abrazadera del mosquetón. Más lejos, un castillo medio derruído hacía las veces de Casa-Cuartel: una columna de humo brotaba de una de sus ventanas y el viento estremecía la bandera desplegada en la torre. A partir de entonces, la carretera discurría al borde del mar, sobre riscales, contra los que el oleaje se estrellaba con furia, y calas cubiertas de gravilla, negras y desoladas.

El sol se elevaba hacia el cénit y el suelo humeaba a causa de la calina. Las ruinas de otra antigua fábrica servían de refugio a una bandada de cuervos, que graznaron a nuestro paso. La tierra de los campos estaba reseca y las colinas se desdibujaban, surcadas de badenes, como agrietadas. La vegetación era pobre, raquítica: olivos viejos, nudosos, cargados de años; arbustos achaparrados y esqueléticos; chumbares. Un asno con los

ojos vendados giraba alrededor de una noria y, aquí y allá, entre el polvo del camino, se veían mujeres montadas en borricos, con botijos de agua y cántaros.

Después el paisaje se humanizaba un poco. Una extensa zona cultivada, protegida por bardales, rodeaba un lejano edificio de estilo colonial, residencia de algún propietario rico. La playa se volvía otra vez amplia y arenosa, y Dolores detuvo el coche al borde de la cuneta. A media docena de kilómetros del pueblo, era el lugar ideal para tomar el sol desnudos. La gente no nos podía ver desde la carretera. La arena estaba como ondulada y formaba pequeñas dunas, tras las que se quedaba perfectamente al abrigo.

En traje de baño ya —y con alpargatas— corrimos hacia la playa, bajo el impacto despiadado del sol. De trecho en trecho, las tueras crecían en mitad de la gándara, ofreciendo al sediento la tentación de sus redondos —amarguísimos— frutos. El mar chocaba sordamente contra la arena y en el cielo no había una nube. Al fin, elegimos un sitio junto a la orilla, y Dolores extendió el albornoz.

Se perdía la noción del tiempo. En la fonda, había metido en el bolso un par de novelas francesas, que no intenté siquiera leer. Repetidas veces, zambullimos en el mar y nos secamos, zambullimos y nos secamos de nuevo. Dolores se untaba continuamente el cuerpo con crema, y me había contagiado la manía a mí. Nos reíamos sin saber bien por qué y comparábamos nuestros morenos. Nuestra existencia anterior, en el piso de Barcelona, nos parecía absurda. Había que anclarse definitivamente allí y pasar la vida entera desnudos, al borde del agua.

Cundo nos dimos cuenta era más de las dos. Nos pusimos de pie, vacilantes, y al inclinarme a recoger el bolso, descubrí la cabeza de un chiquillo entre las dunas, redonda y atenta, lo mismo que una máscara. La cabeza desapareció en seguida, como tragada y, lentamente, emprendimos el regreso hacia el coche.

La playa entera humeaba de calor. El sol había alcanzado el cenit y soplaba la brisa. Una mujer embozada, montada en un borrico, atravesó la carretera. Irreal y borrosa —como una alucinación de los sentidos— la silueta del niño fugitivo se empequeñecía en la distancia.

V

En la fonda nos esperaba otro pescado al horno, el inevitable cocido y un nuevo clarete tibio y zurraposo. Para consolarnos, repasamos la lista de nuestros platos y vinos preferidos: Castell del Remey, Butifarra de La Garriga, Salpicón de mariscos... Marqués de Riscal, Romescu, Valdepeñas... Zarzuela, Cune, Fabada Asturiana... La aparente bondad de

la madre fué sometida a examen. Dolores dijo que había que desconfiar de la gente que despreciaba el paladar hasta tal punto y yo me libré a una larga disertación sobre la cocina de los pueblos donde era frecuente el hambre.

Como el día anterior, subimos a echar una siesta. La hermana de los chicos debía ir a Vera, a visitar unos parientes, y Dolores se ofreció a llevarla en el coche, con Paco. Yo prefería pasear por el pueblo y me cité a las cinco con Manuel.

Cuando me desperté, Dolores se había marchado ya. El reloj marcaba las cinco y veinte, y bajé en busca del muchacho. Lo encontré sentado en el escalón de la entrada, leyendo una novela del F.B.I. y, al verme, se desperezó.

—¿Ha leído usted *Abrazo Trágico*? —me dijo.

Miré la cubierta, y repuse que no.

—Es un libro de esos de aventuras, con mucha acción... Aquí, suelen gustar.

Lo dejó detrás de la puerta y se sacudió el polvo.

—¿Dónde quiere que vayamos?

Le expliqué que sólo deseaba estirar las piernas y que me daba igual un sitio que otro.

—¿Le han enseñado ya el barrio de los gitanos?

—No.

—Entonces, podemos ir a verlo.

Atravesamos la calzada frente al aguaducho y subimos por una calle perpendicular a la carretera. Las casas de aquel sector estaban medio en ruinas y algunas apenas si conservaban las paredes. A medida que aumentaba la altura, se podía ver el mar —blanco y azul— y los tejados, de un color terroso y ocre .Un barco navegaba junto a la línea del horizonte y, más cerca, se adivinaba la silueta triangular de un velero.

—Los gitanos viven arriba, en la chimenea —explicó Manuel.

Se había detenido a mitad de la varga y apuntaba con el dedo hacia la cima.

—¿Hay muchos?

—Muchos —repuso—. Lo menos trescientos.

Dejamos atrás las últimas casas en ruinas y trepamos por unos bancales sucios y malolientes. Dos niños perseguían a un perro con una caña y, al vernos, corrieron a ocultarse tras unas chumberas. Cruzamos una gitana, con un chiquillo rubio de la mano, y un viejo cargado con un saco de papeles. Los dos dieron las buenas tardes a Manuel.

—¿Los conoces? —le pregunté.

Manuel esbozó un ademán con los hombros.

—Aquí hay costumbre de saludarse.

Sin darme cuenta, habíamos coronado el teso de la colina y contemplé la hilera de puertecillas que horadaban el canal de la antigua fundición. A pesar de su exiguo diámetro, los gitanos vivían dentro de él, cada familia en una sección de tubo. El sol no se había quitado aún y las mujeres preparaban la cena al aire libre.

Vi varios niños corriendo, entre los escombros, y otro con el vientre hinchado, desnudo. Manuel caminaba delante de mí y saludaba a cada paso a cada uno por su nombre.

—Adiós, Tomás... Adiós, Gabriel... Adiós, José...

En una de las puertas se detuvo a hablar con un coloso de casi dos metros, de pelo híspido y pinta de moro, que le preguntó por la familia y le estrechó calurosamente la mano.

—¿Y éste? ¿Quién es?

—Un amigo.

El gitano me ofreció de fumar. Tenía una niña abrazada a las piernas y, al despedirnos, la cogió entre sus brazos.

—Es Jaspe, el hombre más fuerte del pueblo —me dijo luego Manuel—. Cuando mi padre se ahogó, lo llevaba con él en la barca.

El canal torcía hacia la carretera, siguiendo la cresta de la colina, y pasamos tras una hermosa mansión de dos pisos, rodeada de árboles. Don Ambrosio —el amo de la huerta— vivía allí, con su hija: una chica guapa, como no había dos en la provincia, con las trenzas del pelo muy rubias y la piel fina y muy blanca. Todos los hombres del pueblo se ponían rijosos al verla y, a causa de ello, Don Ambrosio no la dejaba salir a la calle.

—Y para mí, que el viejo lleva razón —concluyó Manuel.

—¿Por qué? —quise saber.

El chico amorró la cabeza al hablar.

—Con la mala leche que corre, podría ocurrirle algo.

—En todos lados puede ocurrir algo a una muchacha —repuse.

—Pues aquí, aún más. —Señaló un corro de hombres que conversaban junto a la carretera.— Aquí no vienen francesas como a otros pueblos. Sólo alguna marmota, y de vez en cuando. La gente se casa tarde y los hombres callejean de un lado a otro, lo mismo que perros...

—¿Y las mujeres? —dije.

—No salen de sus casas. No hay baile y no podemos siquiera tocarlas.

Habíamos llegado a la carretera y seguimos adelante, por un camino de carro.

—¿Y prostitutas? —pregunté—. ¿No hay ninguna?

Manuel hizo un gesto evasivo.

—Había...

—¿Había?

—Sí. Una casa pequeña... allí abajo.
Escupió en el suelo y señaló hacia la iglesia, con un dedo.
—Un día, los curas dijeron que era pecado, y la cerraron.

VI

Habíamos llegado al puerto y nos sentamos en el chiringuito. El dueño del circo estaba allí, acodado en la barra del bar, y me examinó durante unos segundos, como preguntándose quién era. Debió reconocerme, finalmente, pues inclinó la cabeza y me hizo un gran saludo con la mano.

En la mesa vecina había un hombrecillo con la nariz corva y la rubia del otro día. Siguiendo la mirada del dueño, se volvieron y me saludaron también.

—¿Los conoce? —susurró a mi oído Manuel.

Bajando la voz, le resumí la escena de la víspera.

—La rubia, dicen que es su mujer —me explicó.

—¿Y la otra?

—No lo sé.

—Es una morena, delgada...

—Entonces, puede que sea la puta...

Me contó que uno del pueblo la había conocido de pupila, en una casa de Alicante.

—La otra noche le ofreció cinco duros, y ella se puso furiosa... Dijo que se equivocaba...

El niño trajo una botella de vino. Se había levantado la brisa y las banderas de papel del chiringuito se estremecían.

—Hace la mar de tiempo que están así —dijo Manuel—. Deben dinero a todo el mundo. Hasta al alcalde...

—¿Y la gente? —pregunté—. ¿Por qué no va a verles?

—El dueño se las daba de listo y el espectáculo que trajo era una porquería... Creía que, como el pueblo es pequeño, nos iba a engañar. Pero la gente se dió cuenta en seguida y no picó nadie...

El tiempo transcurría insensiblemente. Manuel hablaba de vez en cuando, como por ráfagas de pasión contenida, y yo le hacía preguntas sobre el pueblo, su vida y sus proyectos de trabajo. Los baños de sol y el amor de antes de la siesta abrían como una maravillosa tregua de paz, durante la que apenas sentía el cuerpo. Retrepado en el asiento, contemplaba el mar, las barcas de pesca, la gente que deambulaba por la calle. Habíamos acabado la botella, y pedí otra. El vino me adormecía sin emborracharme y sentía la proximidad de la noche, lo mismo que un vértigo.

Cuando llegó Dolores, hacía oscuro. Dijo a Manuel que la madre lo reclamaba para cortar la leña y se dejó caer en una silla, con aire de fa-

tiga. Nos explicó que había dado a Paco la llave del coche y que el niño lo estaba repasando de cabo a rabo, con una bayeta y un cubo.

Al quedarnos solos —Manuel se había ido a la fonda—, hablamos de las ventajas e inconvenientes del campo con respecto a la ciudad. La ciudad era insoportable por la mañana pero, de noche, resultaba más divertida. En el campo, en cambio, lo mejor era levantarse temprano, para aprovechar hasta el máximo la jornada de sol, y acostarse en seguida, en cuanto anochecía. Convinimos en que, a la larga, debía de ser tan embrutecedor como la ciudad y que lo ideal era ir de un lugar a otro, sin fijarse en ningún sitio.

Al día siguiente tomamos el desayuno a las nueve, y en un coche nuevamente inmaculado volvimos a la playa de la víspera. El mar se confundía con el cielo en la línea del horizonte y la arena estaba ondeada, como la superficie de una fotografía húmeda. El cuerpo chorreante de sudor, permanecimos largas horas en la orilla, enteramente desnudos. Dolores había visto una medusa mientras nadaba y no nos atrevíamos a alejarnos demasiado. A un centenar de metros de nosotros, el cadáver de un animal ahogado se pudría al sol y una bandada de cuervos volaba a su alrededor, trazando círculos.

Nuevamente perdimos la noción del tiempo. La playa se extendía sin fin, blanca y desolada, y entre las algaidas y las dunas emergían, como salpicones de color, las palas redondas de las chumberas. Estábamos aislados del resto del mundo y escuchábamos el ruido sordo de las olas al estrellarse contra la orilla. Las colinas se difuminaban a lo lejos, calcinadas y humeantes, y una cadena de montañas aprisionaba el horizonte hacia el sur, reduciendo el paisaje a cielo, mar y arena.

Cuando nos despertamos, el chiquillo de la víspera estaba allí, acompañado de otro muchacho. Esta vez, no se movió de donde estaba y sostuvo nuestra mirada, sin pestañear. Resignada, Dolores volvió a ponerse el bañador. Los niños la observaron aún largo tiempo y, al fin, se alejaron hacia la carretera, brincando.

Por la tarde, salimos a pasear por el pueblo. La comida de la fonda era la misma y habíamos dormido una larga siesta. En el chiringuito vimos al dueño del circo, silencioso y nostálgico, la vista perdida en el horizonte. Manuel nos contó historias de la época de la guerra: de un barco alemán que bombardeó toda la costa y de los curas que colgaron en el puente. Cuando nos levantamos era más de las diez y todo el mundo se había ido a cenar. Acodado en una mesa, siempre solo, el dueño del circo seguía soñando frente a su botella.

Al otro día tuvimos que cambiar de playa. Una banda de mozalbetes se había instalado en la nuestra cuando llegamos, y Dolores continuó por la carretera hasta varios kilómetros más lejos. Pero el mar estaba allí

lleno de medusas y no nos pudimos bañar. Desalentados, regresamos antes de hora a la fonda, donde con una sonrisa imperturbable la madre nos sirvió su comida.

Conocíamos ya el programa de la jornada y comenzábamos a fatigarnos. Estábamos en el pueblo como entre los muros de una cárcel. La cola de las mujeres con las aguaderas, los madrileños avarientos, los pescadores interesados por las piernas de Dolores —el decorado se repetía todos los días.

Dormimos la siesta y fuimos al chiringuito. Y el dueño del circo estaba allí, oteando el mar, y los artistas discutían en la mesa vecina. Decidimos marcharnos. La idea nos vino al mismo tiempo a los dos y, apenas formulada, nos sentimos como liberados de un peso terrible. Veríamos otras regiones, otras gentes, otros paisajes. Manuel había definido el pueblo como una prisión de la que todo el mundo soñaba escapar y, acodados ante una vieja guía de carreteras, trazamos el itinerario de la huída. La mañana siguiente, al levantarnos, Paco nos dió la noticia.

—El sábado próximo habrá función.

—¿De qué?

—De circo. Ha venido otro camión, desde Granada. Y dicen que traerán un novillo.

—¿Un novillo? ¿Para qué?

—Para torearlo. Una cuadrilla de mujeres —se corrigió—. Bueno, matarlo, no lo matarán. Pero lo capearán, y le pondrán las banderillas...

—¿Cómo lo sabes?

—Hay un gran cartel en la plaza... Si quieren verlo les acompaño.

—Habría que ir... —comencé.

—Cuando nos marchemos —me cortó Dolores, temiendo una modificación de nuestros proyectos a última hora—; nos coge de camino...

—Entonces, subiré en el coche, con ustedes. Está cerca del circo, al final de la plaza.

Teníamos cerradas las maletas y nos despedimos de todos. La noche anterior, al comunicar nuestra súbita partida, nos sentíamos vagamente culpables y habíamos prometido pasar por allí otra vez durante el trayecto de retorno. Dentro del coche ya, renovamos nuestra promesa y anunciamos el envío de un telegrama.

—Adiós —dijo Dolores—. Hasta la vista.

La familia se había reunido ante el umbral de la puerta y la madre habló, en nombre de todos.

—Vayan ustedes con Dios... Hasta pronto.

A la segunda bocacalle torcimos a la derecha. El paseo estaba desierto a causa del sol y nos detuvimos frente al chiringuito, al comienzo de la explanada.

—Miren —dijo Paco, cuando nos apeamos.

Habían fijado el cartel en la pared de la escuela y nos paramos los tres delante.

AVISO AL PÚBLICO

Sábado próximo
a las nueve y treinta.

GRAN CIRCO INTERNACIONAL SILBANO

Medalla de Oro de S. A. I.
el Sultán de Marruecos

Programa SENSACIONAL — Serie NUEVA

CONCHITA, la supervedete de la canción
Los incomparables trapecistas MIRCO y LEDA
El genial SILBANO y sus perros amaestrados

EL CARRUSEL de la FANTASÍA

y

Presentación triunfal de la aplaudida
cuadrilla, única en el mundo

de

SEÑORITAS TORERAS

Se capeará, banderillará, un
PRECIOSO torete de dos yerbas de
la renombrada ganadería de la
Señora Marquesa de Fuente el Sol,
vecina de Morella.

La SIMPÁTICA Encarnación, Tomás, AURORITA

La ARROJADA, Julia Simó, ESTRELLA

PRECIOS

Palco	15 ptas.
1ra. fila y Preferencia	10 „
General y niños	5 „

NOTA: *Finalizado el espectáculo se sorteará un GRAN LOTE de REGALOS entre el distinguido público.*

—¿Qué te parece? —dije a Dolores.

—Formidable —repuso—. Casi me dan ganas de quedarme.

—A mí también...

En silencio, contemplamos el equipaje apilado en el portamaletas del coche.

—¿Cuántos días faltan, hasta el sábado?

—Tres —dijo.

—¿Tres?

—Sí. Estamos a miércoles.

Hubo una pausa y Dolores murmuró:

—Es demasiado.

—Sí admití yo—. Es una verdadera lástima.

El circo parecía tentarnos, en medio de la explanada desierta, y bajé los ojos.

—¿Vamos?

—Vamos.

Nos despedimos de Paco, y Dolores puso el motor en marcha.

VII

Viajamos. Durante quince días recorrimos los pueblos de Almería y Granada —Albox, Purchena, Baza, Guadix— para bajar luego hacia la costa —Motril, Adra, Castell de Ferro, Almuñécar. Y el decorado era siempre el mismo: montañas, colinas, navas, humeando bajo un sol de plomo; guardias civiles apostados en las encrucijadas y caminos; peones sin trabajo, niños y borricos con aguaderas.

La carretera estaba plagada de baches y avanzábamos penosamente, envueltos en una nube de polvo. De vez en cuando, si nos sentíamos fatigados o el paisaje era agradable, nos deteníamos a descansar. Cerca de Albox vagamos por las calles de un caserío suspendido sobre una hoya. Las casas tenían las puertas y ventanas atrancadas y en torno a la espadaña de la iglesia rondaba una banda de cuervos.

Entre Bazay Guadix, comimos ternera con garbanzos, en un ventorro a la orilla de la carretera: dos almiares de paja amarilla relucían al sol; las parvas estaban apiladas en el linde de la haza y una cuadrilla de peones batían el trigo con sus bieldos.

Al llegar a Motril, bordeamos la costa, en busca de playas desiertas. Finalmente nos instalamos en una, cerca de Torrenueva, y tomábamos el sol desnudos, ocultos entre las rocas. Los baños repetidos habían curtido y bronceado nuestra piel, y parecíamos casi dos negros. Pero los niños nos avistaron el tercer día y tuvimos que ir a otro lado.

Varias veces, al llegar por la noche a un pueblo, juramos acabar nuestra vida en él y, al día siguiente, lo abandonamos, expulsados por el hastío, el calor o la mala comida. Poco a poco empezábamos a conocernos y nuestra volubilidad nos hacía reír. Los lugares en que deseábamos vivir —como

los niños que hubiéramos querido prohijar— eran perfectamente sustituíbles y, pasado el primer movimiento de entusiasmo, nos fatigaban en seguida.

Desde hacía casi un mes, estábamos sin noticias de los amigos y, un buen día, decidimos ir a recoger la correspondencia a la lista de correos de Granada. Dolores tenía once cartas y yo seis: una participación de boda, la muerte de una tía —"Reconfortada con los Auxilios Espirituales", rezaba la esquela— y, el resto, protestas y quejas indignadas de todos: En Tossa se estaba mejor que nunca, Pepín había abierto un bar para las alemanas, Bebé tenía amores con un pescador, y el cura había puesto un altavoz en el Paseo y anatematizaba a los fieles que no iban a la iglesia.

Sentados en un restorán de La Alcaicería, las leímos y releímos de cabo a rabo, y la nostalgia de todo lo que habíamos dejado —los bares, las costumbres, los amigos— acabó por empaparnos. Nadie se explicaba el porqué de nuestra huída. Se nos tachaba de orgullosos, egoístas y excéntricos. Gloria pretendía, con seriedad, que acabaríamos en La Cartuja y, lleno de santa indignación, Alejo amenazaba con venir a buscarnos.

—Comienzo a estar harta de todo esto —dijo Dolores, abarcando la calle con un ademán—. La gente buena me aburre.

—Sí —admití yo—. A la larga, resulta fastidiosa.

Acordamos volver, por pequeñas etapas. Si nos dábamos prisa, pareceríamos ceder al ultimátum de los amigos y nos mortificaba la idea de reconocer nuestro fracaso. Al fin y al cabo, el viaje no había sido enteramente negativo. Dolores había sacado fotografías estupendas y regresábamos a Barcelona en excelente forma física, fuertes y bronceados.

Nuestro primer alto fué en Guadix. A la entrada del pueblo sufrimos una nube de ganchos y, por hacer caso a uno, pasamos la noche en un cuchitril, sucio y sin ventanas. Nos levantamos de amanecida, magullados y, cambiando de itinerario, tomamos la carretera de Almería. En Abla presenciamos el entierro de un niño, y en Gador, Dolores se compró unas gafas ahumadas. El sol espejeaba sobre el vidrio delantero y, en una curva, había estado a punto de despistarnos. Luego torcimos por la nacional 340 y —a través de un paisaje rocoso y desértico— dejamos atrás Tabernas, Sorbas y Los Gallardos.

Al llegar a Vera, vimos el circo, plantado en el centro de la plaza. Un gran cartel anunciaba, para el domingo, la presentación de la Cuadrilla de Señoritas Toreras y, al pararnos a tomar un café, topamos con el dueño. Con gran sorpresa mía, nos reconoció inmediatamente y se levantó a saludarnos.

—Mis queridos amigos... Justamente me preguntaba qué había sido de ustedes... Los creía por ahí, de viaje...

Le expliqué que nos habíamos ausentado durante un par de semanas y que, por esta razón, no habíamos podido asistir al estreno.

—¿Y a usted? ¿Qué tal le fué?

El hombre sacó un cigarro habano de su bolsillo y mordió la punta, antes de encenderlo.

—Un éxito, mi querido amigo, un verdadero éxito. —Cogiéndome por el codo, nos arrastró hasta su mesa.— La suerte nos reserva a menudo esta clase de jugadas... Uno se cree desahuciado, por así decirlo y, de repente, he aquí que vuelve, cuando menos se la espera...

El mozo se acercó a ver qué queríamos. Dolores pidió café para los dos y el dueño una ginebra doble.

—Dimos la representación con la sala llena —continuó—. La gente hacía cola desde las seis y hubo muchos que se quedaron sin entrar. —Sonrió con suficiencia.— Fué un plebiscito, amigo mío, un auténtico plebiscito en favor nuestro... Los del cine proyectaban una película a la misma hora y no asistió un alma... Y es que el arte, cuando es de verdad arte, se acaba por imponer. —Cerró los ojos, como embelesado.— Debería haber visto usted al público, entusiasmado, aplaudiendo. Nos hicieron repetir todos los números y, ni aún así, hubo manera de calmarlos. Figúrese usted que pretendían obligarme a permanecer allí hasta el final de la temporada. Pero yo les dije: Soy un artista y me debo al pueblo. Mi misión es continuar mi gira por el mundo ofreciendo mi arte...

El mozo trajo la ginebra y los cafés. El dueño vació su copa de un trago e hice señal de que le sirvieran otra.

—¿Y ahora? —pregunté después de felicitarle—. ¿Cuáles son sus proyectos?

—El domingo damos una representación en esta plaza... Una sola... He firmado contratos con Marruecos y Portugal, y ya les he advertido que, sintiéndolo mucho, el lunes tendré que marcharme...

—Nosotros nos vamos también —dijo yo—. Hacia Barcelona...

—¡Ah, Barcelona! —exclamó él—. El Gran Circo Olimpia...

—Ya no existe. Lo derribaron.

—Lo sé, lo sé —murmuró—. Al enterarme, casi lloré del disgusto... Estaba lleno de recuerdos para mí. Actuaciones... Giras triunfales...

—Ahora hablan de edificar uno nuevo.

—Sí. —El mozo vino con la segunda ginebra y la volvió a beber.— Precisamente me acaban de trasmitir una oferta muy ventajosa del empresario. Un catalán... Una gran fortuna...

—Nosotros recibimos una carta y tenemos que regresar —explicó Dolores.

—¿Viven ustedes en Barcelona mismo?

—Sí.

—Entonces, es muy posible que me vean —suspiró—. Mis amigos me reclaman continuamente. Cartas, conferencias, telegramas...

Saqué el billetero para pagar, y le tendí mi tarjeta.

—Esta es nuestra dirección.

—Gracias —dijo él—. Les iré a saludar encantado.

Sus ojos se posaron en la copa vacía, inexpresivos.

—Había jurado no poner los pies allí, después de lo del Olimpia, pero acabaré por ceder, un día u otro...

A través de la plaza desierta, nos escoltó hasta el coche.

—El público, a fin de cuentas, no tiene la culpa y yo no soy rencoroso. Si mis amigos catalanes les preguntan, díganles que les he perdonado...

Se lo prometimos así, antes de despedirnos, y desde la carretera, arrebolado por la luz de poniente, le vimos hacer melancólicamente adiós con la mano.

VIII

Conforme habíamos convenido al partir, nos instalamos de nuevo en la fonda. Los hermanos tomaban la fresca en el zaguán y, cuando llegamos, nos saludaron alborozados. Confusa —y algo emocionada también— Dolores distribuyó sus sorpresas: un pañuelo y un lápiz de labios para la chica, un corte de vestido para la madre, una cartera de cuero para Manuel, un álbum de cromos de automóviles para Paco...

—Mi niño preguntaba todos los días por ustedes —dijo la madre—. Creía que no iban a volver.

—Ayer —explicó Manuel— se pasó la tarde en la carretera, esperándoles...

La hermana había abierto una botella de vino y vaciamos los vasos. La madre parecía también muy contenta y nos contó que en septiembre hacía menos calor. Paco había sacado los cromos del sobre y los examinaba, sentado en el suelo.

—Si quieren dar una vuelta. me lo dicen.

—Nos vamos a cambiar un segundo, antes —le contesté—; luego, cuando bajemos.

Mientras nos lavábamos con el agua de la jofaina, pasamos revista a todas nuestras infidelidades y, tras un detenido examen de conciencia, reconocimos ser, sin lugar a dudas, insensibles y cínicos. Nuestro interés por la gente era momentáneo y superficial y ocultaba, debajo, una crueldad e indiferencia profundas. Las tragedias de los otros nos servían de entretenimiento y diversión, y la generosidad que aparentábamos constituía, a la postre, una manifestación más de nuestro egoísmo.

—Hay los explotadores económicos, y los otros —concluyó Dolores—. Y quizá somos peores que ellos.

Lo dijo con una voz tan dramática que nos echamos a reír y, reconciliados con nosotros mismos, nos tratamos mutuamente de cínicos, negreros y embaucadores.

Cuando bajamos, Paco nos esperaba sentado en el guardabarros del coche y, por la calleja mal empedrada, nos dirigimos, los tres, hacia el Paseo.

El sol se había quitado tras las montañas y el cielo tenía un color rosado, casi de cromo. Acodados en la baranda, contemplamos la orilla desierta, la playa guijosa y parda. La brisa agitaba la superficie del mar e inventaba dibujos fugaces, como flores de espuma. Una nodriza venía por la acera, rodeada de niños, y un camarero aguardaba en vano la clientela, a la puerta de la heladería.

—¿Y los madrileños? —pregunté.

—Se han marchado casi todos —repuso Paco—. Vienen aquí por muy poco tiempo y se largan en seguida.

Estábamos fatigados a causa del viaje y nos detuvimos en el chiringuito. Unos pescadores comían la cena de sus tarteras y miraron con el rabillo del ojo a Dolores.

—¿Se estarán mucho tiempo, ahora? —preguntó al cabo de un rato el niño.

Le dije que no, que debíamos marcharnos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

El chiquillo se acercó a servirnos y Dolores pidió una botella de vino y una gaseosa para Paco.

—¿Y el año que viene? ¿Volverán?

—Sí.

—¿Con el coche?

—Esperamos que sí.

—¿Me dejarán limpiarlo?

Respondí afirmativamente y el niño calló, tranquilizado. Plácidamente bebimos la botella de vino. Anochecía, y el viento hacía vibrar las banderitas del bar. El cine había cerrado unos días antes y los faroles iluminaban apenas la explanada.

—El circo está en Vera, ahora —dije.

—Ya lo sé.

—Vimos al dueño, por casualidad. Nos explicó que tuvo mucho éxito.

El niño sonrió, de un modo ambiguo:

—Eso dicen...

—¿Y tú? ¿No fuiste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me dejaron.

Una breve ráfaga de viento levantó una tolvanera en la plaza. Los pescadores pidieron otra botella de vino y Dolores se restregó los ojos, con aire de cansancio.

—Si quieres quedarte por ahí, quédate... Yo prefiero irme en seguida a la cama.

—¿No vas a cenar?

—No. No tengo apetito, y me caigo de sueño.

—Entonces, te acompaño a la fonda.

—Mañana debemos hacer casi quinientos kilómetros.

—¿A qué hora salimos?

—Temprano. Me gustaría poder comer en Alicante.

Nos levantamos. La noche había barrido los últimos niños y nodrizas del Paseo y, en la explanada oscura, no se veía un alma. Pasamos frente al Hogar Sindical —vacío a aquella hora— y la heladería. Paco caminaba delante de nosotros, en silencio y, al llegar a su casa, se eclipsó, con los cromos y el álbum.

Me había acostumbrado ya a la maldad de la cocina andaluza y comí el pescado al horno de la madre sin excesiva repugnancia. Dolores había subido a la habitación y me entretuve hojeando el *A. B. C.* en la cocina. Aquella era la última noche que pasaba en el pueblo y quería dar una vuelta con Manuel, antes de acostarme.

—Si le parece, sale usted ahora y, luego que yo cene, nos encontramos.

—¿Dónde? —dije.

—El chiringuito cierra a las diez... Mejor se va usted al Hogar y yo iré allí, cuando acabe.

El paseo estaba desierto, y la heladería cerrada. Los faroles del muelle se reflejaban trémulamente en el mar y la luz verde de la baliza señalaba la entrada del puerto a las barcas que pescaban.

Me senté al lado de la ventana y pedí un coñac doble. Tres viejos jugaban al subastado en una de las mesas y no levantaron siquiera la cabeza para mirarme. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como dormido y, en sordina, se percibía el zumbido del viento y el monótono golpeteo del agua al chocar contra las barcas.

Cuando llegó Manuel, había bebido el coñac, y me sentía algo achispado. Pedí otra doble ración para los dos y, antes de hablar, aguardé a que la mujer nos la trajese.

—En Vera, estuve con el dueño del Circo —comencé.

La sonrisa de Paco me rondaba la memoria, y había decidido no irme de allí sin poner el asunto en claro.

—Lo encontré en un café, muy pimpante, y me contó que su espectáculo tuvo la mar de éxito...

Hablaba expresamente con un dejo de burla, y levanté la mirada, acechando su reacción.

—Como éxito, lo tuvo —admitió Manuel.

—¿Estuviste? —dije.

—Sí. —Bajó la voz:— ¿Se lo han explicado?

—No —repuse—. ¿Qué ocurrió?

El chico volvió la cabeza atrás, para asegurarse de que no le escuchaba nadie.

—Fué la gresca mayor que he visto en mi vida. —Tenía el coñac al alcance de la mano y bebió un sorbo.— No sé si sabe usted que en el programa de la función anunciaban una cuadrilla de Señoritas Toreras. For la mañana, la gente se asomó a la plaza a ver cómo era el toro, y si no llega a ser porque había mucho curioso, nadie hubiera dado con él.

—¿Por qué? —pregunté.

—De chico que era... Parecía una cabra, sin cuernos ni nada... No había visto nunca un toro tan pequeño. Los chavales abrieron no sé cómo la puerta de la jaula y, en vez de escaparse y embestir, se quedó allí dentro, muy quietecito, comiendo una hoja de ensalada.

—¿Y la función?...

—No hubo función. Todo el mundo decía que iba a ser una mierda, y cuando llegaron las Toreras los niños las apedrearon... El dueño andaba desesperado y se tiraba de los pelos... "Es la ruina... Me voy a suicidar"... Y, entonces, tocaron a rebato y hubo reunión en el Ayuntamiento...

—¿En el Ayuntamiento?

—Sí. El amo debía cuartos a muchos y se juntaron el Alcalde, el Brigada de la guardia civil, el Jefe de Falange, y hasta el Párroco... Mi primo es el que cuida del edificio y me lo contó... Querían que el circo se largara de una vez y pagara el alquiler de la plaza y, como no había manera honrada de encontrar perras, decidieron levantar la veda por una noche, y abrir un prostíbulo en la playa...

—No te entiendo...

—Dijeron que la gente podía acostarse con las artistas y que, con el dinero, el dueño pagaría los atrasos... El Brigada prometió suprimir la ronda de la noche y el Alcalde dijo que él no se daba por enterado de lo que pasara. El único que protestó fué el cura, pero debieron darle algo para que callase y, entonces, explicó a los demás que él se lavaba las manos.

—¿Qué día fué esto? —pregunté.

—El mismo sábado. La gente lo supo en seguida. El chófer había llevado los carromatos a la playa, allí donde estuve el primer día con us-

tedes y, hacia las ocho o las nueve, empezaron a salir hombres de todos lados. El dueño soltó un discurso para decir que cada mujer valía tres duros y que había que ir con orden y sin atropellarse y, en un minuto, se formaron varias colas. Algunas mujeres gustaban más y otras menos, las colas no eran igual de largas, y hubo que poner diferentes precios...

Se detuvo un instante y bebió un trago. Al hablar, su rostro se mantenía perfectamente serio, pero el brillo irónico de sus ojos le traicionaba.

—En la vida había visto tanto relajo... Los tipos daban gritos y se empujaban y el amo corría de un sitio a otro con un garrote, vigilando que no se colara nadie... Había seis mujeres, sin contar la suya, y nosotros éramos más de trescientos... Todos los gitanos de la chimenea estaban allí y, como no tenían cuartos para pagar, se ponían al lado de las mujeres y miraban. No se puede usted imaginar el cuadro: el dueño que pegaba chillidos e insultaba a la gente; las mujeres, que lloraban; los gitanos, que reían... Jaspe, aquel hombre tan fuerte que habló con usted, se acostó con todas las artistas y no pagó ni un ochavo...

"El jaleo había comenzado a las nueve, y a las tres de la mañana seguía igual. Las mujeres soltaban ayes: «no puedo más, yo no lo resisto...», y el dueño, con la estaca en una mano y la cartera en la otra, contaba las perras, sin escucharlas. «Aguantáos —decía—. Aún faltan más de trescientas»...

"No sé a qué hora acabó todo. Cuando me fuí, eran casi las cinco y Jaspe continuaba con la mujer del amo, las otras protestaban y gemían, y los hombres no querían largarse...

"Al día siguiente, al despertarme, el circo ya no estaba allí. El Alcalde, el Brigada y el de Falange debían haber cobrado la prima, y habían embarcado a las artistas en camiones, sin que nadie se enterase...

"El pueblo tenía el mismo aspecto de siempre, aunque en las calles se veían muchos borrachos. La guardia civil encerró a algunos por «escándalo público» y, en la iglesia, el cura celebró una misa solemne para el perdón de los pecados...

IX

Se detuvo. Mientras hablaba, los pescadores habían interrumpido su partida de subastado y bebían en silencio, iluminados a contra luz por la bombilla. La mujer fregaba los vasos al otro lado de la barra, y un borracho asomó la cabeza por la puerta, echó una ojeada al interior, y volvió a desaparecer en la oscuridad, tambaleándose.

Habíamos acabado el coñac y pagué a la mujer. Fuera, el viento arremetía contra las ramas de los árboles y los faroles del paseo proyectaban una luz fría y mortecina. Manuel se esquivó hacia la carretera —Paco

ya me había dicho que, de noche, rondaba la casa de una muchacha— y, antes de irme a dormir, me fuí a dar una vuelta por la explanada donde estuvo instalado el circo.

A aquella hora, estaba completamente desierta y el viento sacudía los jirones del cartel anunciador. Las manos en los bolsillos —llevaba sólo una camisa de hilo delgado— me encaminé hacia la fonda. Era la última vez que paseaba por el puerto y me sentía presa de una absurda melancolía.

Dolores me aguardaba en una vieja cama de matrimonio y, al encender la perilla de la luz, se desperezó. Dormía desnuda encima de las sábanas y se corrió para hacerme sitio.

—¿Dónde has estado? —me dijo, medio en sueños.

—Charlando en el Hogar, con Manuel.

—¿Charlando? —murmuró, y se tapó la cabeza con las sábanas—. ¿Charlando sobre qué?

—Sobre nada —le repuse—; sobre el circo.

París, marzo de 1958.

JUAN GOYTISOLO

CRONICAS

PAPELES

IMPERIALISMOS

Los hispanoamericanos protestamos, y con razón, contra el imperialismo de los angloamericanos. No todas las protestas, sin embargo, son honradas. Advirtamos, ante todo, que no se trata de un imperialismo militar, sino económico. Los Estados Unidos no nos conquistan: nos compran. Lo cual cambia la faz moral del problema.

Protestar por la robustez del capitalismo yanqui y no hacer nada para abolir el capitalismo, por raquítico que sea, en nuestro país, podría ser mera envidia.

Protestar porque el progreso industrial impone condiciones, y no hacer nada para salir de nuestro atraso, podria ser mera ineptitud.

Protestar, de lejos y por la espalda, contra el poder corruptor de una potencia extranjera y no hacer nada para denunciar de cerca y cara a cara la índole corruptible de nuestros gobiernos domésticos, podría ser mera cobardía.

Protestar porque en el mercado de almas los pobres se venden a los ricos, y no hacer nada para probar que las almas no son necesariamente venales, podría ser mero cinismo.

No basta, pues, con ser antiimperialista. La verdad es que, en hispanoamérica, hay más antiimperialistas que hombres honrados. Antiimperialismo honrado es el de los que, sin envidia, sin ineptitud, sin cobardía, sin cinismo, se comprometen a luchar contra toda forma de agresión internacional, venga de donde viniere.

Quedamos, pues, en que los hispanoamericanos somos en gran parte culpables de eso que se llama "la diplomacia del dólar". En cambio, hay una forma de imperialismo de la que los Estados Unidos tienen la exclusividad de la culpa: y es el que infligen a sus millones de negros.

Los Estados Unidos de América: he aquí el único imperio moderno y altamente civilizado que tiene una colonia dentro de casa. Es una África interior, oprimida, vejada. Ha sido anexada por la fuerza bruta: la fueron anexando desde 1619, en barcos abominables. Dicen que, desde la emancipación de los esclavos, en 1863, el *status* del negro viene mejorando. ¡Qué esperanza! Lo que mejora es la dialéctica con que los blancos, hipócritamente, tratan de justificar el crimen de la persecusión racial. Hay, pues, dos naciones en una misma geografía: el mapa físico contornea solamente la frontera del país Estados Unidos de América, pero el desprecio, la injusticia, el odio contornean, con una línea negra, la móvil frontera

de la colonia sojuzgada. Este imperialismo de los Estados Unidos, por dirigir la agresión contra la propia carne, es una de las maneras más estúpidas de autoexterminio que conozca la historia.

Blancos (sobre todo blancos de los Estados del Sur) afirman que los negros son menos inteligentes. Nadie lo ha probado. En todo caso, los negros, de ser inferiores, lo serían en comparación con otra clase de blancos, la de los que no creen en la inferioridad de los negros. Porque si hay un espectáculo de indigencia mental es, precisamente, el que ofrecen los sacerdotes anabaptistas de Arkansas, que acaban de leer en la Biblia que Dios no quiere que los negros entren en las mismas aulas escolares de los blancos. Si hay incapacidad de pensar es la de los gobernadores de los Estados del Sur —Faubus a la cabeza— que han declarado que la Constitución del país sólo puede funcionar contra los negros. Si hay degeneración es la de esa señora de Texas que, en el aula de una Universidad del Sur, me dijo: "Usted no comprende. El problema del negro no tiene más que tres soluciones: genocidio, para impedir la proliferación de los negros; terror, para no dejarlos acercar a nuestra vida democrática; o inseminación artificial, para blanquearles la raza sin contacto sexual entre negros y blancos."

DIÁLOGOS

El primer diálogo no fué humano. Está referido en el Génesis (I, 3).
Dijo Dios:
—Sea la luz.
Y el Caos le respondió.
(Que le respondió, no hay duda, puesto que hubo luz.)
Dios y el Caos se entendían. Y siguen entendiéndose, como lo saben muy bien quienes son capaces de oír las dos voces de esa gran conversación.

Habla un antisemita:
—Estos judíos son una amenaza. Fíjate. Nos obligan a que seamos antisemitas nada más que para que, al serlo, nos convirtamos en unos pobres imbéciles.

—Unamuno es un escritor de mucho velamen.
—¿Quieres decir que se lo lleva el viento?

Escena en el Infierno.
Sacher-Masoch se acerca al Marqués de Sade y, masoquistamente, le ruega:
—¡Pégame, pégame! ¡Por favor! ¡Pégame fuerte, que me gusta!
El Marqués de Sade levanta el brazo, va a pegarle, pero se contiene a tiempo y, con la boca y la mirada crueles, sadistamente le dice:
—No.

No confundir el Ateísmo con el Agnosticismo, que son respuestas a diferentes preguntas:

—¿Crees en Dios?

—No.

—¿De modo que Dios no existe?

—Ah, eso ya no lo sé.

—¿Te gusta Góngora?

—Satisface. Quiero decir: deja satisfecho. Quiero decir: después de leerlo uno no probaría ni un bocado más de él.

Juan reflexiona sarcásticamente sobre lo efímero de la civilización:

—Ya ves: los egipcios levantaron pirámides y embalsamaron sus cadáveres por creer en la eternidad. Esa creencia no hizo inmortal su civilización.

Responde Pedro:

—Puede ser: pero no parecen haberse equivocado. Si no eternos, por lo menos han durado hasta esta conversación que estamos teniendo sobre ellos.

El profesor de Introducción a las Letras, al iniciar su curso:

—Este año estudiaremos a Shakespeare y a Racine. Primero se instalarán ustedes dentro del alma de Shakespeare y escribirán un *Hamlet* tan shakespiriano que sea casi verbalmente idéntico al original; después se instalarán dentro del alma de Racine y escribirán una *Fedra* tan raciniana que sea casi verbalmente idéntica a la original.

—¡Pero señor! —exclama un estudiante—. ¡Es muy difícil! ¿Llegar a escribir *Hamlet* y *Fedra* de forma que resulten iguales a las fuentes, sin haberlas copiado? ¡Muy difícil!

—¡Sí, sí, muy difícil! —protesta la clase, a coro.

—¡Muy bien, muy bien! Les daré entonces un trabajo más fácil. Con el alma de Racine escribirán el *Hamlet* que él hubiera escrito; y con la de Shakespeare, la *Fedra* que él hubiera escrito.

—Ah, así sí.

LITERATURA FEMENINA

Lo normal ha sido siempre que los hombres crearan un medio simbólico —creencias, costumbres, leyes, instituciones— y las mujeres se adaptaran a eso. Aun en las sociedades más igualitarias de hoy, muchas de las modalidades femeninas suelen ser, no manifestaciones espontáneas, sino esfuerzos de las mujeres para representar el papel que los hombres les hemos asignado. "Miro así, hablo así, me visto así, me comporto así porque sé que eso es lo que esperas de mí", podría decirle al hombre cualquier mujer.

Una de las formas de ese medio simbólico masculino es la literatura. Y, claro, por llegar tarde y estar siempre en minoría, las mujeres que hicieron literatura tuvieron que acatar los estilos y géneros que los hombres habían impuesto. Hasta se escondieron con seudónimos de varón. Esas criaturas, tan diferentes de nosotros, se expresaban con nuestra lengua, de aquí el aire tímido, pudoroso, contradictorio, equívoco, reticente, retórico y hermafrodita de gran parte de la literatura femenina. Las mujeres, más que proponerse un programa propio, se han contentado con matizar el programa ajeno. Hay espléndidas excepciones, es verdad; pero son tan raras que más bien anuncian un posible orden futuro. Con sus poemas, cuentos, novelas y dramas van recortando, dentro de la viril república de las Letras, la Utopía de una expresión auténticamente femenina. Se ve que esa literatura de gineceo aspira a ser literatura de una ginecocracia. Seguir el esbozo de tal Utopía es uno de los placeres que los hombres sentimos al leer libros de mujeres.

Acabo de leer, por ejemplo, *Los pazos de Ulloa,* de la condesa Emilia Pardo Bazán. Novela muy siglo XIX, de voz, paso y gesto hombrunos. Ah, pero Doña Emilia era, después de todo, mujer, y, a pesar de que su descripción de los sexos coincide con las convenciones novelísticas de su tiempo —su descripción naturalista de la nodriza como vaca lechera es tan denigrante como la que Galdós acababa de hacer en *El amigo Manso*—, su íntima condición de mujer le inspira frases que un hombre no escribiría. Frases con faldas, no frases con pantalones. Sus observaciones sobre las peculiaridades anatómicas y fisiológicas de los personajes, su ojo alerta al brutal manoseo que el hombre hace de la mujer, la comprensión por adentro de las señoritas de la Lage, la ironía con que comenta la idea calderoniana del honor, "indulgentísima para el esposo e implacable para la esposa", las metáforas extraídas de experiencias y cosas mujeriles, la caracterización del macho, de la hembra y del pusilánime capellán, que se viste por la cabeza y no por los pies, la ternura por los niños Perucho y Manuela son algunos de los muchos rasgos, no de un novelista cualquiera del siglo XIX, sino de Doña Emilia. Hay un pasaje del capítulo VII en que Doña Emilia se desquita del poderío del varón. Don Pedro, marqués de Ulloa, animal bravío y montaraz, pega, insulta, escarnece a las mujeres, pero quiere tener un hijo que sea heredero de su casa y se llame Pedro Moscoso, como él. "Al decir esto golpeábase el marqués su fornido tronco, su pecho varonil, cual si de él quisiese hacer brotar, fuerte y adulto ya, al codiciado heredero."

Doña Emilia habrá descrito la impotencia de esos golpes en el pecho varonil con la satisfacción, casi vindicativa, de sentir, allá más abajo, en su cuerpo de mujer, el privilegio de sus entrañas maternales.

Ann Arbor, Michigan.
Noviembre de 1958.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

¿QUIEN MANDA EN EL MUNDO?

En una nota comentando la última opinión de Ortega y Gasset sobre *La rebelión de las masas,* se transcribía un texto autográfico de los últimos años, en que expresaba que dicho libro "no habla sólo de las masas y de su rebelión, sino que lleva dentro una segunda parte no suficientemente recognoscible en las ediciones alemanas por no haberse destacado su título particular y que es éste: ¿Quién manda en el mundo? En esta segunda parte anunciaba yo que veía muy cerca la hora en que los pueblos de Occidente corrían el riesgo de sucumbir, si no lograban superar la forma de vida colectiva en que desde ha siglos vivían, a saber: la Nación, lo mismo que Grecia y Roma, sucumbieron por no saber trascender en tiempo oportuno la idea del Estado-Ciudad, de la *Polis* y de la *Urbs*".

Sin duda alguna, Ortega tiene razón. Fueron muchos los que pusieron su atención, de modo preferente, por no decir exclusivo, en el fenómeno de la rebelión de las masas, pero no así en el hecho, inquietante y precursor de evidentes males, de la ausencia de un mando en el ámbito mundial. Recordemos a ese respecto la patética preocupación, exteriorizada por Ortega en el capítulo XIV del mencionado libro, cuando escribía que "en estas jornadas de la postguerra (se refería, naturalmente, a la primera, a la que siguió a la paz de Versalles) comienza a decirse que Europa no manda ya en el mundo. ¿Se advierte toda la gravedad de ese diagnóstico? Con él se anuncia un desplazamiento del poder. ¿Hacia dónde se dirige? ¿Quién va a suceder a Europa en el mando del mundo? Pero *¿se está seguro de que a va sucederle alguien? Y si no fuese nadie, ¿qué pasaría?*" En los dos interrogantes subrayados se condensa todo el dramatismo de la cuestión, o, por mejor decir, del hecho terrible de que el mundo se quede sin alguien que mande. La circunstancia de que Europa haya perdido, o ya no tenga, que es lo mismo, la dirección de los asuntos internacionales, posee una relativa importancia. A lo sumo podría ser un contratiempo o constituir una contrariedad para los europeos. Mas ello no vendría a ser sino uno de tantos casos de cambios o desplazamientos de la titularidad del poder o hegemonía, a que tan acostumbrados nos tiene la historia. Claro que nunca como ahora, por muchas razones que no es del caso y serían muy largas de explicar, la vida política del mundo ha tenido un sentido tan ecuménico. No se olvide que el ámbito de Roma casi se reducía a los países mediterráneos, y que, ciertamente, América, como entidad libre y soberana, no entró, casi en su totalidad, en el concierto internacional, hasta la tercera década del siglo XIX. Véase, pues, la diferencia con nuestro tiempo.

El hecho cierto es que Ortega y Gasset tenía motivos fundados, hace treinta años, para preocuparse, no porque Europa hubiese dejado de mandar en el mundo, sino por lo que era aún peor, por la posibilidad de que no hubiese nadie que la reemplazase en esas funciones rectoras. Pero lo tremendo es que ahora, transcurridas tres décadas del grito de alarma, estamos en una situación todavía más grave que la denunciada. No sólo no ha aparecido nadie dispuesto a ejercer esa hegemonía, que ha permitido en otras épocas, con todos sus defectos e inconvenientes, poner un relativo orden en la vida internacional, sino que asistimos, por el contrario, al alarmante espectáculo de dos grandes potencias, dos grandes colosos, que se disputan, con uñas y dientes, el predominio mundial.

No hacía falta ser demasiado perspicaz hace tres décadas para señalar como posibles herederos de ese mando a los Estados Unidos de Norteamérica o a la Unión Soviética. Sin embargo, esa consideración no me releva de la obligación de señalar, si he de hacer honor a la verdad, que Ortega se refirió a ello en el libro que comento. Dijo textualmente: "No me importaría que Europa dejase de mandar, si hubiera alguien capaz de sustituirla. Pero no hay sombra de tal. Nueva York y Moscú no son nada nuevo con respecto a Europa. Son uno y otro dos parcelas del mandamiento europeo que, al disociarse del resto, han perdido su sentido. En rigor da grima hablar de Nueva York y de Moscú. Porque uno no sabe con plenitud lo que son... Pero, aun sin saber plenamente lo que son, se alcanza lo bastante para comprender su carácter genérico. Ambos, en efecto, pertenecen de lleno a lo que algunas veces he llamado «fenómenos de *camouflage* histórico». El *camouflage* es, por esencia una realidad que no es lo que parece... En todo hecho de *camouflage* histórico hay dos realidades que se superponen: una profunda, efectiva, sustancial; otra aparente, accidental y de superficie. Así en Moscú hay una película de ideas europeas —el marxismo— pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo, no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino —lo que importa mucho más— de una edad diferente de la nuestra. Un pueblo aún en fermento, es decir juvenil... Cosa muy semejante acontece con Nueva York. También es un error atribuir su fuerza actual a los mandamientos a que obedece. En última instancia se reducen a éste: la técnica. ¡Qué casualidad! Otro invento europeo, no americano. La técnica es inventada por Europa durante los siglos XVIII y XIX. ¡Qué casualidad! Los siglos en que América nace. ¡Y en serio se nos dice que la esencia de América es su concepción practicista y técnica de la vida!... Por razones distintas que Rusia, los Estados Unidos significan también... un caso de esa específica realidad histórica que llamamos «pueblo nuevo»... América es fuerte por su juventud, que se ha puesto al servicio del mandamiento contemporáneo «técnica», como podía haberse puesto al servicio del budismo, si éste fuese la orden del día. Pero América no hace con esto sino comenzar su historia. Ahora empezarán sus angustias, sus disensiones, sus conflictos. Aún tiene que ser muchas cosas; entre ellas, algunas de las más opuestas a la técnica y al practicismo."

Lo indudablemente cierto es que esos dos presuntos herederos del mando, señalados por Ortega y Gasset, Norteamérica o la Unión Soviética, se disputan la universalidad del *patrimonio* vacante. Existe una especie de condominio, fuente de constantes disputas y conflictos. Ninguno de los dos coherederos cede en sus derechos, o más que en sus derechos, en sus títulos de hecho —valga la *contradictio in términis*—, y esa circunstancia de *mando compartido* o *dividido* crea una situación de anarquía internacional, en la que, como hay dos potencias que aparentemente lo ejercen, las demás naciones simpre encuentran el medio de eludir la subordinación o acatamiento. Y ello trae unas consecuencias de desorden, de perturbación, extraordinarias. Dice también Ortega y Gasset que "la función de mandar y obedecer es la decisiva en toda sociedad. Como ande en ésta turbia la cuestión de quién manda y quién obedece, todo lo demás marchará impura y torpemente". Y ésa es la realidad del mundo, que no marcha, y lo que es peor, que no se ve salida a la situación que tiene planteada.

Evidentemente, reina una anarquía sorprendente en las relaciones internacionales. Vivimos un período de *feudalismo nacional,* consistente en que todos los países obran por su propia cuenta, sin atenerse a más razones y normas que las de su particular interés. (Coincidiendo con este pensamiento mío, Ortega y Gasset afirma que en la Edad Media, es decir en la época del feudalismo, no mandaba nadie en el mundo temporal, y agrega que "es lo que ha pasado en todas las edades medias de la historia".) No estoy, pues, muy lejos de la verdad al hablar de *feudalismo nacional* [1], lo que quiere significar que el mundo, con su pluralidad de Estados nacionales, en su lucha constante, vive un proceso parecido al que se operó en el medioevo, con anterioridad al nacimiento de la monarquía absoluta. Impera el egoísmo más extremado, y ningún Estado acepta la menor ingerencia dentro de los límites de sus fronteras, incluso en relación con sus decisiones más arbitrarias y negatorias del *jus gentium.* Los setenta y ocho organismos nacionales en que está dividido el mundo, viven una existencia de *jungla,* y se miran con recelo y desconfianza, temerosos de una agresión por parte de los vecinos o de los grandes Estados. Cada cual obra como más le place, e incluso los pequeños países actúan irresponsablemente, por falta de una autoridad suprema que, en alguna forma, mande en el mundo.

Pero lo peor del caso no es que carezcamos de una autoridad internacional que ejerza funciones de superintendencia en los asuntos mundiales, lo que sería particularmente grave, sino algo todavía peor, que el ejercicio de esa autoridad se lo disputen dos grandes potencias, núcleos centrales de dos formidables bloques, que casi no dejan margen para los neutrales. Ni Estados Unidos ni la Unión Soviética aceptan la hipótesis del predominio del otro. Para ello se sirven de todos los medios y no escatiman esfuerzos en ningún sentido. Los dos gobiernos obran de acuerdo con un móvil común: el *anhelo de seguridad* [2]. Éste se halla determinado y se basa en el instinto de conservación, que busca la forma de eliminar el peligro de verse anulado por la potencia rival. Este afán de predominio, de deseo de imponerse, responde al más puro darwinismo, en esa lucha incesante y perpetua de los organismos biológicos y políticos. Lo cierto es que, tanto Norteamérica como Rusia, se acechan, se vigilan, se espían. El pánico de la una contagia de terror a la otra. Sólo así se explica la conducta de ambas potencias, las fabulosas sumas que invierten en las experiencias atómicas y su constante preocupación por superar los armamentos de la contraria.

Este estado de cosas representa un peligro potencial para el mundo. Es algo así como un arma cargada, que en cualquier momento puede dispararse, si una mano irresponsable aprieta el gatillo. Por ese motivo, es necesario buscarle una solución al actual problema del mundo, es decir a la actual situación de anarquía

---

[1] Recomiendo, a quien quiera profundizar en el concepto, la lectura de mi ensayo "El feudalismo del siglo XX y el gobierno mundial", publicado en *Cuadernos Americanos* (Nº 2, marzo-abril de 1948).

[2] Véase, a este respecto, mi artículo "Raíz última del imperialismo soviético", publicado en *La Nación* del 11 de febrero de 1957.

internacional, de ausencia de mando, o más exactamente de autoridad compartida, en cierto modo, ya que la misma no está claramente delimitada, tratando de encontrar una fórmula que permita que alguien ejerza el imperio. No se puede continuar así, si no se quiere que la presente situación desemboque cualquier día en una hecatombe. Esa autoridad internacional puede cobrar dos formas: la de la espada o la de la ley. La primera representa el sistema consagrado por la Roma imperial, es la supremacía de un pueblo señor sobre los restantes. La segunda, todavía inédita, consistiría en el establecimiento de una norma que colocaría a los países en un plano de igualdad, dentro de un orden obligatorio para todos. Este es el dilema en que nos encontramos, la alternativa que debemos resolver. *Pax romana,* hegemonía de una gran potencia, o, por el contrario, comunidad de naciones, libre y voluntariamente pactada, pero en la que los miembros se sometan y cumplan la ley común y obligatoria. Son las dos fórmulas clásicas, aristotélicas de gobierno, la monarquía, de una sola, y la democrática, de la totalidad de las naciones. Pero no debe olvidarse que, mientras para la última de las soluciones sólo bastaría con conseguir —¡tarea ardua, sin embargo!— el consenso de la mayoría de los países, en cambio, para llegar a la primera, sería preciso pasar previamente por una tercera guerra mundial, que traería aparejada como consecuencia la destrucción de medio género humano y el hundimiento de nuestra civilización.

No cabe duda, pues, en la elección. A menos que nos dejemos arrastrar por la locura, la fórmula conveniente es la de organizar una comunidad internacional que permita el establecimiento de una ley obligatoria para todos los países. Pero, para ello, será necesario que los Estados cedan en su intransigencia con respecto a sus atributos soberanos. Será preciso que renuncien a parte de su soberanía, para poder constituir un orden internacional basado en la ley y no en el contrato, que, como en el caso de la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas, ha resultado ineficaz para dar solución a los grandes problemas de la paz. Además, la comunidad de naciones que postulamos no tendrá más remedio que contar —de lo contrario sería inoperante— con una fuerza coactiva propia, capaz de imponer y de hacer respetar el cumplimiento de la ley internacional.

El programa no es fácil, ni mucho menos. Pero ello no debe desanimarnos ni llevarnos a un estado de escepticismo, pues no se debe olvidar que, de lograrse o no su realización, dependerá, en última instancia, que la humanidad salga con bien de este atolladero en que se encuentra metida. Para intentarlo será necesario, como condición previa y *sine qua non,* obrar de acuerdo con estos dos principios: *serenidad* y *altruismo*. La primera, para superar el inmenso pánico que embarga a los gobiernos y a los pueblos, y que es el peor consejero para afrontar la solución de los problemas. Hay que poner término a ese miedo que se inspira en peligros más o menos reales o imaginarios. El segundo, o sea el altruismo, para vencer los intereses mezquinos y particulares, en aras de un beneficio para la comunidad. Sólo levantando el ánimo, libre de temores, y despojándose de ruines egoísmos, podrá iniciarse la construcción de un mundo mejor, lo que permitiría percibir el anuncio del fin de la tenebrosa noche que vivimos, con el rosicler de una nueva alba.

GUILLERMO DÍAZ DOIN

NOTAS

Libros

ENSAYOS

BAJO EL SIGNO DEL UNICORNIO

Si preguntamos al Dr. Leavis acerca de J. B. Priestley nos responderá que no vale la pena leerlo. El puritanismo crítico de Leavis ha dejado en pie muy pocos nombres de la literatura inglesa: entre los autores del siglo XX sólo se salva D. H. Lawrence. Pero si queremos saber la opinión de J. B. Priestley acerca del Dr. Leavis no tenemos más que leer el agudo ensayo que le dedica en su último libro,[1] donde lo llama, entre otras cosas, Director General de Pasaportes Literarios. Leavis olvida qu el hombre medio de una sociedad civilizada —no el profesor de Estilística, no el mero lector de diarios— requiere un tipo de literatura que ni las obras de D. H. Lawrence, ni aun las de Shakespeare, pueden colmar. Autores como Priestley son importantes porque presentan al hombre actual principios eternos a la luz de situaciones de nuestro tiempo.

Los *Pensamientos en el desierto* de Priestley dan el testimonio de un escritor independiente ante los hechos sociales de los últimos años. Proceden del *New Statesman and Nation,* "periódico insufrible, intolerable, enloquecedor": "enloquecedor porque nos recuerda lo que no queremos recordar, intolerable porque elige sus temas mucho antes de que sean respetables y hayan sido depurados para los editorialistas, insufrible porque continuamente protesta como la conciencia moral de un hombre decente." Los pensamientos que Priestley expresa son la voz de esa conciencia clamante en la Inglaterra de la segunda Isabel, y su mensaje se condensa simbólicamente en el Unicornio del blasón imperial. Inglaterra ha admirado demasiado a su León, olvidando al Unicornio. Pero el León ya no puede hacer más por los ingleses. Sólo el Unicornio puede salvarlos. El Unicornio es la cifra de lo que hay de original y creador en el carácter nacional inglés. Sin duda que el panorama social de Inglaterra es *sui generis* y Priestley es inconfundiblemente británico; pero

[1] *Thoughts in the Wilderness* (London: Heineman, 1957). Todas nuestras citas remiten a este libro.

como la inteligencia es algo universal (aunque su distribución sea despareja) y lo que hoy es típico en Europa mañana probablemente lo será en muchas otras partes, sus comentarios resultan interesantes dondequiera todavía haya fe en los valores de la persona y, en particular, respeto por la imaginación inteligente y creadora. Si estas creencias caracterizan al hombre occidental, el Unicornio representa al Occidente.

Hay que confesar que la encarnación de tales valores ha sido siempre cosa frágil. La sociedad tiende a cerrarse sobre el individuo sin dejarle desarrollar lo que hay en él de característico y notable. La Historia y la Antropología muestran que pocas veces el príncipe y los sacerdotes consiguen equilibrar las necesidades del orden social y político con las aspiraciones del individuo de conciencia despierta. La parte más débil es sacrificada. Sólo en los últimos siglos ha surgido la voluntad de emancipar al individuo. Los clérigos de la nueva sociedad son los hombres de letras: ensayistas y novelistas que expresando su pensamiento libremente sobre cuestiones fundamentales de la vida enseñan a pensar a todo el que se toma el cuidado de leerlos. Las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de éste fueron la rara ocasión en que una sociedad —la de Europa occidental— consideró como máximamente respetables a sus intelectuales. Pero es evidente que la fisiología del cuerpo social se opone a semejante despertar de las individualidades. Como un enorme y torpe animal a quien el mero resplandor de la luz hiere, se vuelve mortalmente contra los focos de inteligencia que lo iluminan. Priestley no parece tener en cuenta el carácter excepcional de la circunstancia histórica en la que él vivió los veinte primeros de sus sesenta y tantos años.

En su época, como él nos lo cuenta, la educación de un hombre tenía mejores posibilidades: la sociedad se regía por valores muy superiores a los que hoy tienen vigencia. Para la educación general es más importante el papel de la sociedad que el de las universidades. Hoy la calle, con sus raídos valores comerciales, deshace sin esfuerzo lo que las escuelas más excelentes tratan de construir. Los nuevos sacerdotes son los políticos; señores, en el mejor de los casos, llenos de buenas intenciones muy aptas para empedrar el camino del Infierno. Faltos de imaginación y de visión, se han convertido en sagrados elefantes blancos de la sociedad contemporánea. Hablar contra ellos es sacrilegio. Entre dirigentes (políticos o comerciales) y masas dirigidas, el hombre independiente apenas halla aire respirable. Este hombre representa, en el mejor de los sentidos de la palabra, el espíritu liberal, que irrita sobremanera a la mayoría porque no lo pueden reducir a derechas o a izquierdas y porque es incompatible con el pensar en bloques.

El mayor enemigo de la persona libre es la trivialidad, y la trivialidad es el signo de nuestro tiempo. De nada valen los nuevos y grandes recursos de la técnica porque justamente están al servicio de la trivialidad, cuando no de la chabacanería. Buen ejemplo de este hecho es la televisión. Como la radio, parecía prometer maravillas, pero por un extraño destino trivializa cuanto pasa por ella. En lugar de interesarse por lo que alguien dice sólo se interesa por verlo; así generalmente muestra personas que no tienen nada que decir. Además, sustituye la verdadera experiencia de la vida por otra reflejada en la pantalla del televisor. Tampoco hace nada la televisión por favorecer a los talentos: los alquila, los estruja, los arruina, como todo entretenimiento dirigido a las masas, es decir, a los enemigos del pensar.

Lo que Priestley dice contra la televisión se aplica a todas las artes visuales. No tienen nada de malo en cuanto artes, pero su auge en los últimos años no es síntoma de la mayor cultura de las gentes, sino de un mayor alejamiento con respecto al vehículo tradicional de la cultura, que es el libro. El libro —pretende Priestley, y habría que discutirlo— requiere más atención que los cuadros y las fotos, el cine y el ballet, el patinaje en hielo o la televisión. En la práctica actual todas estas artes militan contra el libro. Lo mismo puede decirse del teatro popular y de los espectáculos de revista que pretenden divertir con su humor: carecen de originalidad y apuntan bajo. La prensa tampoco se salva. Muy pocos periodistas buscan deliberadamente la trivialidad o inteligentemente tratan de evitarla; pero la mayoría cae en ella, moviéndose en un círculo de cinismo profesional y astucia comercial. Creen que tienen que dar cotidianamente tonterías porque el público así lo exije. La verdad es que el público pide lo que le han hecho creer que tienen valor. "Estamos aproximándonos rápidamente a un momento —si, en verdad, ya no lo hemos alcanzado— en el que las masas no quieren realmente nada hasta que se les dice que lo quieren" (pág. 192).

Podría sospecharse que el libro tiene al menos defensores naturales en quienes viven de ellos: los editores. Pero ni siquiera. Si los editores obraran con prudencia, fomentarían a los autores, sin los cuales, como es obvio, no hay libros ni, por ende, editoriales. Pero no ocurre así. Los editores piensan que tienen que preparar su catálogo para el año próximo. No se interesan por el autor ni por el libro, sino por el "título" que hará fortuna. Y cuando llega el momento de hacer los presupuestos reducen las regalías del autor con la excusa de que todo se ha encarecido, como si el autor no tuviera que pagar cada artículo de consumo ordinario. Priestley propone, como otras tantas almadías salvadoras de la cultura independiente, ediciones en pequeñas imprentas privadas que organicen su distribución en conjunto, grupos que hagan teatro, música, exposiciones... Pero es una lucha difícil.

Como Priestley ha señalado que los males sociales de nuestro tiempo se perciben con particular agudeza en los Estados Unidos, se ha pensado que es "antinorteamericano". Nada de eso, protesta. Sin duda Texas significa la creencia de que el dinero es poder, y el poder, sabiduría; pero Texas no es más que el espectáculo de toda nuestra sociedad contemporánea al descubierto y como en tecnicolor: la pantografía de quienes creen que la capacidad de ejecución implica capacidad de visión. Esa sociedad, que no es sólo la norteamericana, está dispuesta a sacrificar su libertad por un nuevo modelo de auto, de refrigerador, de televisor de pantalla más ancha; sociedad de administradores y organizadores, fabricantes de horarios y de planes, periodistas que pretenden ser críticos, iletrados que pretenden ser periodistas, hombres capaces de aumentar el número de habitantes, de máquinas y de ruidos, pero no el talento y el genio. En esa sociedad ya casi tenemos reinstaurado el circo romano: diversiones audiovisuales donde en lugar de cuerpos se desgarra a las almas por placer. Pero de ninguna manera debe confundirse a los Estados Unidos con estas tendencias generales de la sociedad contemporánea que en Norteamérica encuentran, naturalmente, mucho pábulo. "Estados Unidos es una nación que surgió de un noble sueño. Si es antinorteamericano recordar ese noble sueño, que muchos pronorteamericanos parecen olvidar, entonces soy sin duda antinorteamericano" (pág. 154).

De nada sirve, infortunadamente, la presencia de alguna gran inteligencia técnica

en esta sociedad deshumanizada. El retrato imaginario de Sir Nuclear Fission es una joya del talento satírico de Priestley. Sir Nuclear es la Eminencia gris de nuestro tiempo, pero también un hombre que fácilmente desvaloriza la vida porque nunca la ha vivido realmente. Pero ¿y los novelistas? Las nuevas novelas pintan a bohemios y existencialistas que no se sienten parte de la sociedad actual: la sociedad los ha desterrado y ellos se vengan desterrando a la sociedad. El "hombre apartado" [1] de Colin Wilson es la mejor expresión de esta actitud. Los *outsiders* producen una literatura en la cual volvemos a encontrar los horrores y las ruinas que ya conocíamos en la vida. Colin Wilson dice que el *outsider* quiere una solución religiosa. Pero si está envenenado por un amargo egoísmo, si quiere herir y no curar, si hay en él más odio que amor, si usa sus dotes para negar la esencial bondad de la vida ¿podrá acercarnos a la solución añadiendo ruina a las ruinas y horror a los horrores? Tal es la pregunta que Priestley se formula y que señala su discrepancia fundamental con los escritores más recientes de Inglaterra, los "jóvenes iracundos", y, podríamos añadir, con Sartre y afines.

Pero no debemos creer que esta diferencia de temple y de generación convierte a Priestley en un autor retrasado. Hay varios modos esenciales de ver el mundo que se repiten en los más variados lugares y momentos de la historia universal. Al rechazar la actitud del *outsider* por creerla negadora de la vida no busca Priestley rehabilitar una suave y tibia imagen de comodidades burguesas imperturbadas. No obstante todos los halagos del *party* y de la diversión hace falta algo más. "Carecemos, nosotros los que añoramos Alguna Otra Cosa, de la fuerza unitiva de una poderosa fe religiosa" (pág. 92). En el subsuelo de nuestras vidas hay un gran hueco, oscuro y frío. "Nuestras vidas carecen de la sagrada base común. Faltan algunos eslabones esenciales, tanto dentro de nosotros mismos como en nuestra relación con los demás. No podemos vernos como súbditos de un mismo reino invisible. No somos todos de una misma pieza" (*ibid.*) Estas confesiones pueden extrañar en la pluma de un viejo liberal, pero dan la medida de su sensibilidad para lo fundamental, como estas líneas donde señala la causa profunda de nuestras desventuras: "Una vez que hemos dicho «¡Adiós!» a la eternidad, ya estamos bien en camino de convertirnos en robots o en demonios. Pero la eternidad no significa tiempo perdurable —error causante de muchos males. Significa el tiempo que no pasa, otra clase de tiempo, la existencia que no es medida por relojes y calendarios, un nivel del ser que no puede ser analizado en ningún laboratorio porque pertenece al Reino de los Cielos que la mayoría de los cristianos ortodoxos se niega a creer que está dentro de ellos, el magno Aquí y Ahora en el que ingresamos por las artes del amor y de la amistad y los actos de simple bondad; todo lo cual nos proporciona los valores por los cuales debemos vivir y que ahora corren el riesgo de perderse" (pág. 46).

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ

[1] *Cf.* Colin Wilson: "Función social del hombre apartado", en SUR, Nº 245 (marzo-abril de 1957).

DE HUXLEY A MONTAIGNE

A partir de la fecha en que el autor de los *Ensayos* aplicó este nombre al arte de divagar sobre todas las cosas del mundo, el nuevo género literario hizo fortuna y ha soportado con gran éxito las más diversas exigencias del pensamiento moderno. Recordemos que el escéptico y sesudo Michel Eyquem, señor de Montaigne, pulió con extremada claridad el carácter fluctuante e indefinido. "El juicio es un instrumento necesario para toda clase de asuntos y conviene ejercitarlo en toda ocasión... Elijo al azar los argumentos. Todos son para mí igualmente buenos. De cien miembros y rostros que cada cosa tiene, escojo uno, ya para acariciarlo, ya para desflorarlo y a veces para penetrarlo hasta el hueso". Aconsejó desarrollar el tema "por su aspecto más inusitado" bajo el signo de la duda y de la incertidumbre, fuera de todo dogmatismo y dentro de "mi manera habitual que es la ignorancia" [1].

Este método de absoluta libertad y de cómoda irresponsabilidad, que libera al opinante de la demostración y la prueba, estaba hecho para la mentalidad reformista del Renacimiento y de sus sucesores. Abrió el camino a una literatura desenfrenada y libre que nos dió sabrosas muestras en manos de ingenios avizores y pel netrantes. Pero hay que convenir que también suprimió toda contención y dique a la licencia, a la divagación insulsa o simplemente mediocre. Hoy se abusa del sistema como medio de perpetrar crítica literaria, filosofía e historia, de elucubrar teorías sociales y políticas, fantasías y oratoria, periodismo, novelas y aún poemas. La confusión amenaza al invento que se precipita a un abismo donde puede dejar el esqueleto y perder hasta la forma y el sentido...

Lo cuerdo y acertado consistiría en mantener su esencial libertad sin falsificarla, un justo intermedio de tacto y audacia para salvar la ropa. Un rasgo eminente, además de los citados, termina de grabar la definición *princeps*: "reflexiono sobre las cosas, no con la amplitud, sino con la total profundidad de que soy capaz" [2]. He aquí otro de los fundamentos del método intelectual del ensayo. Concentrar las cuestiones y renunciar a la extensión y a las largas disertaciones propias de la monografía, del libro, del tratado — en gracia a la concisión y a la penetración del análisis. Si bien el autor no fué siempre fiel a su máxima y se dejó llevar por su facundia imaginativa a la repetida violación de sus propias normas, no deja de insistir en la recomendación. De todos modos intuyó el camino de la mayor parte de sus discípulos y seguidores más importantes.

La tendencia a la síntesis implica en consecuencia un evidente retorno a la concepción original y el abandono del abuso común durante el siglo XVIII y principios del XIX, que utilizó el rótulo para titular dilatadas obras filosóficas y descriptivas como por ejemplo el "Ensayo sobre el entendimiento", de Locke, y otras de Voltaire o de Humboldt. Si los ensayistas del Renacimiento se apoyaban en los clásicos y sus experiencias, los modernos buscan a fondo lo que más enardece la curiosidad y el interés de la gente: los descubrimientos y resultados de la investigación científi-

[1] *Essais,* Livre I, I.
[2] *Essais, ibidem.*

fica y de la pesquisa histórica y sociológica. El ensayo se prende como en sus buenos tiempos a la *Nuova Scienza* y le saca sus mejores jugos. El lector moderno requiere la reducción inteligible y la puesta en valor de la masa extraordinaria de datos y conocimientos que mueve cada ciencia particular. Necesita del trasiego que el autor avisado debe procurarle para alcanzar las esencias y las conclusiones más importantes, pasando por alto los debates inútiles y la discusión de los detalles. Por ello tiene alcance definitorio la afirmación de Ortega que delimita la nueva tendencia: "el ensayo es la ciencia menos la prueba explícita".

Un buen ejemplo de eficacia y amenidad encontramos en la última recopilación de ensayos de Aldous Huxley, *Adonis y el alfabeto* [1]. Cada pieza resume un tema, un autor, un problema conforme a la mejor tradición "en sus aspectos más inusitados y salpicando aquí un rasgo de humor y allá otro", dentro de una vasta y precisa ilustración científica, sobre todo en materia de física y biología, de que el autor había hecho gala en sus novelas, y que tanto importan e influyen en la vida moderna.

Partiendo de la arqueología nos lleva el libro por los más diversos caminos en amplio y universal paseo, desde California a Creta y El Líbano, desde la Fenicia de los orígenes del alfabeto a la Italia de los madrigalistas. El periplo se desliza no sólo a lo largo de la geografía, sino a través de la más entreverada variación de asuntos: la mística medieval y el Zend de la filosofía oriental, los preservativos y la esterilización de las cloacas, las estrafalarias sociedades cooperativas de la Nueva Inglaterra, el atún envasado y los poemas de Goethe y de Shelley, nada de lo humano y de lo extrahumano es ajeno a la penetrante sutileza del escritor, perfeccionado vástago de una larga *gens* intelectual, famosa desde el abuelo compañero que fué, y amigo y sucesor de Darwin. Su cualidad maestra es la falta de prevenciones y prejuicios, la perfecta independencia espiritual. Sus ideas y opiniones no están afiliadas ni registradas en ningún prontuario policíaco. Ni deliberada ni inconscientemente se han *comprometido*. Por tanto nos liberan de ese padecimiento habitual de los días que corremos que nos impone, antes de abrir las tapas de los libros, saber lo que el autor nos dirá. Con Huxley tenemos el placer de la sorpresa porque depende de su personal autenticidad y no de los *slogans* y de los lugares semi-comunes que infestan la literatura actual.

Pero apuntemos de nuevo hacia Montaigne para confrontar oposiciones. La antítesis del tiempo y de los caracteres nos relegan una apreciable clarificación. "Amo a la vida y la cultivo, como plugo a Dios otorgármela. Es una maravillosa perfección, casi divina el saber gozar lealmente del hecho de existir" [2]. Se ha incriminado al autor de los *Essais* de ser el promotor y el descubridor del abuso moderno del yo, del yo imperialista de Descartes y del romanticismo, que inunda el orbe por varios siglos y revienta un día en el gran Don Yo indígena y perorante de Sarmiento — sobre el cual nosotros, argentinos, tenemos siempre tanto que decir— y que es el *haïssable* animal que Pascal no podía soportar. Huxley nos sirve un prodigio. De pronto nos damos cuenta de que ese pintoresco, permanente y molesto personaje ha desaparecido. La persona física y espiritual del autor se ha transformado en un perfecto instrumento pensante que se aplica a revelarnos con admirable destreza los asuntos

[1] *Adonis y el alfabeto* (Sudamericana, Buenos Aires, 1958).
[2] *Essais, Livre* II, 10.

más sorpresivos e inusitados del ancho mundo. Su discreción es tan leve que apenas la caemos en cuenta. Miramos con su inteligencia, comprendemos por sus sentidos en el reino de la objetividad y de la transparencia. Su obra da un puntapié a la modernidad y nos vuelve al siglo XIV, a la serena postura de la *Philosophia perennis,* a la perfección razonante de un nuevo Tomás de la Suma Científica, buey parlante de Brittania, ecuménico y viajero, de vasta e inagotable curiosidad.

El ensayo de Huxley domina el objeto con todos los aportes de la cultura novísima. Libera el pensamiento de su lastre personal y le añade un poderoso ingrediente poético. Es un híbrido superior, una cruza de invernadero, surgida con las hábiles técnicas de la genética, entre la ciencia y el arte. Ha logrado apropiarse los caracteres sobresalientes de la una y del otro.

"He aquí únicamente el ensayo de mis facultades naturales, no de las adquiridas", sentencia el precursor. En su valiosa memoria sobre la acción estupefaciente de la mescalina, Huxley se declara carente de imaginación [1]. Y no es así. Su obra demuestra que si bien no le sobra inventiva plástica, aporta una notable riqueza en el conocimiento de las relaciones simbólicas entre las cosas y las ideas y es gran descubridor de *correspondencias* ocultas. Podríamos colocarlo en la genealogía crítica de Baudelaire, ya que su talento se explaya en el análisis de los rasgos extraños y sorpresivos de la realidad, como diestro pescador de profundidades del vasto mundo conocido y por conocer.

ROBERTO GARCÍA PINTO

J KRISHNAMURTI: *La libertad primera y última* (Sudamericana, Buenos Aires, 1958).

Aldous Huxley, hombre de lucidez conceptual tan extraordinaria que sobrevive a todos sus traductores, nos asegura en el prefacio de este volumen que el lector hallará en él "una clara exposición contemporánea del problema humano fundamental." Huxley olvida, tal vez, que el lector común no posee su vasta erudición en materia de mística; la exposición de Krishnamurti es muy inteligente y hasta muy sutil, pero de ninguna manera me atrevería a calificarla de clara para quienes no hayan leído y meditado mucho sobre estos temas. Es, eso sí, repetidor hasta el cansancio, pero la mera reiteración más bien aumenta la fatiga que aclara el entendimiento; el pensador hindú no ha considerado la profunda ignorancia de casi todo occidental culto en lo relativo a disciplinas mentales y su libro, que va mucho más allá no sólo de las prácticas religiosas comunes —ritos, creencias, dogmas—, sino de cualquier ascetismo, yoga, concentración, meditación, de toda virtud impuesta como disciplina y hasta de la idea del bien y del mal interpretada por las morales corrientes, es un libro que ha de desconcertar, más que instruir, a sus lectores.

La primera parte consta de varios capítulos breves, en los que el autor aborda temas tales como "El individuo y la sociedad"; "El conocimiento de uno mismo"; "Las

[1] *Las puertas de la percepción* (Sudamericana, Buenos Aires, 1958).

creencias"; "El pensador y el pensamiento"; en la segunda, responde a una serie de preguntas que le formulan diversos interlocutores acerca de cosas tan variadas como el sufrimiento, la guerra, la murmuración, el tiempo, el problema sexual, Dios y el sentido de la vida.

En todo ello hay, sin embargo, una gran unidad de pensamiento. Comienza por afirmar que no puede haber transformación alguna de la sociedad sin una transformación radical de los individuos que la componen; las soluciones económicas, políticas y hasta religiosas no pueden resultar más que mediocres paliativos si el hombre conserva su psicología actual. "Un sistema no puede transformar al hombre; siempre es el hombre quien transforma el sistema, como lo muestra la historia. Hasta que yo, en mi relación con vosotros, me comprenda a mí mismo, seguiré siendo la causa del caos, de la miseria, de la destrucción, del miedo y de la brutalidad". Y más adelante: "Vosotros y yo somos el problema, no el mundo."

Para conseguir esta transformación fundamental del individuo, la única que puede salvar a la sociedad, es necesario abandonar el pensamiento discursivo ("el pensamiento no ha resuelto nuestros problemas"), todo dogma o creencia ("la creencia no trae cooperación; por el contrario, divide"), cualquier disciplina ("la libertad no puede llegar por medio de la disciplina. La libertad sólo puede surgir con la inteligencia"), cualquier esfuerzo de introspección ("la introspección conduce a la frustración, a nuevos y mayores conflictos"), todo ideal ("los ideales son dioses de nuestra propia creación y ajustarse a una imagen proyectada por uno mismo no es, por cierto, una liberación") y hasta la fe en Dios ("la creencia es una negación de la verdad; la creencia obsta a la verdad; creer en Dios no es encontrar a Dios"). ¿Qué queda, pues, en medio de semejante austeridad espiritual? Queda la comprensión de sí mismo, el conocimiento de los propios procesos mentales que debe realizarse sin esfuerzo, sin juicio moral, sin tener en cuenta ningún fin aparte del conocimiento mismo. Entonces sobreviene la quietud que está fuera del tiempo, llega la única comprensión creadora, llega la liberación del ilusorio Yo, llega el amor que es atemporal porque es condición misma del Ser. Esta es la libertad primera y última.

Krishnamurti asegura que no ha leído libros sagrados y no hay motivos para dudar de su palabra. Sin embargo, coincide en muchísimos puntos con los textos religiosos más conocidos. Como el Buddha, rechaza los dogmas y el principio de autoridad; como el Tao Té King, admite la naturaleza opuesta y complementaria del bien y del mal, de la verdad y la mentira, dualidad que se supera e integra en lo que ese célebre texto llamaría el Tao; sobre el sufrimiento por la pérdida de los seres queridos (pág. 181) se expresa en términos muy similares a los de San Agustín a propósito de la muerte de su amigo de infancia (Confesiones, capítulo IV). No puede causar asombro la coincidencia en la sabiduría, la similitud de las intuiciones sobrenaturales.

Si la exposición de Krishnamurti no es muy explícita con respecto a los métodos de liberación, es en cambio clarísima y rotunda en lo que atañe a las ideas políticas y religiosas." Lo que causa la guerra [dice, por ejemplo] es el deseo de poder, de posición, de prestigio, de dinero, como asimismo la enfermedad llamada nacionalismo —el culto de una bandera— y la enfermedad de la religión organizada, el culto de un dogma. Todo eso es causa de guerra; y si vosotros como individuos pertenecéis a cualquiera de las religiones organizadas, si sois codiciosos de poder, si

sois envidiosos, forzosamente produciréis una sociedad que acabará en la destrucción."

La libertad primera y última es, pues, un llamado a la inteligencia, a la cordura y a la más alta espiritualidad. Será, naturalmente, desoído, pero no por eso podemos considerarlo inútil.

ALICIA JURADO

THOMAS MERTON: *La vida silenciosa* (Sudamericana, Buenos Aires, 1958).

Guido Piovene, en su libro dedicado a los Estados Unidos, escrito con entusiasmo e interés, intercala entre muchos elogios una observación que se convierte en la denuncia de un defecto: a los norteamericanos —dice— les falta de modo fundamental el sentido de la contemplación. Para validar su juicio con un ejemplo, relata lo leído cierta vez en un diario norteamericano sobre la fundación de un monasterio benedictino. Era un artículo favorable, donde el periodista, con la más buena intención, quería mostrar al público las ventajas de ese tipo de experiencias. El articulista resumía sus buenos propósitos afirmando que los monjes, con su trabajo intensivo, harían producir exaustivamente las futuras tierras abaciales, obteniendo así un óptimo rendimiento de ellas, y que eso redundaría en beneficio de toda la comarca. Piovene vió en estas conclusiones una justificación absurdamente pragmática de un estilo de vida que él supone debidamente justificado por algo más esencial, por la vocación contemplativa en sí.

Todo hombre europeo ha vivido y vive dentro de un contexto que, de un modo u otro, supone la existencia pretérita o actual de personas cuya actitud contemplativa obra de manera irradiante sobre la sociedad. Piovene descubre que en los Estados Unidos ese fenómeno no se produce. Más aún, el hombre norteamericano debe recurrir a justificaciones activistas para poder aceptar la vida de un contemplativo. Según Piovene, esa actitud evidencia pobreza y manifiesta un vacío en el orden del espíritu.

Quizá Piovene acierta en parte al expresar tales juicios sobre la mentalidad del hombre norteamericano medio, pero su testimonio resulta limitado y parcial si se tienen en cuenta algunos datos que parecen haber pasado inadvertidos al escritor italiano. Existen en la realidad estadounidense elementos que de suyo hacen menos riguroso el juicio de Piovene sobre el problema de la contemplación ignorada o subestimada. En los Estados Unidos, desde hace más o menos un siglo, germinan, fructifican y maduran numerosos centros de vida monástica. Primero existieron de un modo escondido. Hoy, con fuerza renovada día a día, alcanzan el vigor de una presencia sustantiva.

Un pueblo como el de los Estados Unidos, cuya vitalidad se manifiesta tan pujante en otros órdenes, no podía dejar de sentir esa carencia señalada por Piovene, intentando, al mismo tiempo, subsanarla. La necesidad profunda que el hombre manifiesta por la contemplación —actitud primera de apertura y docilidad a lo real —debía fructificar por obra de quienes padecían con mayor urgencia su falta, encausando desperdiciados caudales de energías para volcarlos en un estilo de vida centrado en la encarnación de ese ideal contemplativo. Hubo circunstancias

históricas propicias. En Europa, al mismo tiempo que se iniciaba un resurgimiento de las órdenes religiosas contemplativas, se producía una suerte de éxodo de las mismas, motivado en algunos países por las actitudes restrictivas de los gobiernos. Los Estados Unidos ofrecían tierra adecuada, libertad y seguridad. Si todavía la superficie multiforme de ese pueblo, donde tantos elementos heterogéneos se conjugan, no manifiesta explícitamente la secreta presencia de esos núcleos contemplativos —Piovene parecería no haber tenido noticia de ellos, y son numerosos— se deberá, seguramente, a la lentitud con que se manifiesta, a través de signos exteriores, una energía que por lo común permanece invisible, como la savia en el árbol durante el invierno, a la espera del tiempo propicio.

La vida silenciosa de Thomas Merton, autor de *La montaña de los siete círculos,* nos ofrece, junto con otros libros suyos, un testimonio del creciente florecimiento de la vida religiosa contemplativa en los Estados Unidos. En cierto modo este libro confirma en parte el juicio de Piovene, y en parte lo rebate y nos muestra aquello que el escritor italiano no vió o no supo ver.

La vida silenciosa es un libro didáctico. Thomas Merton, maestro de noyicios de la trapa de Nuestra Señora de Gethsemaní, en Kentucky, se dirige a un público para el cual la vocación monástica, que es el tema de la obra, se presenta como un problema y un escándalo. El mismo Merton afirma que su libro, en un cultura básicamente religiosa, como la de la India o el Japón, donde el monje es considerado como una cosa natural, sería innecesario. Pero Merton sabe que sus lectores inmediatos no entienden hoy los porqués de la vida monástica, e ignoran el sentido de la contemplación. En esto vemos confirmadas las apreciaciones de Piovene acerca del norteamericano medio y su incapacidad para concebir una actitud contemplativa pura y al mismo tiempo encarnada en la realidad diaria. (Pero ¿acaso esa actitud no es la de gran parte de la humanidad de hoy?) Merton intenta explicar a un público que no comprende qué es un monje lo que ese monje es, y cuál es su función fundamental en la vida. Nos hallamos pues ante un monje que desde una trapa, en medio de los Estados Unidos, intenta explicar de un modo muy simple el sentido de su vida.

La condición del monje no se define en la Iglesia por un oficio o una función, sino por el estado o forma de vida que asume. Un monje es un hombre cuya vida está ordenada totalmente a Dios. Este hombre, que no vive según el mundo, puede ser o no ser sacerdote. Al sacerdote o clérigo lo define su función, o sea el servicio del altar y del pueblo cristiano. Históricamente sabemos que en un momento determinado los monjes son asimilados por los clérigos, en cuanto se dedican a la realización de las funciones litúrgicas. Y monje, con el tiempo, significó clérigo sujeto a una regla y a una vida comunitaria. Pero importa recordar esa distinción primera entre el sacerdote, hombre expresamente dedicado al culto, y el monje, hombre dedicado de un modo máximo a Dios y a su contemplación.

Merton quiere "hacer saber algo del misterio interior de una vida tan rica en la misericordia y la bondad de Dios". La vida del monje, como tal, si no se considera el motivo último que la fundamenta y ordena, resulta para el hombre contemporáneo una locura. El monje deja el mundo y en cierto modo parece sustraerse a la historia y al contexto donde permanecen los otros hombres. Se podría acusar al monje diciendo que obra así por miedo o por egoísmo. Dice Merton: *El hori-*

zonte monástico es claramente el horizonte del desierto. El monje que va al desierto voluntariamente, renunciando al mundo y asumiendo un estado de vida que supone un itinerario hacia la perfección, va al desierto sabiendo que allí está el lugar que a él le corresponde para oír la voz de Dios. El silencio y la soledad no son fines en sí mismos, sino medios para la comunicación con el Creador. El despojo es la condición para hallar el camino. San Juan de la Cruz dice al monje —al "alma espiritual"—: *Para venir del todo al todo, has de negarte del todo al todo.* Sólo así estará en "el centro de su humildad", en quietud y descanso, sin codiciar nada, sin que nada le fatigue hacia arriba y nada le oprima hacia abajo. Y en esa condición el monje encuentra su lugar en el pueblo que marcha hacia Dios y se ubica, fraternalmente comunicado, dentro de toda la creación. El monje no se substrae ni a la historia, ni a su vocación de hombre. Asume una y se injerta en la otra de un modo total y trascendente, porque aspira a ser un "hombre de Dios". La soledad, el silencio, el desierto, son medios para encontrar el camino hacia Dios, creador de todo. Quien encuentra a Dios, se comunica con todo.

Thomas Merton hace también una breve historia del monaquismo católico y de sus diferentes manifestaciones. Enumera las distintas ramas y brotes del primer tronco benedictino —San Benito es el padre de los monjes de Occidente—, y reseña los lugares donde hoy se levantan los principales monasterios y abadías que ejercen influencia en la espiritualidad contemporánea.

A nosotros nos queda señalar algo muy obvio, a lo que Merton ni siquiera alude por suponerlo sobreentendido, pues hoy se considera un problema superado. No obstante, a veces, por culpa de mentalidades carentes de una visión amplia, se ha presentado el siguiente problema: La identificación del monaquismo y la vida cristiana, como si aquél fuese el único modo de cumplir las enseñanzas evangélicas. Merton, dejando de lado ese problema, que tiene hasta muy graves consecuencias históricas, ha querido contar a quienes lo ignoran cómo es la vida de un hombre que se ha hecho "solitario", pero que en la soledad debe vivir su vocación común de caridad y de amor al prójimo sin los cuales no hay verdadero amor de Dios.

Retomando el tema de la incomprensión frente a la vida religiosa y monástica, podemos decir junto con R. Voillaume [1] que también ello se debe, en gran parte, a que muchas veces ese estilo de vida propio del monje u otro religioso no se nos presenta sólo como algo cristiano o religioso, sino como un estilo y unas costumbres que manifiestan la influencia de los siglos en que esas formas de vida fueron concebidas, y que esos siglos y costumbres, para nosotros, representan hoy un pasado remoto. Hay una estrecha correlación entre la cultura de un tiempo y sus manifestaciones religiosas. La estabilidad de la vida religiosa ha contribuído a mantener vigentes detalles mínimos cuyas raíces se pierden en los siglos anteriores, y que por otro lado se nos presentan impregnados de vida espiritual y valor religioso. Es verdad que tal conjunto de observancias puede ser, en sí, muy apto instrumento para la perfectibilidad de los religiosos, pero también es cierto que su eficacia puede disminuir dada la transformación que la sociedad humana experimenta día a día. Las ocstumbres monásticas poseen grandeza y eficacia, pero cada vez más

[1] *Au coeur des masses* (Les Éditions du Cerf, Paris, 1957).

solo tienen sentido para los iniciados en esa sociedad que constituye el monasterio, hoy mucho más apartado del ambiente medio común de lo que lo estuvo en sus orígenes.

Afirma Voillaume que "si San Benito o San Francisco hubiesen concebido sus formas de vida religiosa en el siglo XX, las costumbres y observancias hubiesen sido diferentes, teniendo siempre la misma eficacia espiritual y la misma fuerzo expresiva. Un trapense o un cartujo pueden no sentir, aún hoy, la necesidad de una adaptación de las costumbres, en la medida en que sus mentalidades se hayan adaptado a la cultura que corresponde a ese estilo de vida. Y pueden hallar, con ello, el pleno desarrollo de una vida religiosa profunda, tan auténtica como la de los tiempos de sus fundadores. Pero el religioso *deberá adaptarse.* Esa adaptación resulta cada vez más ardua para muchos hombres. En todo caso, la irradiación de la vida evangélica se halla trabada por ese desajuste cultural que se produce entre el medio monástico y el medio ambiente popular".

Según Voillaume tal desencuentro es causa de una grave incomprensión para la masa del pueblo cristiano. Insiste diciendo que eso no significa poner en duda la autenticidad y el fervor de los monasterios, y ni siquiera la eficacia de esas observancias, puesto que han sido útiles para muchas generaciones de religiosos. El valor de todo ese conjunto de costumbres, usos y observancias permanece ligado siempre a un determinado ambiente. (Será necesario además distinguir entre las costumbres puramente materiales, y la observancia ligada a un profundo y auténtico valor espiritual.) Y surge entonces una pregunta. ¿No será acaso urgente encontrar una expresión exterior de vida religiosa —en el sentido de vida comprometida por medio de los votos tradicionales— que corresponda de un modo más total a la cultura de la sociedad contemporánea? Voillaume da una respuesta a lo largo de su obra. Su desarrollo excede los límites de una nota bibliográfica. Digamos sólo que a través de los escritos de Voillaume —*Au coeur des masses*; *Les fraternites du Père de Foucauld*— nos llega parte de un testimonio fundamental de la vida religiosa de nuestro tiempo. Pero hablar de los "hermanitos de Jesús" —tal es el nombre asumido por estos nuevos imitadores de Cristo, y a cuyo instituto pertenece R. Voillaume—, de sus "fraternidades" dispersas por todo el mundo, implica escribir otro artículo. Sin duda vale la pena hacerlo.

EUGENIO GUASTA

VICENTE ROSSI Y LOS ORIGENES DEL TANGO

A muchos, se nos hacía cuento que jamás hubiera existido ese libro titulado *Cosas de negros* que Vicente Rossi escribió allá por el veintitantos. Desde que apareciera han transcurrido más de treinta años, y los ejemplares de aquella, su primera edición, se han convertido en rarezas poco menos que inaccesibles. El primer trato directo que tuvimos con tan curiosa obra —autoridad aún no homologada en lo relativo a cosas rioplatenses— fué a través de las páginas transcriptas en esa recordada antología de *El compadrito: su destino, sus barrios, su música* que

también, inexorablemente, se ha ido agotando, hasta transformarse en una leyenda más de lo que alguna vez —según los bibliófilos porteños— podía encontrarse "en librerías". Hasta el mismo Rossi se ha vuelto un tanto mítico: a fuerza de frecuentar los escritos de Borges, que lo cita con delectación, lo habíamos imaginado producto de alguna fábula, como los verosímiles pero inexistentes autores examinados en *Ficciones* (Pierra Menard, Herbert Quain, Jaromir Hladik) o como los ficticios libros que Borges ha fraguado en circunstanciales citas destinadas a conferirles una inmediata realidad que sin más trámite haga innecesaria la enfadosa tarea de escribirlos. Sin embargo, la presencia de Rossi cobra incontrovertible densidad vital con esta reaparición de *Cosas de negros* que Horacio Jorge Becco ha dispuesto con afectuosa y erudita pulcritud, a fin de incorporarla en la colección "El Pasado Argentino" que dirige Gregorio Weinberg [1]. Así, se ha tornado insospechable la realidad de ese hombre que se llamó Vicente Rossi, nacido hacia 1871 en el departamento de Canelones, en la República Oriental del Uruguay, y radicado en nuestra provincia de Córdoba desde 1898 hasta su muerte, acaecida en 1945. Durante su vida, Rossi fué periodista, impresor y editor; tenía veinte años cuando aparecieron sus primeros artículos; a los veintiuno, fundó un curioso *Almanaque platense* "editado por unos muchachos uruguayos"; ya instalado en nuestro país, publica en 1905 un volumen de cuentos denominado *Cardos*; en 1910 ve la luz *Teatro nacional rioplatense: contribución a su análisis y a su historia*; en 1912 reúne en un tomo los *Casos policiales* que bajo el seudónimo de William Wilson —presumible invocación a Edgar Poe— había escrito en años anteriores para el periódico porteño *La vida moderna*; es autor de dos piezas teatrales, *Cambio de firma* y *La vida es cuento*, estrenadas en 1913; su trabajo sobre *El gaucho: su origen y evolución* es de 1921, y *Cosas de negros* se imprime en 1926. Por espacio de casi veinte años, de 1927 a 1945, escribe una treintena de *Folletos lenguaraces*, que ordena en tres volúmenes, donde revela sus inquietudes filológicas, exponiendo y defendiendo opiniones indigenistas que admiten y celebran el influjo del aborigen, arraigado en este continente desde la época precolombina, y del negro, introducido en América durante la conquista y colonización española, pero en encarnizada oposición a todo argumento que pretenda demostrar la prosapia hispana de las peculiaridades observables en ambas riberas del Plata. Sostiene Rossi, con tenacidad y desenfado, que España no trasmitió a los pueblos rioplatenses ningún legado cultural; a su juicio, la conquista no habría sido empresa espiritual sino aventura expoliativa emprendida por católicos de obcecada idolatría cuyo linaje inclusive no era totalmente europeo y cristiano, ya que estaba contaminado por un prolongado sometimiento al influjo alterador de la dominación moruna; según Rossi, esa supuesta horda "moro-goda" que se enseñoreó en suelo americano, remedando la organización social de la Europa legítima, carecía en absoluto de vocación estética y, por consiguiente, fué incapaz de crear cualquier forma artística; en consecuencia, todo lo que sea creación folklórica o manifestación eurítmica del gusto popular rioplatense sólo podría tener dos procedencias: o bien deriva de

[1] VICENTE ROSSI: *Cosas de negros*. Estudio preliminar y notas de Horacio Jorge Becco. (Hachette, Buenos Aires, 1958.)

tradiciones indígenas que se remontan al período precolombino, o se origina en los negros que el conquistador hispano importara de África como esclavos destinados a las tareas de mayor agobio o humillación. Como se ve, en su aversión a lo español, muchas de las doctrinas sustentadas por Rossi en materia lingüística, histórica o folklórica resultan exageradas y hasta absurdas (aunque importan el innegable acierto parcial de valorar el aporte indígena y, en especial, afroamericano); a decir verdad, semejantes hipótesis ponen al descubierto al aficionado, prejuicioso y exagerador, pero cuyas apreciaciones arbitrarias y testarudas siempre conservan algo de pintoresco, imaginativo o esclarecedor. La beligerante hispanofobia de Rossi llegó a inspirarle teorías destinadas a promover cambios en la lengua castellana y a instaurar la autonomía lingüística de los pueblos del Plata mediante la reforma ortográfica y la aceptación de las formas conversacionales del habla local, por muy reprobables que las considerasen los jueces sometidos al "servilismo idiomático". Desde una perspectiva "científica", mucho de cuanto escribiera Rossi debe rectificarse, en razón de la insuficiencia crítica, de la actitud pragmática y de la improvisación interpretativa que trasunta su autor; pero, a pesar de sus combativas inexactitudes, las intuiciones de éste a menudo fueron lúcidas, y tenía un don nato de narrador que confiere a su prosa —en apariencia descuidada— una autenticidad intrínseca, una sobriedad que acaso podríamos denominar clásica, en la que confluyen armónicamente el vigor expresivo y una espontaneidad casi oral.

La lucidez intuitiva de Rossi queda demostrada por el hecho de que, entre nosotros, fué poco menos que un precursos en la valoración del aporte cultural negro, cuando todavía estaba en sus comienzos el reconocimiento de ese impacto que tan hondamente ha penetrado en el arte occidental contemporáneo. El negro, trasladado a la América colonial como mera herramienta destinada al aprovechamiento económico del continente, no tuvo conciencia —y aún menos intención— de ejercer influjo cultural alguno; era simplemente un utensilio que estaba allí y al que sólo se le dispensaba un menoscabado tratamiento humano que apenas excedía al recibido por los animales domésticos y de trabajo; el indígena contó, en Fray Bartolomé de las Casas, con un defensor de su condición cristiana de "persona"; el negro importado careció, en cambio, de semejante auxilio. No obstante, por mísera que fuese su posición, no tenía más remedio que vivir "de alguna manera", y así fué creando modalidades propias, elaboradas en base a su primitivo acervo étnico traído del África o de acuerdo con las exigencias de su nueva situación. Por inspiración racial o como transitoria evasión espiritual de su desventurada esclavitud, buscó expresarse mediante el canto, la danza u otras manifestaciones de carácter popular y colectivo. Ni el siervo negro ni el colonizador blanco percibieron la repercusión profunda que el hombre de color iba adquiriendo; este influjo no se tornó evidente hasta que se hubo completado en nuestro siglo. El elemento negroide no sólo se ha dado en la música americana del *jazz* o de algún notable compositor como Héctor Villalobos, sino que ha impregnado también al creador europeo: Ravel, Milhaud, Stravinsky, Walton o Kurt Weill; y en la plástica, la escultura negra parece haber tenido cierto eco en los artistas occidentales que en nuestro tiempo buscan liberarse del arte estrechamente figurativo para alcanzar la expresión simbólica del sentir numinoso y totémico. Por motivos un tanto ex-

traños a la estética, Sartre se ha interesado en la poesía negra del ámbito lingüístico francés; y recientemente, Margaret Just Butcher ha publicado un agudo ensayo sobre *The Negro in American Culture,* basado en los materiales que dejó al morir Alain Le Roy Locke, quien dedicara su vida a explorar la ubicación del negro y de su cultura en la sociedad norteamericana. El negro, individuo no europeo, ha venido a modificar al hombre occidental instalado en América, y a través de éste ha proyectado la sombra de su color hasta el Viejo Mundo. En ningún sitio esto ha quedado tan claramente documentado como en las letras del nuevo continente: en los dos extremos de América y en las dos lenguas europeas más populosas —el español y el inglés—, durante el siglo XIX el negro (que por aquel entonces no ejercía ni por asomo como escritor) se introdujo en la literatura que componían los blancos, convertido en encarnación del destino reservado al occidental que había enraizado en tierra americana. En el *Martín Fierro* de Hernández, el negro facilita al hado la posibilidad de que el gaucho se identifique con su condición de matrero que adeuda la muerte de un semejante. En el *Huckleberry Finn* de Mark Twain, el negro es el intermediario entre el río y el adolescente que está a punto de ingresar en la responsabilidad de una experiencia madura; y cuando Huck resuelve optar, lo que hace —según podría interpretarse alegóricamente— es elegir como padre (como progenitor adoptivo del americano de estirpe europea) a Jim, un negro fugitivo de la esclavitud. En estos dos libros, los más representativos de sus respectivas comarcas, el negro es un instrumento acaso pasivo pero indudablemente eficaz del dinamismo telúrico que modifica la fisonomía moral del hombre blanco al transformarlo en vástago del suelo americano. Por lo tanto, tal como apuntara Rossi, la misión formativa del negro en estas tierras no resulta en absoluto desdeñable.

En una suerte de advertencia preliminar perentoriamente intitulada "Un momento", el mismo Rossi declara que *Cosas de negros* se originó en una serie de apuntes sobre los orígenes del tango que había escrito "en pleno triunfo mundial de esa danza", cuando nuestro bailable alcanzaba su mayor auge en las ciudades europeas. Esta misma actualidad del tema tratado le hizo desistir en la empresa de proseguir tal estudio, temeroso de que sus apreciaciones crearan más confusión que esclarecimiento, al exponer ideas que no estaban de acuerdo "con lo que al respecto se publicaba" en aquellos días. Cuando el tango dejó de ser una novedad cuya revelación sorprendía a Europa, Rossi pensó que "no siendo ya objeto de curiosidad ese baile, se ofrecía la oportunidad de que su historia interesase". Retomó, entonces, sus apuntes, los sometió "al consiguiente proceso de poda e injerto de riguroso ritual en esos casos", y dió forma definitiva a su libro. El resultado fué este ensayo —un tanto empírico y desordenado pero fresco e imaginativo— sobre la vocación "filarmónico-coreográfica" del negro rioplatense. Los dos asuntos principales —y acaso estrechamente relacionados— que trata *Cosas de negros* son la aparición del "candombe" y el encadenamiento de circunstancia que fructifica en la milonga montevideana y en el tango porteño. Naturalmente, Rossi no se resigna a empezar por la llegada del esclavo africano al Río de la Plata, y con su juguetona ironía se remonta hasta el nacimiento del hombre negro, en el origen de las razas. En el *Génesis,* nos advierte, no está registrada la creación del negro, y a su juicio ello se debe al hecho de que Dios lo hizo como previo e imperfecto

borrador del blanco, simulando haberse equivocado "para enseñar a la Humanidad que la virtud de la Experiencia debe conquistarse a base de fracasos y sinsabores". Sólo después de este primer intento, el Creador hace a Adán, "lo termina bien, lo blanquea y luego le trasmite la vida". El hombre blanco, por consiguiente, se consideró más perfecto y esclavizó a su precursor; pero con su habitual y mordaz justicia, Jehová concedió al negro la potestad del ritmo que le permitió recrearse pese a su infortunio y someter al jactancioso blanco, seducido por los encantos de la cadencia musical. Ya instalado en su infortunada condición americana de esclavo, el negro espontáneamente acude a su sentir atávico en busca de bullanguero desahogo que lo reconcilie con la desdicha; así surge el candombe, manifestación pública, periódica y callejera cuyo probable advenimiento evoca Rossi en ficción ingeniosa y vivaz. Desde la época colonial, el candombe se convierte en una institución administrada, especialmente, en ciertas festividades de gran arraigo entre la gente de color: en el Día de Reyes, consagrado al negro rey Baltasar, y en la celebración de San Benito de Palermo, "santo genuinamente negro". En los candombes, los negros, de acuerdo con su procedencia africana, se distribuían en "naciones", entre las que adquirieron notoriedad por su gentío los Angolas y los Congos. Eran los candombes ruidosas corporaciones danzantes encabezadas por las "autoridades" de la "nación" respectiva, las que vestían de "general" (con cierto desechado uniforme militar) o de "dotor" (con alguna caduca indumentaria de etiqueta); los presidía un "rey" que remedaba a los dignatarios blancos adosándose nutrida chafalonía medallera, y oficiaban como maestros de ceremonias un "ministro" y un "juez" (también llamado "escobero" por el origen del bastón con que dirigía el espectáculo). El candombe fué un acontecimiento pintoresco y llamativo que confería animación a las capitales del Plata; en el segundo tercio del siglo XIX —y aún después— alcanzó considerable esplendor; pero a medida que la población africana comenzó a menguar, esta celebración fué decayendo. Sin embargo, su extinción no fué admitida inmediatamente: se crearon comparsas carnavalescas de "negros lubolos", que eran candombes de blancos disfrazados; y los negros criollos organizaron agrupaciones que solían incluir en su repertorio una composición denominada "tango" que bailaban como número final de su programa coreográfico. La palabra "tango", como designación de una modalidad musical, tiene larga tradición rioplatense, y Rossi la supone negra y autóctona: cabalmente afroamericana. No obstante, para indagar la procedencia de lo que en nuestros días ha dado en llamarse "tango", forma típica de la lírica popular rioplatense, este autor explora el nacimiento de la milonga. El término *milonga* tiene el doble sentido de "baile" (*milonguear*) y de "batuque" (*armar milonga*). Según Rossi, como baile quizá derive de la habanera o danza antillana que al penetrar en el Plata fué asimilada por el Bajo montevideano, transformándose gracias a la imaginación del bailarín orillero, que le agregó los arabescos del "corte" y de la "quebrada". La milonga supo de los halagos de un período clásico; fué en la época de las "academias de baile", que contaron con la Academia de San Felipe como ejemplo por antonomasia. Las academias eran "salones de bailes públicos", animados por estrepitosos "musicantes, generalmente criollos y virtuosos del oído"; San Felipe, en particular, era —de acuerdo con cierta descripción de Borges— "un galpón de madera, su alumbrado a querosene, su bochinche a fuerza de armonio,

violines, arpa, flauta y flautín" Las milongas más recordadas fueron "Mate amargo", "Cara pelada", "La quebrada", "La canaria", "Kyrie eleison", "Pejerrey con papas", "Señor comisario"; La ultima "academia" que subsistió en Montevideo fué la San Felipe, desaparecida en 1899. La milonga, si hemos de atenernos a la opinión de Rossi, era viril y casi ascética: se practicaba por el baile mismo, sin que la desnaturalizara sensualidad alguna. El tango, por el contrario, fué versión para piano de la milonga y tuvo origen en el teatro porteño, cuyas compañías lo introdujeron en sus comedias; en consecuencia, el tango fué una especie de "milonga sainetera", y acabó por adquirir inclinaciones quejumbrosas, lúbricas y malevas que quedaron asentadas en su letra. Esta trayectoria, Rossi la resume así: "La milonga fué creada por la alegría, instituyendo una manera de divertirse a base de habilidad imaginativa y física; creación del negro, ofrecía en ella su idiosincracia moral y espiritual. El tango, con iguales medios, se entregó a la trata del amor como agente sensual; fué la innovación del blanco. A veces asoma entre el ropaje de brillazones de éste la fisonomía sonriente de aquélla, como flor caída en un remanso. La milonga fué varonil, por su continencia; el tango es tilingo, por su erotismo." Y ésta fué la música que alcanzó consagración definitiva a través de su triunfo en los salones europeos, en los años posteriores a 1910.

Pero el atractivo de Rossi no reside, meramente, en el interés de sus indagaciones o en la amenidad de sus anécdotas; es algo aún más hondo: consiste en la relación orgánica de este material con el estilo narrativo de su exposición. En alguna oportunidad, Borges valoró a Rossi como "nuestro mejor prosista de pelea"; con estas palabras, quizá se propuso definir el vigor de un estilo gráfico en la expresión. No es una prosa cuidada y pulcra; todo lo contrario: constantemente está viciada por barbarismos o por giros vitandos. A veces, el uso de los vocablos es poco claro, como sucede al relatar el hecho de que algunas "naciones" de negros "no se *delegaban*" (es decir: no mandaban delegaciones) en ocasión de los candombes. Pero estas mismas peculiaridades con frecuencia confieren a la prosa de Rossi un aura de espontaneidad que por momentos se resuelve en la frase de perfección rotunda: al apuntar que el salón donde se reunía la última "dinastía" africana del Río de la Plata estaba decorado con "dos sillones prehistóricos", señala que "su color negro, de moda cuando los fabricaron, *dejaba descubrir fácilmente los inquilinatos construídos en ellos por la polilla*"; y al referirse al sector montevideano en que los negros vivieron y danzaron sus candombes, dice que "allí tuvieron su rancherío y *talonearon su tradición* en los lamentables días de nuestra prehistoria". Difícil resulta aislar la cualidad que confiere a la prosa de Rossi su acierto y su indiscutible sabor rioplatense; quizá provenga de poseer la meritoria virtud de impresionarnos como si fuera oficiada de viva voz: tiene la eficacia de una prosa felizmente oral; es un habla casi pendenciera. Y de tal suerte, el libro de Rossi también llega a ofrecernos un testimonio y un estilo: es la prosa que estamos dispuestos a *oír* junto al Plata, en boca de compadres. Como estilo, sospecho que ejerció su influjo en Borges y que tuvo memorable progenie en ese inimitable ejercicio de narración oral y orillera que es "Hombre de la esquina rosada". Cabe agregar que ignoramos la validez que puedan tener los argumentos de Rossi acerca de los orígenes del tango; hay instantes en que prevemos su falacia; pero eso tampoco importa: tal vez los comienzos del tango

no puedan historiarse más que de una manera hipotética, casi mítica. Se me ocurre, al respecto, que *Cosas de negros* es un libro típico. En toda cronología, los tiempos históricos son precedidos por una vaga y neblinosa época heroica cuyo incierto acaecer sólo se presta a la ficticia relación de la epopeya, robustecida en su significado por la distorsión legendaria e imaginativa del pasado. Así sucede con Homero y con *Beowulf;* también con los cronistas chinos. Algo semejante acontece con *Cosas de negros*: desconocemos su exactitud, nos seduce su leyenda; tiene algo de la irrealidad colmada de sentido que percibimos en los candombes y "bailongos" que pintó Figari. Esto es lo que le confiere, pese a su humilde condición, el derecho de ingresar en un florilegio de clásicos argentinos, junto a escritores como Lucio V. Mansilla. La edición y el prólogo de Horacio Jorge Becco son irreprochables; en cuanto a sus notas, prefiguran una auténtica —y utilísima— bibliografía sobre el tema (que antes fué carne) del negro en el área rioplatense y, por extensión, en el ámbito americano.

JAIME REST

NOVELA

ENRIQUE AMORIM: *La desembocadura* (Losada, Buenos Aires, 1958).

La desembocadura es un libro breve —demasiado breve, quizá— para una historia larga: la de una familia que puebla los campos uruguayos, de límites imprecisos, en tiempos de indios y carretas, y se propaga por diversas ramas ilegítimas hasta llegar a la época actual. La tumba del bisabuelo, fundador de la dinastía, apenas un montículo de tierra en el lugar donde el arroyo Arapey desemboca en el Río Uruguay, es el pretexto para que su descendiente contemporáneo relate aquella vida recia, sus luchas y sus amores, y siga el rastro de la sangre a través de cuatro generaciones durante cuya sucesión se transforma el país.

El bisabuelo llegó en carreta a las tierras de "El Moreno", personaje casi legendario que había muerto herido por el rayo, montado en su caballo albino; la única población era de tolderías y ranchos de totora. Le siguen luego los muebles y la mujer, acompañada por una prima y las negras que iban a servirlos. El hogar empieza.

El bisabuelo, patriarca de la zona, trabaja, manda y engendra hijos, no siempre en su mujer; sus rasgos se perpetúan también en niños que llevan sangre indígena[1]. Una gran poesía se desprende de este relato sencillo, nada espectacular y ajeno

[1] Debo hacer aquí una objeción de índole científica. Los ojos azules del fundador de la familia no pudieron transmitirse de generación en generación y menos cruzándose con razas nativas, porque la genética ha establecido que el azul es un carácter recesivo y no dominante en los ojos humanos, y por lo tanto sólo puede presentarse en el hijo cuando padre y madre tienen en sus cromosomas los genes que llevan ese color.

a la épica, hecho de pequeños triunfos sobre la naturaleza hostil y de placeres primitivos. El ganado bravío se domestica, las casas se levantan, los chicos juegan junto a las pilas de cuero, el cerco de piedras pone un contorno a las tierras indefinidas. Después, la hija se casa, los hijos se ven envueltos en las guerras civiles y se dedican al comercio y alguno hasta al contrabando. Los fortines se convierten en estancias, el nieto estudia medicina en Europa y la nieta se atreve a recibirse de maestra, mientras los tractores invaden los campos amansados. El último descendiente, el bisnieto que contempla la tumba abandonada, es un poeta.

Enrique Amorim también lo es, tal vez sin proponérselo; hay páginas hermosísimas, aquella por ejemplo en que se describe al hombre bebiendo junto al caballo en época de sequía, a un tiempo y del mismo manantial. Si observé al comenzar que el libro me pareció demasiado breve, no fué una crítica a su rápido desarrollo sino la queja del lector que hubiese querido prolongar la felicidad —tan poco sudamericana— de un estilo excelente, fácil, claro, en el que todo está dicho con sencillez y todo, sin embargo, parece nuevo.

A. J.

JOSÉ DONOSO: *Coronación* (Nascimento, Chile, 1957).

Aparece en Buenos Aires José Donoso, joven escritor chileno, con su novela *Coronación* y aunque ésta no es en absoluto una novela autobiográfica la avalora enormemente su correspondencia profunda con el esquema biográfico de su autor. Porque no es una correspondencia de hechos o situaciones lo que se encuentra en ella, sino una justeza de acento, un conocimiento tan real que delata en todo momento no haber sido copiado desde fuera.

La cubierta del libro, en su revés, nos informa de que José Donoso procede de una familia culta y se educa en una escuela inglesa, pero poco después de terminar el bachillerato se va a Magallanes a trabajar de ovejero y luego viene a Buenos Aires y se gana la vida como apuntador en el Puerto. El salto es fenomenal. Un hombre que en su primera juventud pasa de un extremo a otro tan distante es evidente que se salta todo lo de en medio, y, por supuesto, repite la suerte: unos años después obtiene una beca de la Doherty Fundation para estudiar literatura inglesa en Princenton y al cabo de dos años regresa por tierra, en un viaje de siete meses, cruzando México y Centroamérica. ¿A pie? Tal vez; los trenes van siempre llenos de esas gentes *medias* que José Donoso ignora.

En la novela *Coronación* es bien consciente su propósito de perennizar la humanidad chilena dividida en las dos islas sociales más distanciadas o tal vez sea mejor decir más extremadas, porque lo cierto es que esas dos islas se tocan, el comercio entre ellas es directo, lo que prueba que en medio no hay nada. José Donoso afirma que no lo hay y en su libro lo demuestra, tanto cuando lo omite como cuando lo evidencia dejando pasar por un segundo o tercer plano la sombra de esa nada. Pues en realidad algo existe, pero ese algo es nada.

Asistimos al final de una familia honorable, de alta posición social. La abuela se extingue, aunque reacia a extinguirse, arrastrando una locura senil hasta los

noventa años, y el nieto, único descendiente, solterón, vegeta junto a ella en una irrealidad muy semejante a la insanía. Dos viejas sirvientas acompañan a estos personajes como el coro, supeditadas enteramente a comentar la vida de ellos. Pero en este cuadro, que representa la situación primera de la novela, aparece pronto una muchacha joven, campesina. La trae del campo una de las sirvientas; es sobrina suya y además *regalada* en su lecho de muerte por la misma madre de la muchacha. Viene para quedar al cuidado de la anciana, que ha agotado ya la paciencia de numerosas cuidadoras.

Llegan a Santiago tía y sobrina, cargadas de paquetes y de ramos de flores. El dueño de la casa observa a la muchacha; "era fuerte y bien formda, con un curioso color cobrizo opaco y cálido esparcido sin matices sobre los labios gruesos, sobre los pómulos levemente alzados, sobre los párpados gachos que ocultaban ranuras húmedas y oblicuas bajo el espesor de las pestañas, sobre las manos toscas. Don Andrés observó que sólo el dorso de la mano era cobrizo como el resto de la piel —la palma era unos tonos más clara, un poco rosada, como... como si estuviese más desnuda que el resto de la piel de la muchacha". Esta observación produce en él un escalofrío de desagrado, pero la presencia de la chica en la casa lleva continuamente su mirada a comprobar el detalle entrevisto, y el desagrado va transformándose en atracción obsesionante.

Puede decirse que la relación entre estos dos personajes es el argumento de la novela porque es la historia que en ella vemos empezar y acabar: el encuentro ocurre en las primeras veinte páginas y el desenlace de la aventura en las últimas. Claro que en el libro hay mucho más, muchos más personajes y muchas más historias afluentes, pero salta a la vista algo muy importante respecto a esta pareja —que nunca llega a serlo—, muy importante y muy ejemplar.

Estos dos tipos de hombre y mujer son la condensación de un hecho secular que aparece aquí como intocado, es decir que, situado en nuestro siglo, se repite fatal y espontaneo igual que en los tiempos de la Conquista: el estupor del hombre blanco ante la desnudez de la hembra indígena.

Cuando un libro sugiere fuertemente algo que no dice conviene buscar todos los posibles indicios de tal sugestión, y de ésta que acabo de señalar se encuentran otros fácilmente. En un momento en que el delirio de la anciana misiá Elisita repasa evocaciones de su familia y de su propia juventud, empieza ensalzando la virtud de su madre, que era noble y tenía derecho a llevar corona, y luego la suya que ya tocaba en la santidad: nunca, en todos sus años de casada había permitido que su marido le mirase el cuerpo; "Nunca, nunca", repite con una convicción que va a durar tanto como su vida. Y así la historia que no empieza en el libro, la que viene a través de los siglos, va desenvolviendo su inmensidad por medio de pequeños detalles. La observación de las manos de Estela es el signo delator. en el "rosa mullido y sin duda tibio de la palma desnuda, inconvenientemente desnuda, Andrés se vió acechado por algo instintivo, algo casi salvaje, inadmisible en su mundo donde todo era civilización, en ese cuarto donde lo único que lucía sin recato era la proximidad de la muerte". Pero la desnudez de esas manos no es la mera desnudez material: en un hombre de nuestro siglo, que desde un principio ha comentado desenfadadamente sus triviales aventuras, sería poco probable una turbación tan grande ante la desnudez. Cuando Andrés Ábalos cobra verdadera

conciencia de su irresistible deseo de Estela se dice: "¿Deseaba a Estela? Nada más fácil que obtenerla: era inocente, sola y pobre." Esa inocencia, en soledad y sin armas es tan tentadora y tan reposante; es un paraíso de sorpresa —descubrimiento, nuevo mundo— que activa al nieto de conquistadores. En un momento se siente vibrar con el mismo furor de sus tatarabuelos, pero él no es capaz de apoderarse de la muchacha y suscitar en ella un pueblo.

El hecho, repetido mil veces y siempre virgen, se sedimenta en estos seres como un fondo colosal de historia, y lo curioso es que toda esa historia que llevan dentro no les ha llevado a ellos a ningún sitio, no ha hecho más que darles una densidad que es como una rémora: es un peso que no les da gravedad sino pesadumbre.

Los otros tipos que rodean a Andrés Ábalos y Estela, formando sus dos mundos, son ya más vulnerables a la acción del tiempo y en ellos se ve vagamente la influencia de lo que queda *en medio*. Toda la sociedad a que pertenece Andrés Ábalos se va disolviendo en las costumbres modernas, que se le infiltran a pesar suyo. Los jóvenes las viven, imaginando que ellos las crean, los viejos las toleran sin comprenderlas. El mundo de Estela vive fascinado por los pequeños placeres y los lujos accesibles de la vida ciudadana, en una especie de pasión que brota como flor de la necesidad. Porque no es sólo la urgencia de la necesidad pura y simple sino una ansiedad que sublimiza el deseo, como el amor.

¿Será ese personaje innominado, amorfo, acéfalo, el verdadero protagonista del libro? Si lo admitiésemos, no por eso dejaríamos de afirmar que el tal personaje es una sombra, una nada... pero una nada que actúa.

En la sconversaciones de las sobrinas, el día del cumpleaños de misiá Elisita, en las confidencias de Andrés Ábalos con su amigo el médico, en el ambiente familiar de éste y también en el del anticuario la vieja sociedad va aflojando sus principios insensiblemente, sin drama; experimentando una liberación que no la estimula ni la vivifica; al contrario, sólo la lleva a morir cómodamente.

Hay un momento de horror no exento de poesía: Andrés Ábalos va por la calle y una chica que está jugando en la acera le llama "cuatrojos". Pasa, la chica sigue jugando y le olvida en el acto, como si nunca hubiera existido; él siente que aquello pudo haber ocurrido en cualquier otro lugar del mundo, en la ciudad más insospechable, en Omsk. Crea en un momento esa ciudad, que es como una concreción de lo anónimo. Lo anónimo, la nada de *en medio* que va devorándole le envuelve en un terror que no es detestable, que no carece de encanto. Y ese nombre, Omsk, queda en sus conversaciones con Carlos Gros, el médico, como una clave para designar cosas "dotadas de una peculiar tristeza, de una peculiar hermosura". Un domingo pasean los dos junto al río, frente al Parque Forestal. "Sentado junto a un árbol, en el cauce vacío de una acequia, un mendigo anciano remendaba una camisa increíblemente parchada. Su barba gris era sucia y su torso desnudo, magro y oscuro como el cuero. En torno a él unos cuantos tarros y paquetes contenían su comida y sin duda todas sus pertenencias.

"—Mira —dijo Carlos al pasar junto a él—. Omsk."

La belleza de ese naufragio, de esa disolución es Omsk. Pero a Andrés Ábalos también le atrae el gran naufragio, el riesgo que se sabe incapaz de afrontar. En el Club de la Unión pasa junto a los que se abisman en los naipes con desprecio, soporta las conversaciones pasatistas, llenas de añoranza. "¿Te acuerdas? ¿Te acuer-

das? ¡Claro, cómo no! ¡No como ahora... no como ahora... no como ahora!" y los deja pronto, asqueado. Sólo cuando oye hablar de un cierto Matías que ha perdido toda su fortuna en un negocio fraudulento, dejando su nombre por el suelo y a su familia en la calle, sólo en ese momento, sin asentir en absoluto los valores que pudieron precipitar a un hombre en esa forma, experimenta algo de envidia. "¡Ese Matías que había sido capaz de arriesgarlo todo por algo de tan poca importancia como el dinero era, sin duda, un héroe! ¿Por qué él, Andrés Ábalos, no fué dueño de ese amor al dinero que impulsaba a estos hombres a arriesgarse a vivir? ¡Hubiera sido tan fácil! ¡Y tan erróneo! Andrés vió belleza en ese error, "al compararlo con el suyo".

Estela y sus congéneres no conciben que en eso haya error porque en ellos la necesidad y el deseo son reales: podríamos decir: son superabundantes. Ellos están seguros de que tienen eso, *la falta,* en grado extremo y de que, aunque cuentan con tan poderoso motor, cualquiera de esas hazañas para ellos ¡habría sido tan difícil! El error, a sus ojos, es creer que el dinero es "algo de tan poca importancia". Para ellos el dinero significa el acceso a —no resulte escándalo— lo más noble de la vida, a la belleza. Si el canon de belleza que ofrece la vida actual —belleza de vida, se entiende— a las personas cultas nos parece innoble, ¿quién tiene la culpa?... Ellos van detrás y no ven más que el brillo. Su deseo de ese brillo es su parte noble, tanto si va hacia una belleza de orden superior, como si va hacia un reloj de oro falso.

Estela tiene pronto un amante; es un muchacho que despacha en el almacén, "ese cabro alto que tiene reloj pulsera de oro". Así le define un amigo. Mario es esbelto y fuerte, muy joven, vive en una miseria difícilmente superable y sin embargo conoce la gloria de ser famoso en el barrio, por su garbo, por su personalidad.

Los amores de Estela y Mario son verdaderamente amor. Andrés Ábalos les sorprende una noche hablando bajo un farol, entre la niebla, y lee toda la historia en su simple actitud. "Aquello no era fortuito ni impuro, no cabía duda de que lo que tenía ante sus ojos era amor de veras, joven y pleno... eran enamorado y enamorada, solos, en el frío de la noche y de la niebla." Sin embargo, esta pureza acaba enturbiándose, pero por causas externas: por miedo. Mario tiene miedo de la cárcel. Vive con su hermano —medio hermano— René, mayor de unos cuantos años, que bordea continuamente el delito. Tiene una mujer y un montón de chicos que representan para él la verdadera prisión: por huir de ésta René afronta la otra. Y Mario, cuando Estela le anuncia un hijo, se arroja en las aventuras de su hermano, como camino hacia la libertad.

No es necesario precisar más la trama de la novela: señalaré sólo los valores que creo encontrar en ella y que, en mi opinión, la ponen muy por encima de lo común entre la literatura joven actual.

Uno es el que ya indiqué al comienzo: conocimiento profundo de los dos ambientes descritos, tan profundo como sólo puede darlo la convivencia. El de la casa de los Ábalos es, por supuesto, un trasunto del ambiente familiar del autor, pero el de las dos piezas que ocupa René con su desvencijada mujer, sus chicos y Mario, el del club El Cóndor, el del bosquecillo de hinojos y cicutas en torno a la cancha de fútbol, donde pasta un burro atado a una estaca y los cabros hacen

el amor, el clima de todo esto se desenvuelve, sin descripción, con una minuciosidad tan justa como sólo puede obtenerla quien se ha acercado a ese mundo sin pensar que es escritor, simplemente arriesgándose a vivirlo.

El segundo detalle, para mí el más valioso, consiste en que estos personajes que ocupan el último escalón de la sociedad y que desde un principio vemos que, por el encadenamiento de los hechos, derivarán hacia el delito no son seres previamente relajados: todo lo contrario; a lo largo del libro vemos su caída, les vemos perderse porque evidentemente tenían algo que perder.

Mario y Estela tienen la pureza de su amor, además saben leer y poseen un abecé de preceptos morales: *no quieren* ser ladrones. Estela soporta los improperios de misiá Elisita cuando se refieren a su conducta íntima, pero pierde la serenidad cuando se oye llamar ladrona. Mario la emprende a golpes con los que dicen que su hermano es ladrón. Y claro está que los dos acaban siéndolo, pero ¡es tan verdad que no querían!

Hay en ellos una violenta pugna de tendencias; hay una base estable a gran profundidad, sumergida allá en los orígenes y hay un impulso incierto hacia una realidad que no alcanzan, estando al mismo tiempo seguros de que es alcanzable. Se estrellan contra el espejo que intentan traspasar. Creen que dar un golpe es algo leve, rápido, mágico y reciben el golpe de la dureza impenetrable. Resultado: piedad, simpatía en el más alto sentido de la palabra.

Este libro ha tenido en Santiago excelente crítica y su autor, al dármelo, me confió que algo le habían censurado: el final, un poco esperpenticio. Y precisamente da título a la novela ese episodio final en que las dos sirvientas ponen en la cabeza de la anciana una coronita de flores de plata el día de su santo. Las dos sirvientas bebieron demasiado ponche porque los invitados no acudieron y la viejecita muere con su corona puesta.

José Donoso, que había puesto todo su esmero en esa escena, me preguntó: "¿Es realmente un error?" y tuve que contestarle: "Sí, es un error. No era necesario adornar la realidad cruda de este libro con florecitas de plata."

ROSA CHACEL

MANUEL ROJAS: *Mejor que el vino* (Zig-zag, Chile, 1958).

"¿Cómo entra el hombre en el día y cómo el día en el hombre? Éste no despierta de repente ni aquél surge de improviso. Hay, entre el día que retorna y el hombre que se reincorpora, una aproximación lenta y completa. ¿Cómo se verifica? Es lo que Aniceto, despierto o dormido, en este preciso momento, no sabe..."

Este párrafo de la primera página de *Mejor que el vino* nos deriva hacia un interrogante similar: ¿Cómo entra el lector en el libro y cómo llega el libro hasta él?

En el caso particular de esta novela quizás se deba a la magia con la que Chile "suelta, como al garete, perdida detrás de centenares de kilómetros cuadrados de hielos continentales, estepas, islas, golfos, selvas, archipiélagos, cabos, senos, canales, penínsulas, glaciares, ríos y mares", aparece en la novela, tierra tan bella y tan

distante, tan desconocida y tan vecina, tan accesible y tan huraña. Chile, la sola franja de cuyo mapa parece que va a dejar arena en nuestro índice si señalamos sus costas; a humedecernos el pelo si rozamos su mar; a despeinarnos, si trazamos el contorno levemente azul de sus montañas.

Quizás también se deba a que está presente la Argentina, pues Aniceto Hevia, su protagonista, nació en Buenos Aires. No ha hecho el servicio militar en la Argentina porque estaba en Chile en ese tiempo; al cruzar la frontera pueden considerarlo desertor...

Así comienzan las desventuras del tímido e introvertido Aniceto Hevia, extraño personaje en su inconcebible actitud de quien "antes de hacer algo que tenga relación con una persona piensa en la reacción que lo que puede hacer producirá en es persona, en el perjuicio que pueda ocasionarle o en la oportunidad o inoportunidad de ello".

Ese Aniceto Hevia que, como su creador Manuel Rojas, pareciera ser argentino por nacimiento y por nostalgia, chileno por vocación y por amor; y que ni en su tierra amada abandona el recuerdo de barrios como Caballito, Liniers, Barracas, la Boca, o Boedo, cuyas calles tan a menudo citadas parecieran empeñarse en guardar, aun hoy, con su anacrónica juventud, una sorprendente fidelidad hacia aquel que las amó.

La anécdota de *Mejor que el vino* la constituye la historia de la gente miserable. Aparecen allí los viejos amigos de Aniceto, y esos matrimonios cuya penosa convivencia destruye la belleza nativa de la unión, y los hogares que se deshacen de repente ("le ocurre mucho a los pobres"). De todas esas figuras —muchas comunes a *Hijo de ladrón* y a *Mejor que el vino*— ninguna tan importante como la de *la madre,* acendradamente viva, en la primera; nostálgicamente desaparecida en la segunda.

También los personajes femeninos son un acierto. Ellos se deslizan en los prostíbulos y en los cafés, en los hogares y en las plazas, en los camarines y en las viviendas, con la misma raigambre o con la misma inoperancia que en la vida. Aparecen la carne y las sonrisas, las cabelleras y los ojos, las increpaciones y los adioses, los abrazos y la ternura ("esa preciosa flor humana y animal", la define Rojas en *Hijo de Ladrón*) que parece una sola vez en cada vida inundar el mundo.

Los tipos humanos de Manuel Rojas tienen acentuado denominador común en *Hijo de Ladrón.* En *Mejor que el vino* parece haber algo prominentemente individual en ellos que los diferencia más sutilmente. Es, no hay duda, esta segunda parte de la trilogía, de mayor introspección que la primera. Mas en una y en otra hay algo que podría definirse como un poderoso instinto de conservación que parece fluir de todo Rojas, algo medular, como una espina dorsal que lo sostiene y lo proyecta.

Con ser a menudo tan sombríos, sus héroes se presentan rodeados de una corona de luz, porque parecen estar más próximos que los seres seguros y felices de la parte de verdad que mueve al mundo. Hay, en esos frecuents claroscuros, un veraz contrapunto de afirmaciones y negaciones, de posibilidades con las que se cuenta y que se saben muy remotas, de negaciones que podrían hacerse positivas en cualquier momento. Y todo ello a través de descripciones hechas con amor, con vida, con la suficiente dosis de sublimación que exige la obra literaria, pero no más.

Los libros de Rojas, en los que tan graciosos quedan los chilenismos ("tactó" el suelo; quizás "si" pelear; "hacerle un cariño"), son documentos cuyas letras asemejan sensibles rostros, con idénticas huellas de piedad y tristeza, que remueven todo el ser, desde la pelusa de la piel hasta la sangre. Su talento literario, tan aguzado sin duda en los "muchos días de soledad y de cansancio, sin lágrimas, con los zapatos rotos, por las calles de Santiago o de Buenos Aires...", nos deja advertir los casi invisibles parpadeos; los tamices de luz que iluminan o empalidecen los cuerpos; el aliento que, empañando, significa vida; los silencios que destruyen o enmarcan; las voces que acarician o duelen; los latidos que desde el propio corazón parecen invadir el cuarto.

La vibración sutil de la soledad que se percibe circunda al protagonista y al lector; también al autor, tan experto en describir desamparos australes —*La ciudad de los césares*—, visible también en *Lanchas en la bahía,* pieza maestra en la dificultad del género de la novela corta.

Cuesta imaginar a Rojas escribiendo sus novelas con auxilios mecánicos; no otra cosa hace pensar su identidad entre el camino recorrido por su inteligencia y la vibración cierta del mundo que plasma en el papel. Alternativamente toman la palabra el protagonista y el autor, pero ambos están presentes de manera simultánea, ya que al lector llegan como una identidad. Cuando Aniceto Hevia deja la palabra, Manuel Rojas la toma, pero se hace difícil señalar el justo límite que los separa, pues ambas voces parecen tener idéntico diapasón.

Indudablemente, su técnica no es la habitual, la considerada clásica para el género de novela; *reserva* para ciertos espíritus estrechamente consubstanciados con los moldes, méritos para aquellos otros que reniegan de los esquemas, de las verdades absolutas en cuanto a técnica novelística por lo menos. Rojas ha encontrado la suya, la que conviene a esta novela cuyo título está inspirado en *El cantar de los cantares.*

Se le ha encontrado semejanza con Tolstoi, con Dostoievsky, con Gorki; hay, en efecto, una relación que trasciende los personajes y el ambiente hasta llegar al espíritu de pureza común a todos los seres doloridos y simples, en una estatura que parece engrandecerlos hasta alcanzar la del propio Rojas.

Aniceto Hevia, protagonista de *Hijo de Ladrón* y de *Mejor que el vino,* es un héroe de quien no pensamos despedirnos. Lo reencontraremos luego que él viva otras aventuras, atraviese otros territorios espirituales en el corazón de Manuel Rojas, mientras nosotros lo aguardamos leyendo otros libros.

CELIA ZARAGOZA

GASTÓN GORI: *La muerte de Antonini* (doble p, Buenos Aires, 1957).

"Haré el examen general de tu vida ,aquí mismo, frente a tu cadáver." Con estas palabras, las primeras de esta breve novela, el hermanastro del viejo Antonini empieza, frente al ataúd en que éste yace, un monólogo interior que cesa con el anatema dirigido al difunto en la última página del libro: "Lo que de ti quede en el recuerdo creará imágenes cuyas formas serán las monstruosas de una pesadilla."

Tal vez el propósito de Gastón Gori fué el de crear una atmósfera onírica a expensas del despreciable Antonini y del inflexible testigo, evocador de la trayectoria vital de su hermanastro. De ser así, la finalidad sólo estaría lograda a medias. La tensión imaginativa, lindante con lo fantástico, que ha de presidir una empresa semejante, se ve frecuentemente relajada por concesiones del autor al imperio de una realidad de carácter documental. La excesiva fidelidad a elementos e otro orden real encadena los vuelos de la ficción. El documento atenta contra la fábula. Si, al revés, el autor pretendió lograr un relato de corte realista, imagen fiel, aproximada o sublimada de una historia verídica, directamente conocida por el novelista —como parece evidenciarse a veces— o trasmitida por él de segunda mano, hemos de pensar que ese propósito está cumplido también a medias. El tono empleado por el personaje que narra, ciertas atmósferas surgidas de ese tono y el encarnizamiento condenatorio con que se reiteran las desdichadas cualidades de Antonini arrastran a menudo la historia al dominio de lo caricatural. La incipiente fabulación conspira en este caso contra el documento. En suma, creo que coexisten en *La muerte de Antonini* dos órdenes de la realidad de cuya imperfecta fusión se resiente la totalidad de la obra. De cualquier manera, prefiero creer que Gori aspiró a la creación de una realidad literariamente válida así como al logro de un arquetipo personificado por la casi increíble mezquindad de Antonini. Tal vez lo desvió de esa aspiración cierta timidez advertible en algunos procedimientos: "Aquí mismo, frente a tu cadáver", dice el evocador, lo que trasluce el temor del novelista de que el lector no se sitúe inmediatamente. Más propio de la novela —creo— hubiera sido dejar hablar al personaje, sin interferencias del autor, para permitir que aquél, con oportunas alusiones, fuera lentamente creando los detalles del ambiente y la oportunidad. El mismo error se acentúa en la pág. 11, en que se lee: "Te quiero sacar de adentro de mí; quiero sacarme todo lo que sé de ti, y no me tiembla el pensamiento, como no me temblará la mano *cuando me aleje de aquí y escriba lo que en este momento, iluminado por las bujías de la capilla ardiente, reconstruyo con mis recuerdos . . .*" La última frase (que he subrayado) denota también la preocupación del novelista por tornar verosímil su artificio literario. No era indispensable, creo, hacerle declarar al personaje que iba luego a escribir la historia. (¿Se tratará acaso de una referencia autobiográfica?). La simple relación del secreto pensar del personaje junto al ataúd no le hubiera restado *realidad* a la ficción. Todo escrito literario tiene un pecado original: el artificio, más o menos disimulado, más o menos purificado por el trabajo y la inspiración. Pero la *realidad* de la obra literaria exige, por lo menos, una fe: la del escritor. Cuando éste empieza a tener demasiado en cuenta la mirada suspicaz de presuntos lectores puede caer en ingenuidades más lamentables que la fecunda y consentida ingenuidad de someterse a las limitaciones fatales de la ficción. La novela ha de constituir un orbe cerrado en sí mismo, sobre todo cerrado a las intenciones del novelista, decía con razón Ortega y Gasset.

Hechas esas salvedades, diré que Gastón Gori es un narrador que sabe mantener el interés del lector, y que tal vez está dotado para crear interesantes arquetipos literarios. Algunas palabras del hermanastro de Antonini tienen implacable fuerza: "No me derrota tu sonrisa póstuma, de ella tomo mi fuerza para seguir."

Sea la que fuere la parte de verdad de estas opiniones, me complacería que el autor de *La muerte de Antonini* también pudiera extraer de ellas fuerza para seguir.

JORGE A. PAITA

POESIA

ANDRÉS FIDALGO: *La copla* (Tarja, Jujuy, 1958).

"Tarja", el meritorio grupo intelectual norteño —que publica también la revista del mismo nombre—, incluye ahora este libro en su colección. He dicho que se trata de un núcleo meritorio, y pienso que habría sido innecesario señalarlo, e innecesario aclarar esa afirmación, si no fuéramos los argentinos de esta zona tan insensibles o remolones en nuestra curiosidad por lo que se refiere a las manifetsaciones espirituales de otros lugares del país. Perdón si cometo alguna injusticia. Tal vez sólo hable por mí, porque confieso que hasta hace muy poco ignoraba yo el mérito que ahora proclamo, y tal vez —pienso— me hubiera demorado mucha más en esa ignorancia de no haber mediado mi encuentro con Jorge Calvetti, integrante y fundador del grupo nombrado. Sólo, pues, para quienes estén en el riesgo en que yo me encontraba, diré que "Tarja" es una empresa ambiciosa que se lleva a cabo con el entusiasmo y la casi absoluta falta de recursos que caracterizan en nuestro medio a empeños semejantes. Por lo que sé de la revista, puedo afirmar que la mueve un doble propósito: estar abierta a las manifestaciones de la literatura universal; expresar el espíritu —sin falsos folklorismos— de un ámbito tan peculiar y rico como es el norte de nuestro país. Sería deseable que todas las regiones de nuestro territorio que aún no lo han hecho despertaran a propósitos análogos a los de estos hombres de Jujuy.

La primera sección del libro de Fidalgo ilustra al lector con consideraciones teóricas e históricas acerca de la copla. Además de contener interesantes reflexiones y datos aportados por el ensayista, se le añade el valor de brindar un acopio de opiniones de otros autores que han considerado el tema. Esa labor se completa con la bibliografía inserta al fin del volumen.

Afirma Fidalgo que, en Jujuy, la copla es "la única forma poética empleada por los más amplios sectores, sean de procedencia argentina o boliviana". Casi seguidamente, enuncia las dos finalidades de su libro: "precisar las características de la copla; indagar sus orígenes y evolución", es la primera; "mantener viva esta forma poética de raíces auténticamente populares", la otra. Se cierra esa primera parte con estas exhortativas palabras: "Es posible continuar trabajando en esta línea (la copla), con elementos de técnica moderna. Esa es una de las rutas que sugerimos a los poetas jóvenes..."

Poeta joven y buen coplero, Fidalgo no se hace repetir la propia invitación. En la segunda parte nos regala un repertorio de composiciones que conjugan motivos descriptivos, soicales, filosóficos y satíricos. Diferentes cuerdas de lo poético pulsan esas cuartetas. Su nota más brillante es el ágil ingenio; su mayor gracia, la síntesis.

Copio algunos ejemplos: *Los claveles de Tilcara/ yo les diré cómo son:/ parejitos de perfume,/ desparejos de color;/ Por desayuno, agua fría;/ para almorzar, unos mates./ De merienda, silbiditos;/ para cenar, algo de hambre;/ Lo mejor del carnaval,/ es lo de antes y después./ En lo del medio me macho/ y nunca lo alcanzo a ver;/ La jujeña no es mujer:/ es un puñado de tierra/ mezclado con minerales,/ caña de azúcar y estrellas;/ Yo vi una vez a una carpa/ entrar el gobernador... / Fué el mismo año en que mi burro/ se recibió de doctor;/ Contrabandistas fugaces/ por la quebrada deslizan/ contrabandos de paisajes/ para vender en Bolivia;/ Yo quiero morir de noche/ para creer que estoy dormido./ Cuando haya que levantarse,/ darme cuenta que me he ido.*

Es grato enterarse de que los poetas del norte escriben versos que luego son cantados por la gente, y que muchas veces recogen elementos de ese cantar para entretejer nuevas coplas (Fidalgo aclara que muchas de sus coplas son reelaboración de motivos tradicionales). Ello revela la existencia de una vida espiritual que nos es bastante ajena a los hombres de Buenos Aires; sobre todo, manifiesta la lozanía de un arte popular. Lamentablemente, en la tierra del Plata los poetas populares están en franca decadencia, y los cultos —si se acepta esa distinción— no se sienten demasiado tentados por la décima (de la que Fidalgo recuerda no ser propia del norte sino de la llanura) ni, ya al margen de las categorías formales, por el tango o por la milonga (a la que Borges vaticinaba perduración).

Tal vez para prosperar, un arte culto necesite del sustento de la buena creación popular. Acaso un gran arte desdeñoso de esa raíz sea similar a un corazón que pretendiera funcionar sin pulmones.

J. A. P.

HUGO ACEVEDO: *Canto al Norte* (Americalee, Buenos Aires, 1958).

Hugo Acevedo intenta resolver poéticamente una experiencia —que conjeturamos vital— recibida de las tierras del norte basándose en la pura imagen. Inclusive cuando aborda el concepto, éste se diluye en metáforas que a veces lo hacen impreciso o lo dejan sin conclusión. *Porque la única victoria del hombre en esas tierras/ fué sobre el tigre que ensanchó el silencio./ No ya el misterio: la soledad la infiere./ Y las hachas del sol talan la resistencia del espacio.* Exuberante, desbordada y de largo aliento es la expresión de este poeta y sin duda lo es el escenario de su temática y la proyección en su espíritu. En ese sentido, tiene el mérito de hacerlo evidente al lector comunicándole el clima de hombres, cosas y aconteceres naturales. Esta caudalosa poesía podrá resultar un tanto fatigosa —las imágenes se precipitan unas sobre otras como si el poeta hubiera perdido de pronto la dirección y el sentido iniciales de su propósito—; podrá parecer resentida por una adjetivación excesiva y a veces gratuita; pero incluye aquí y allá versos de una belleza que podríamos calificar de enérgica y que compensan la deslumbrante monotonía. Permítasenos designar así, un poco paradójicamente, la característica esencial de este libro. Destacamos la interesante experiencia formal que constituye un poema denominado "El Cristo solo en San Carlos", un intento de expresividad objetiva que, a

nuestro juicio, pudo ser logrado con mayor eficacia con el despojo de sus elementos meramente literarios. No obstante ello, este poema nos hace vislumbrar un posible punto de partida de una poesía nueva en nuestro país —nueva principalmente en su aspecto formal— y de tan insospechables derivaciones que no vacilamos en adjudicar a Hugo Acevedo la virtud de un auténtico creador.

JOAQUÍN O. GIANNUZZI

MIGUEL GALLARDO: *Alaradas* (Ediciones del Hombre Nuevo, Buenos Aires, 1958).

El impacto de una imaginación intensa es la primera impresión que se recibe al enfrentar esta poesía: "Con el chillido de un astro,/ girando alto,/ entra mi canto/ al aire." [1] A veces la tensión imaginativa asciende a la exaltación y el grito, como en el poema que empieza: "En lo alto están sonando unas campanas enormes/ y no sé qué dicen." Sin embargo, inmediatamente hay una transición, el tono decae y la expresión surge al nivel de esta amarga, sarcástica o desesperanzada paráfrasis: "Puedo escribir los versos más estúpidos esta noche."

Así, sucesión de exaltación y caída, de religiosidad y desesperanza, de euforia poética y resbalón prosaico transcurre el fluir de los versos de Miguel Gallardo, vivo y original aunque accidentado.

La poesía de Gallardo es sincera, y ello se vería aunque no estuviera expresamente declarado: "Como una manga/ me di vuelta,/ para mostrar el hilván/ de la tela." Este autor parece estar más allá de muchas vanidades (incluida la literaria). Tal vez por eso se confiesa en sus versos con amarga sencillez. Un fracaso, una quiebra o una caída (tal vez irreparable para la imaginación poética) aflora aquí o allá: "En la hora alta de mi vida,/ he perdido./ Y hoy veo acercarse los cuervos,/ que son casi siempre la muerte del muerto." "Muchas veces vivimos sin objeto/ como una estampilla en el bolsillo/ de un muerto." "La lluvia que cae aplasta/ mis fracasos contra el suelo./ [...] Y estoy solo,/ tranqueando despacio,/ abrazado al paraguas." El tema de la soledad es casi incesante en estas páginas. Si no intuyera que lo lírico trasciende lo meramente individual vacilaría en señalar lo que me parece ser la clave de esa soledad que se desdobla a veces en amargura y sentimiento de fracaso. Creo advertirla en los dos últimos versos de esta estrofa que se lee en la página 17: "Hoy como ayer, como siempre,/ estoy solo mirando de frente/ la vida que se abre en mil ramas/ y mi alma que todo lo quiere." La vida que se abre en mil ramas y mi alma que todo lo quiere. Tal vez se trate de la soledad, la tristeza y el desengaño de quien pretendió andar todos los caminos; de quien no se resignó a asumir la limitación fatal de su condición humana. Enfermedad de poeta, creo. Es lo que Ortega y Gasset reprochaba a Goethe, con impecable justicia filosófica, pero con desconocimiento —estimo— de la más intransferible condición del poeta. Suele confundirse con irresolución o veleidad lo

[1] "El chillido de un astro girando alto", ¿no recuerda ciertos alucinantes cuadros de Van Gogh?

que es muchas veces afán de multiplicar el propio ser o pretensión de trascender los límites de la individualidad. Rebelión, en suma, contra el tiempo y la muerte. Algunos califican de "inauténtico" el deseo de mantener el ánimo en disponibilidad para brindarse a toda experiencia, y hasta atribuyen pusilanimidad y egoísmo a la aventura constante de renunciar alguien a ser solo hombre para transformarse en una especie de laboratorio humano (o más que humano) donde todas las realidades se conjugan. Enfermedad de poeta, dije; tentación o pecado de poeta podría agregar. Como nadie, el poeta sabe que él puede ser cuanto se imagina y que de algún modo es cada cosa que nombra. ¿Ha de amputarse, entonces? ¿Aguarda un único destino a quien a cada instante se dispara en todas las direcciones del cielo y de la tierra? ¿Debe resignarse a sus propios límites, si sus límites no son los de su figura y su alma sería más feliz y apacible si pudiera encontrar los suyos? ¿Vivir una sola vida o vivir todas las posibles, propias y ajenas? ¿Ser sólo el que debemos llegar a ser, y sumergir la cabeza en el río del tiempo, o demorarnos y milagrosamente ser el agua que canta a nuestro lado y el árbol que se levanta a los lejos y el niño que fuimos y el seguro y horizontal cadáver que terminaremos por ser? ¿Puede el poeta ser de otro modo que así? Tal vez no. Pero enfermedad, tentación o pecado, eso se paga. Y él lo paga a menudo en soledad, tristeza e insatisfacción. Si sus afanes, pretensiones, deseos tienen algo de hermosura no tienen poco de insensatez, ya que el tiempo y la muerte son inexorables. Hay un fondo de soberbia en su pecado que recuerda la que le valió a Luzbel la tiniebla y la soledad. También él quiso desconocer sus límites.

Acaso el malo no nos tienta por malo sino por ser —quizá excepto el mismo Dios— el más solitario y triste de los seres. ¿Podría ser quien es sin esa soledad y tristeza? Acaso no. Acaso mucho menos, entonces, podría ser quien es sin ellas el poeta, que no es ni tan diablo ni tan soberbio ni tan malo.

Todo esto puede no tener nada que ver con el caso personal de Miguel Gallardo. Repito que no intento —ni me parecería lícito— escudriñar intimidades, de las que nada sé, por otra parte. Entiendo, sin embargo, que cuando el poeta habla no habla sólo de sí ni para sí y creo saber que la poesía consiente más de una interpretación válida.

Lo mejor de este libro son los poemas de inspiración religiosa. La religiosidad transita casi todas las composiciones de este volumen, con presencia más o menos advertible. A veces se evidencia plenamente, como en esta estrofa: "Dios hoy,/ tomo mis pies con las manos/ y me golpeo en tierra/ como un látigo,/ varias veces/ como un látigo/, frente a Vos.'

Dije que Miguel Gallardo es un poeta que parece estar más allá de muchas vanidades. Puede resultar impertinente, entonces, observar algunas menudencias, cuando lo más seguro sería esperar la natural y propia evolución del autor. Lo haré, sin embargo. Ajeno a toda retórica y despreciador tal vez de toda poética, Miguel Gallardo sólo parece atenerse a los dictados de su ánimo. No es objetable —desde el punto de vista poético— que se lleve a veces por delante a la gramática. Algunos de esos empellones son sin duda conscientes y en algunos casos fructuosos (como cuando transforma verbos intransitivos en transitivos, por ejemplo). Pero hay también relajamientos en la fuerza expresiva, caídas de tono y ocurrencias, que no siempre han de confundirse con la verdadera inspiración. Si lograra una mayor

depuración formal, su expresión, que ya es sincera, ganaría en eficacia. Esta palabra, aplicada a la creación lírica, suele poner los pelos de punta a quienes insisten en confiar todo lo poético a las providencias de una feliz impremeditación. Ellos sabrán. Creo, sin embargo, que es posible decir esto a quienes —como Gallardo— no ignoran que la poesía no se reduce tampoco a mera eficacia.

Al enunciarse el Canto I se nos asegura que "alarada es un grito profundo que abriga alguna esperanza". Quizá se trate de la esperanza que ya es realidad en varios de los poemas de este libro.

J. A. P.

HÉCTOR CIOCCHINI: *Canto del prisionero* (Delphica, Buenos Aires, 1958).

Este poeta resuelve en deslumbrantes imágenes su propia concepción de un misterio: la mortalidad de los seres y las cosas y su reintegro a la totalidad del cosmos. Sin entrar a conjeturar la validez de ésa su posición mental y emotiva ante el mundo, anotemos que Ciocchini emplea un lenguaje acorde con aquélla, si bien debilitado por un simbolismo excesivo. *Jardines imperiales/ en la noche palpitante del agua;/ algas profundas del nacimiento,/ abismo de una música sin canto.* Obsérvese que en este sobrio poema —el primero del libro— cada palabra tiene un sentido poético *per se* y que el autor se ha limitado a reunirlas en un todo enunciativo y esquemático, posible de múltiple significación. Ciocchini ha partido, pues, de situaciones poéticas ya dadas, por así decirlo, y ha elaborado ulteriormente sus composiciones moviéndose en una lúcida abstracción. El descarnado procedimiento de Ungaretti —que no reside meramente en la brevedad sino en la concentrada densidad de la expresión— puede advertirse en Ciocchini. Cabe destacar la limpidez conceptual de su verso, aunque, en los poemas largos del libro, la proximidad un tanto forzada de los vocablos le resta fluidez y quiebra el ritmo inicial.

J. O. G.

DORA MARTÍNEZ DÍAZ DE VIVAR: *Fragmentario ser* (Buenos Aires, 1958).

Distingue a esta poesía una sobriedad formal de lúcida expresión y la caracteriza un tono lineal acorde con una actitud contemplativa del mundo. Versos descarnados, de línea tan breve como concluyente, se suceden con una singular fluidez y se ajustan en la marcha al todo orgánico de una bien resuelta arquitectura. La sobriedad que hemos apuntado no queda desmentida por las reiteraciones empleadas en algunos poemas. Lejos de la gratuidad, éstas se van justificando en todo momento por su, diríamos, necesariedad. Por lo demás, una ajustada adjetivación corrobora esa virtud. El procedimiento conceptual de Dora Martínez Díaz de Vivar se resuelve con la eficacia de partir de lo cotidiano y lo próximo, refiriendo a su existencia la del poeta y las perplejidades del ser: *Queda el pequeño rito:/ dar*

cuerda al reloj,/ cerrar alguna puerta,/ preparar los ojos/ para lo que me rodea,/ como un silencio... Y la melancólica y tranquila decepción del singular significado de estos versos: *Arpa, clavecín,/ de qué lejano/ entendimiento.*

J. O. G.

MARÍA PAULINA JUSZKO: *Poemas del Yo Dios* (Buenos Aires, 1958).

En una breve introducción donde la autora ha extendido el lenguaje poético que luego desarrolla en el libro, se nos proporciona la clave de la filosofía existencial que mueve el contenido de este libro. Concepción que puede enunciarse así: el hombre es invención del hombre. En consecuencia, "Yo soy mi dios, mi Yo es dios". Sin duda, María Paulina Juszko ha creído necesario facilitar la interpretación de estos poemas que, en su totalidad, se sostienen en su desarrollo conceptual sobre aquella tesis. Formalmente, ésta ha sido resuelta de manera inorgánica en las 46 composiciones que integran el libro. En ocasiones recurre a la prosa, cálida, ceñida y ajustada en su expresión, pero librada al silogismo, a lo simbólico y al procedimiento propio de la fábula. Enfáticamente, advierte: *Si no viven en ti/ el gusano y el pájaro,/ no debes llamarte poeta.* Simplista y esquemática premisa que tiene por base la equiparación —de abuso corriente— que atribuye al pájaro la condición de: alto, sublime, espíritu, etc. y al gusano la de: bajo, rastrero, barro. Del mismo modo, los sapos *escupían sobre mí sus babas pestilentes.* De calidad dispar y, en conjunto, lejos de la perfección, hay poemas que contienen, no obstante, alguna línea que permite suponer en María Paulina Juszko un sentimiento poético en potencia capaz de desarrollarse con eficacia.

J. O. G.

Azares de la letra

CRISIS

Cuando hablamos de crisis, sin estar demasiado persuadidos de la originalidad de nuestra afirmación solemos responder: el mal no es de la economía ni de la política ni de las instituciones ni de la diplomacia; la crisis es moral: el mal está en el centro mismo del hombre de hoy. Hacia el siglo VI antes de nuestra era afirmaba Confucio: "Los antiguos que deseaban hacer manifiesto el carácter claro de las gentes del mundo se ponían a ordenar primero su vida nacional. Aquellos que deseaban ordenar su vida nacional se ponían a regular primero su vida familiar. Aquellos que deseaban regular su vida familiar emprendían primero el

cultivo de su vida personal. Aquellos que deseaban cultivar su vida personal se ocupaban primero de poner en orden su corazón, procuraban primero la sinceridad de su voluntad. Aquellos que deseaban la sinceridad de su voluntad se ocupaban primero de aumentar sus conocimientos. El aumento de los conocimientos depende de la investigación de las cosas. Cuando se investigan las cosas, aumenta el conocimiento. Cuando aumenta el conocimiento, entonces la voluntad se vuelve sincera. Cuando la voluntad es sincera, entonces el corazón está en orden. Cuando el corazón está en orden, entonces se cultiva la vida personal. Cuando se cultiva la vida personal, entonces se regula la vida familiar. Cuando se regula la vida familiar, entonces se ordena la vida nacional, y cuando la vida nacional se ordena, entonces hay paz en el mundo." Creo que esto merecería ser pensado en este tiempo de bloques político-militares y chatura espiritual, de masificación personal e internacional. De ello derivaría la necesidad de defender valores y entidades inherentes a la humanidad que hoy parecen estar en quiebra: la persona, la familia, la nación. Pienso que sería más eficaz ahondar este tipo de reflexiones en vez de seguir enredándonos en la creciente criptografía de siglas sin sentido y en el primitivismo, puerilidad o estupidez de nuestra diplomacia contemporánea.

Estrategia

Está incuestionablemente demostrado que ni los elefantes ni los leones entienden una palabra del arte de guerrear. En *Decadencia y caída de casi todo el mundo* refiere Will Cappy cómo aquellos pesados mamíferos fueron motivo de pesadumbre en las filas de Aníbal. De los leones dice Plutarco que, habiéndolos soltado en gran cantidad los habitantes de Mégara para que los ayudaran a repeler una invasión, se mostraron versátiles, atolondrados o irresolutos hasta el punto de no dejar megarense en buen estado de salud.

Compensaciones

En la carta conocida como testamento de Heiligenstad, Beethoven refería a sus hermanos la desventura de su sordera creciente. Confesaba tener un "temperamento vivo, muy sensible a las distracciones sociales", a las que por causa de su defecto debía renunciar. "No me hubiera sido posible decir a la gente: hablad más fuerte, gritad, que soy sordo", añadía.

Una tradición romántica que se complace en alimentar al genio con dolores y contratiempos ve en esa desdicha del músico su mayor motivo de gloria. Una variante de ese criterio, no tan patética, pero no por eso menos aceptable, permite suponer que el tiempo que un Beethoven sano hubiera gastado en esas distracciones sociales, a las que se confesaba sensible, hubiera privado a los hombres de algún cuarteto o de alguna sinfonía.

Claro que el pobre Beethoven quizá no sospechaba entonces estas compensaciones. Como todo hombre vivo sólo podía padecer su destino y sucumbir, a veces, a la conmovedora debilidad de quejarse.

Humor poético

"Poemas violentos y amables" de Jorge A. Capello incluye un poema escolar (sic) que lleva por título *25 de mayo*. Es un breve cuadro descriptivo que empieza con este verso: *Bombas*. Luego sigue una enumeración sintética de *medradores graduados, torturadores oficiales,* etc. A pie de página se lee esta aclaración: "Incluído por el autor en su libro de lecturas para tercer grado *Conozcamos la Anarquía,* arbitrariamente rechazado por el Ministerio de Educación y Justicia.

Soberbia

En toda radical autoinsatisfacción despunta esta paradógica soberbia: aspirar uno a haber sido Dios alguna vez para haberse podido creer entonces a imagen y semejanza propia.

El callar de los monos

Hay verdades que al sernos formuladas nos persuaden de que, de alguna manera, ya las poseíamos. "¿Cómo no se me ocurrió antes?", solemos decirnos en esos casos. Confieso, sin embargo, que hasta no leer *Izur* de Leopoldo Lugones no tuve la menor sospecha de que la falta de lenguaje articulado en los monos "se debe a abstención y no a incapacidad." Supongo que mi perplejidad ante semejante revelación fué análoga a la que debió sobrevenir al personaje de ese cuento al enterarse de que, "según los indígenas de Java, los monos no hablan para que no los hagan trabajar".

J. A. P.

Documentos

PARTIDO DE MASA Y DEMOCRACIA [1]

Ignazio Silone:

Haré cinco observaciones acerca de las condiciones presentes de los partidos políticos en algunos países de la Europa occidental y central.

La primera concierne a la transformación de los partidos políticos de opinión en partidos de masa, tal como se ha producido ya en algunos países y está en vías

[1] Intervención de Ignazio Silone en una mesa redonda de los debates celebrados recientemente en Rodas, réplica de J. K. Galbraith y contestación de Silone.

de llevarse a cabo en otros. Desde un punto de vista muy general, es éste un aspecto de un fenómeno mucho más vasto que concierne a la sociedad de masas; pero, desde un punto de vista inmediato, no cabe duda de que tal transformación ha sido favorecida por el sentimiento general de inseguridad (consecuencia de la última guerra, de las guerras civiles, de los cambios de régimen, de la ocupación por ejércitos extranjeros, de la inflación, de la desocupación), así como por el estatismo que afecta en el día de hoy casi todos los dominios de la actividad humana. De modo que hemos llegado a lo siguiente: los pobres, para asegurarse el pan cotidiano, los intelectuales, para ascender más fácilmente en su carrera, los artesanos y los comerciantes, para obtener su patente, los industriales, para recibir créditos —todos tienen más o menos necesidad o creen tener necesidad de ayuda, de la benevolencia o hasta de la complicidad de alguna autoridad estatal. La vida social está, como se dice, politizada.

Es un hecho que la eterna e incoercible aspiración de los hombres, que en todo tiempo y bajo todos los regímenes tienden a elevarse en la escala social, está ahora concebida en gran parte (al menos por la mayoría de los ciudadanos de los países a que me refiero) como el resultado o el fruto de una protección política. Si antes un gran número pensaba en asegurarse el poder mediante la riqueza, la mayoría adopta hoy un punto de vista inverso: piensan asegurarse la riqueza mediante el poder. Y las comprobaciones que cada cual puede hacer en torno de sí, en el seno de su propia clase social o en su vecindad, parecen sostener día tras día esta convicción.

De tal modo, como nadie consiente en que lo dejen atrás, como nadie quiere que lo aventajen sus iguales y vecinos, sus propios colegas o sus competidores, la mayoría se vuelve desde hace algunos años hacia los partidos políticos y las organizaciones afiliadas a ellos; y estos partidos, que antes de las últimas guerras, guerras civiles, ocupaciones extranjeras, inflaciones y otras crisis económicas, no eran más que pequeñas agrupaciones de opinión y consistían sobre todo en otras tantas redes de comités electorales o de electores influyentes y, en el caso particular de los partidos socialistas, en una red de grupos de "proletarios evolucionados y conscientes", han pasado a ser en adelante partidos de masa (o incluso, lo que confirma la regla, son rebajados al papel de apoyo de algún partido de masa).

Si tenemos en cuenta el hecho de que en Italia, en 1914, por ejemplo, los únicos partidos organizados eran el partido Socialista y el partido Republicano, y que el conjunto de sus efectivos no pasaba quizá de los cien mil adherentes, mientras que en la actualidad nuestros partidos políticos, comprendiendo las organizaciones que dependen de ellos (juveniles, femeninas y otras, pero sin incluir los sindicatos), totalizan un número de adherentes que se aproxima a diez millones, podemos formarnos una idea, aunque sea puramente numérica, de la transformación operada. De suerte que es difícil encontrar una familia italiana que no se considere, con razón o sin razón, como políticamente "enrolada". De allí proviene, sobre todo, el relativo conservadorismo de nuestro cuerpo electoral. En las familias numerosas, en las familias "bien pensantes", en las familias ricas, en aquellas que han sufrido más o temen sufrir, llegado el caso, del cambio de régimen, la situación es a menudo bilateral: uno de los hijos milita en el partido de la mayoría, el otro en un partido de oposición.

Mi segunda observación concierne al cambio de estructuras que se ha producido en los partidos a consecuencia de su transformación de partidos de opinión en partidos de masa. Es evidente que la irrupción de un gran número de personas ansiosas de asegurarse protección y ventajas no podía sino transformar profundamente la vida interior de los partidos políticos. Y esto por dos razones evidentes: por el número y la calidad de los adherentes nuevos.

Un partido que en una sola ciudad, Milán, Roma o Nápoles, cuenta con ciel mil miembros no puede prácticamente reunirlos ni siquiera para discutir problemas municipales: la vida del partido está forzosamente desmigajada a través de subsecciones, células, agrupaciones de empresa, de inmueble y de calle. Por otro lado, la mayoría de los adherentes está en el partido para encontrar protecciones o ventajas y participar en la vida del grupo, no para discutir, sino en la medida y de la manera en que pueda garantizarle que alcanzaría sus objetivos.

Es en estas condiciones que en los partidos de masa se han constituído lo que se llama los "aparatos" (organismos directivos), que son ahora los amos. Los "aparatos" son una consecuencia a la vez que una causa que acentúa la degeneración actual de los partidos. Es evidente que, a falta de un "aparato" servido por toda una organización ramificada, un partido de masa estaría prácticamente imposibilitado de funcionar; pero en la medida en que el "aparato" es eficaz, éste sustituye al partido, usurpa sus derechos y "despolitiza" de alguna manera la masa de los adherentes.

Quisiera llamar la atención sobre una confusión posible que puede hacerse entre los "aparatos" actuales y la vieja burocracia de los partidos. De hecho, se trata aquí de dos fenómenos diferentes, correspondientes a dos períodos históricos bien distintos. Por otra parte, los "aparatos" no sólo están constituídos por funcionarios o empleados de la organizacón, puesto que los empleados y los militantes que, mientras se entregan a sus ocupaciones habituales, representan al partido en las fábricas, las oficinas, los grandes inmuebles y los municipios forman igualmente parte de ellos. A cada cual lo que le corresponde: el prototipo de la organización directiva moderna de partido, desde el punto de vista de la prioridad cronológica y de la perfección técnica ha sido creado sin duda por Stalin en el Partido Comunista de la Unión Soviética. Desde este punto de vista, podemos hablar de una "stalinización" generalizada de los partidos políticos de masa en el curso de los últimos años. La "stalinización" no le ha sido ahorrada, evidentemente, a los partidos de masa anticomunista. Lo podemos afirmar, por ejemplo, respecto del partido de la Democracia Cristiana en Italia, cuyo "aparato" (organismo directivo) de Fanfani ha eliminado en casi todas partes a los "notables" católicos que habían fundado el Partido Popular. Pero el Partido Popular era un partido de opinión, mientras que la Democracia Cristiana es un partido de masa. Pues bien, al combatir el comunismo, la Democracia Cristiana ha tomado su estructura técnica; y es ésta una prueba más de que se acaba siempre por identificarse con el propio adversario.

No voy a enumerar todas las consecuencias de la hegemonía que ejercen actualmente los organismos directivos en la vida interior de los partidos, pero quiero citar a lo menos una: el descrédito que afecta hoy a los "notables". Apunta sobre todo a la categoría de los abogados, que proporcionaba su mayor número; pues bien, en lo que respecta a los abogados, el descrédito ha afectado asimismo a la elocuencia. El partido de masa no está ya soldado por la retórica, sino por las cartas circu-

lares. De igual modo, la antigüedad de la adhesión, los servicios prestados, los sacrificios consentidos por la "causa" no cuentan ya en la foja de servicios para la promoción de los dirigentes. Estos salen ahora de las escuelas del organismo directivo. La cultura especial que allí se imparte contribuye a formar una casta cerrada de fanáticos. Por lo demás, los "activistas" saben muy bien que su tarea principal consiste en maniobrar las asambleas y los congresos.

Mi tercera observación concierne al carácter del régimen político que resulta del dominio de esos partidos. Definimos aún el régimen político de los países de la Europa occidental como un régimen democrático-parlamentario. Hasta sucede que muchos de nosotros, con toda buena fe, consideramos cualquier crítica del parlamentarismo como un ataque a la democracia, pues no podemos concebir otra forma democrática que la forma parlamentaria (lo cual es doblemente falso). No es aquí el lugar de examinar a qué conducen hoy nuestras instituciones parlamentarias; pero tenemos el deber de preguntarnos si es justo inculpar al sistema parlamentario de todos los vicios de nuestra vida política. No lo creo. Dado que el verdadero poder está fuera del parlamento, y más precisamente en los comités ejecutivos de los partidos, sería más exacto decir que vivimos bajo un régimen de partidos (partidocracia).

¿Qué nos queda pues de la democracia? Desde luego, mientras no tengamos un partido único y gocemos de una relativa libertad de prensa, podremos continuar hablando de democracia. Pero ¿de qué democracia se trata? Es evidente que no se trata ya de la democracia liberal y parlamentaria de antes, sino de una democracia peculiar y, podemos decirlo, la más tenue, la más aleatoria, la más estrecha de las formas democráticas. Desde el punto de vista formal, las constituciones democráticas ignoran todavía los partidos y exigen que las leyes sean promulgadas por el Parlamento; sin embargo, diputados y senadores no son sino los portavoces de las direcciones de los partidos.

¿Cómo podría ser de otro modo? El "aparato" (organismo directivo) designa los candidatos en las elecciones y dirige el voto preferencial. Salvo excepciones cada vez más raras, los elegidos son elegidos por el "aparato": en consecuencia, el diputado o el senador que manifieste alguna veleidad de independencia con respecto a las directivas de la "caballeriza", corre el riesgo de no ser elegido nuevamente. Las mismas designaciones de ministros, subsecretarios y titulares de embajadas importantes han pasado a ser materia de deliberación de los comités ejecutivos de los partidos de gobierno. Todo esto no es un misterio para nadie y hasta es considerado como absolutamente normal. Sabemos también, puesto que la prensa habla de ello abundantemente, que las negociaciones sobre el programa y la repartición de las carteras ministeriales, a los fines de la constitución de un gobierno de coalición, ya no se discuten entre los representantes de los grupos parlamentarios, sino entre los comités ejecutivos y los secretarios de los partidos interesados.

Dado que este régimen de los partidos se ha impuesto recientemente, su poder y legitimidad causan todavía litigios y resistencias; pero no nos hagamos ilusiones: son los residuos de un estado de espíritu llamado muy pronto a desaparecer. Sería falso, por lo demás, imaginar que en la oposición entre organismos directivos y "no-

tables", el principio democrático esté representado por estos últimos: sólo defienden sus propios intereses oligárquicos.

Para concluir sobre este punto, pienso que probablemente el régimen de los partidos durará tanto como el fenómeno mismo de los partidos de masa, y que éstos durarán a su vez tanto tiempo como la inseguridad social y el estatismo obliguen a los ciudadanos a considerar la carta del partido como la "carta del pan". En otros términos, tendremos aún para mucho tiempo.

La cuarta observación concierne al papel que los partidos de oposición tienden a desempeñar en un régimen semejante. Muchos indicios parecen indicar que, en estas condiciones, intervienen en la lucha política con un espíritu cada vez más acusado de "grupo de presión". Así, por ejemplo, los comunistas y los socialistas italianos no escapan en modo alguno a esta tendencia, puesto que su más grande aspiración parece ser en adelante llegar a constituir la mayoría, sea como fuere, y advenir al gobierno. Esta tendencia es absolutamente nueva en Italia donde, por tradición, cada partido tenía un programa que se proponía cumplir íntegramente. Pero en la actualidad el término mismo de "integralismo" es sospechoso, y el integralismo de los patidos está denunciado por los mismos opositores como el peor peligro para la democracia.

Creo que es ésta otra característica del paso de la vida política del régimen democrática liberal al régimen de los partidos. (Entre paréntesis, me permito señalar que si el ejemplo de los organismos directivos políticos nos fué dado por Rusia, es innegable que el ejemplo de una fuerza organizada que no supere los límites del "grupo de presión" proviene de los Estados Unidos.)

Quinta y última observación: concierne al régimen que se designa habitualmente como el de un "partido único". La fórmula es impropia, puesto que contiene una contradicción en sus términos mismos. Cada partido, en efecto, deja de existir desde el instante en que destruye los partidos adversos. Sufre desde entonces la suerte de la parte que quiere ser el todo. Puesto que, ante cada problema o cada dificultad de alguna importancia, las diferenciaciones políticas tienden a reproducirse en su seno, el partido único debe amputarse a sí mismo sus elementos más vivos y someter a sus propios adherentes al mismo régimen de unanimidad servil que impone a sus adversarios.

Esta triste evolución acaece en la historia de todos los partidos dictatoriales. El así llamado partido único sobrevive en la forma, a condición de que se convierta en un órgano burocrático del Estado encargado de tareas especiales de vigilancia y propaganda. Desde que admite esta degradación efectiva, el así llamado partido único debe sin embargo renovar radicalmente sus efectivos, librarse de los elementos "revolucionarios" de la "primera hora", de la "víspera", del período de conspiración, que resisten a la burocratización.

Creo que esta experiencia es importante para los países que acaban de sustraerse a la servidumbre colonial y abordan la vía de la independencia, y a los cuales puede seducir la tentación del partido único. Todo parece conducir a esta solución: el número de aquellos que han luchado por la independencia es fatalmente limitado, y la ignorancia y la miseria impiden a la mayoría de la población participar conscien-

temente en la vida política. En estas condiciones, la multiplicidad de los partidos puede parecer artificial y perjudicial. Es así, por otra parte: pero nada iguala a la amenaza que significa el partido único. Bien pronto vuestro partido dejará de ser un partido, dejará de representar libremente las aspiraciones y los intereses del pueblo, deberá someterse a la razón de Estado. Aquellos que quieran resistir serán eliminados como traidores. Y no será inútil que en esos países se esté mejor informado acerca de la suerte de los "revolucionarios" en los regímenes de partido único. No es dudoso que la pluralidad de los partidos, a pesar de todas sus insuficiencias, sea aún la condición previa de toda vida política democrática.

POR LOS PARTIDOS FUERTES

John Kenneth Galbraith:

Para responder a Ignazio Silone, quisiera preguntarle si sus observaciones se refiren solamente a Italia, o si ha tomado a Italia a título de mero ejemplo. En este último caso, deberé llamar la atención sobre los Estados Unidos y sobre el partido a que pertenezco. Las tendencias que Silone lamenta no se han desarrollado en el partido democrático que es, en verdad, uno de los más viejos del mundo.

Quisiéramos estar mucho más burocratizados de lo que estamos y disponer de mayores medios para llegar al público y persuadirlo. Desearíamos por encima de todo tener una disciplina de partido que no se parezca a nuestra fórmula de "libre empresa política". Todos estos deseos, con excepción quizá de la disciplina de partido, no pueden realizarse por la grave ausencia de medios materiales, a lo menos entre una elección y otra.

A mi juicio, el mundo tiene poco que temer de los partidos fuertes, disciplinados y organizados; no han sido, en el pasado, especialmente perjudiciales a nuestras libertades. Observemos ante todo que las maquinarias de los partidos tienen precisamente tendencia a parecer las más fuertes poco antes de dislocarse. Las organizaciones políticas atestiguan, a menudo, una potencia aparente que oculta con frecuencia una gran debilidad. Inclinémonos un instante sobre la naturaleza de esas debilidades políticas. Sin ninguna duda, la generación precedente ha conocido importantes modificaciones en la naturaleza del poder político. Esto es particularmente cierto para los Estados más nuevos. El poder se ha deslizado de las manos de los feudales y de los grupos privilegiados y también de las de ciertos representantes del mundo de los negocios. Hoy pertenece cada vez más a las masas populares.

Olvidamos a menudo que en las democracias europeas más antiguas (y creo que esto es en parte verdad para los Estados Unidos) ese deslizamiento del poder ha sobrevenido poco después de un largo esfuerzo de educación. Observemos, por ejemplo, la importancia de la educación de las clases laboriosas en relación con el deslizamiento sobrevenido en Gran Bretaña. En los nuevos Estados, por el contrario, ese cambio sobreviene sin preparación, sin educación y en circunstancias que dan nacimiento a una nueva gama de problemas. Hemos aprendido que en los países más evolucionados económicamente, el capitalismo y los intereses de las masas pueden en cierta forma conciliarse. Es lo que ha sucedido en los Estados Unidos y, casi

siempre, en la Europa occidental. El conflicto de intereses que parecía tan agudo en el siglo XIX parece hoy infinitamente menor en estos países económicamente evolucionados. Hemos supuesto que tal evolución es posible en los países menos dichosos que se constituyen actualmente en Estados, pero tales países tienen un problema diferente y más difícil, que consiste en intentar reconciliar el interés de las masas con privilegios esencialmente feudales —entregas de grandes sumas de dinero, y no reinversiones de fondos a propietarios terratenientes, a *sheiks* y otras personas que ocupan desde hace mucho posiciones económicas y políticas.

No es en modo alguno evidente que el interés del pueblo pueda conciliarse con una apropiación tan importante de rentas y semejante concentración del poder político en beneficio de algunos. Por ello, en tales países, independientemente de que no hayan conocido esos años de educación política y de preparación y que deban improvisarlos muy rápidamente, nos encontramos a menudo en presencia de revolucionarios sinceros que piden cambios radicales, cambios que, en el curso de la historia mundial, nunca han llevado a cabo pacíficamente. Me parece pues que debemos acoger favorablemente la concentración de las ideas, la concentración de la experiencia y, por lo tanto, la evolución de movimientos políticos serios. Tareas difíciles, como la reforma agraria y la redistribución de la riqueza, exigen partidos extremadamente fuertes. Espero pues que nadie tomará demasiado en serio los temores del señor Silone, salvo en lo que concierne a Italia que, después de todo, ha sido solamente solicitada por dos grandes fuerzas políticas: una desde la Reforma y la otra desde el marxismo, lo cual constituye un ejemplo sin duda único.

Respuesta de Ignazio Silone:

No he juzgado este fenómeno nuevo del partido de masa desde el punto de vista de la disciplina o de la indisciplina. Mi opinión es que el partido de masa, en Italia y en otros lugares, es un partido despolitizado en el cual, casi siempre, el 90 % de sus miebros no se preocupa de política, no tiene ningún interés en los debates políticos y entra en el partido sencillamente para beneficiarse con su protección. En consecuencia, un partido de esa clase no es ya lo que podría ser, es decir una manifestación de la actividad política y la expresión política de la vida civil. Semejantes partidos no están ya en condiciones de hallar por sí mismos soluciones a los problemas sociales. No pueden ya suscitar confrontaciones, son meras fachadas. Se trata, pues, de una pequeña oligarquía que toma, en el interior del partido, las decisiones políticas necesarias y que, por medio de la burocracia del partido, impone su elección en la base. De allí resulta la aceptación pasiva por la masa que, despolitizada, es indiferente. Está claro que esto no significa en modo alguno una disciplina en el verdadero sentido de la palabra. La disciplina significaría una aceptación consciente y voluntaria de una orientación particular; pero con el nuevo partido de masa hemos de entendernos con un partido despolitizado, controlado, mediante un "aparato" sólido, por una oligarquía política. Lo que explica la sobrevivencia del partido comunista, a despecho de los choques provocados por el informe de Kruschev, los motines de Poznan, la rebelión de Budapest. La base de un partido comunista (y quiero hablar aquí de un partido comunista como el de Italia, y no de pequeños partidos como el de Inglaterra y Dinamarca) es una

base despolitizada. La mayoría de sus miembros está en el partido porque éste los protege. Aún hay regiones, fábricas y pueblos, en Italia como en Francia, donde la carta del partido significa "protección". Los militantes no discuten el informe de Kruschev o los acontecimientos revolucionarios de Poznan o de Budapest: no son personas disciplinadas sino inertes, dirigidas por un "aparato" bajo el control de una minoría que es la Quinta Columna soviética en Italia.

Atestando el hecho de que ciertos partidos políticos no benefician ya la expresión política de sus propios miembros, hago, desde luego, un juicio de valor que no está en modo alguno reservado a la izquierda porque, en Italia, lo comparten los jefes de todos los partidos políticos. La afluencia de las masas a ciertos partidos no es un fenómeno accidental, sino el resultado de una especie de "masificación" de la sociedad. Es el resultado de la inseguridad de la vida y está en relación con el clima de crecimiento del stalinismo que tiende a politizarlo todo. El resultado de esta politización general es que el pueblo, para vivir, se vuelve apolítico y que el carnet del partido se vuelve una especie de cupón que permite al portador obtener su pan cotidiano.

(Traducción de C. H.)

OMISIÓN

La del nombre de Silvina Ocampo en la edición reciente de *Las criadas,* de Jean Genet (SUR, Buenos Aires, 1959). Hace cosa de diez años, para publicarla en Nº 166 de la revista, emprendimos juntos esa traducción. ¿Necesito decir que a Silvina Ocampo se deben exclusivamente todos sus posibles aciertos — ritmo, sentido poético, gracia, delicadas, calculadas libertades? Mi trabajo, si trabajo puede llamársele, ha sido puramente material.

JOSÉ BIANCO

UNA ACLARACIÓN A PROPÓSITO DE SUSANA SOCA Y PASTERNAK

En nombre de la señora madre de Susana Soca y de las "Entregas de *La Licorne*" me escribe el Sr. Guido Castillo, desde Montevideo, pidiéndome la rectificación de cierto punto a propósito del breve artículo de homenaje, titulado "Susana Soca, *La Licorne y Pasternak*", que publiqué en el número 257 de SUR. Ahora bien, esa "rectificación" no me corresponde a mí propiamente hacerla. Lo único que incumbe —y a ello me presto gustoso— es una sencilla aclaración. Veamos por qué.

Según mi comunicante no es cierto que Susana Soca fuera portadora del manuscrito de la novela de Pasternak al salir de Rusia; sólo se enteró de la existencia

de ese libro, mediante una carta del autor, recibida ya a su regreso, en Montevideo; en suma, "nunca tuvo nada que ver, directa o indirectamente, con *El Doctor Jivago*". Quede, pues, así registrado, y hecha la aclaración debida.

En cuanto a la "rectificación" personal que se me solicita, no me corresponde a mí hacerla, sino a otros: a diversos medios intelectuales de París y Madrid —integrados en buena parte por amigos de Susana Soca y míos—, donde ha circulado la versión contraria que yo recogí. Ignoro qué origen puede tener y, como sucede en todos los casos semejantes, sería muy difícil establecerlo de modo preciso. Pero no es muy aventurado intuirlo: se debe probablemente al hecho de que la fundadora de *La Licorne* fué la primera persona —o una de las primeras— en hablar de la existencia de ese libro, tanto a amigos de Europa como de Buenos Aires y Montevideo, dejando ciertos detalles en la penumbra. Su delicadeza moral y su admiración por Pasternak, junto con el temor de "causarle algún perjuicio", como reflejo de los temores del propio escritor ruso, vedaban tal vez a Susana Soca mayores precisiones, pero permitían, como suele suceder en tales casos, otras conjeturas. Que éstas, según el testimonio de los mejor enterados, sean a la postre erróneas, que no tengan base alguna en la realidad estricta de los hechos, en nada disminuye la noble memoria de nuestra malograda amiga ni afecta a su claro nombre.

Aun animado de la mejor intención se excede, por lo tanto, el Sr. Guido Castillo cuando escribe que, al haberme yo hecho eco de la común versión, "Susana Soca aparece en una situación equívoca y en una actitud absolutamente impropia de su carácter". ¿Qué "equivocidad", qué "impropiedad" podía haber para una persona sin compromisos ideológicos, movida únicamente de su pura devoción literaria hacia Pasternak, en el hecho de contribuir a que el manuscrito de su novela traspasara la frontera soviética, si este supuesto falso hubiera resultado cierto? Al contrario, no creo estar solo, sino acompañado, al pensar que tal rasgo, por su valor moral, enaltecería aún más la figura y el recuerdo de la malograda escritora uruguaya.

A quienes únicamente puede herir o rebajar cualquier realidad o hipótesis sobre los temores y dificultades que experimentaba Pasternak, aun antes de publicar su novela —y de los que habló reiteradamente Susana Soca a sus amigos— es a los que todavía se obstinan en negar evidencias; es a aquellos para quienes dar publicidad a las coacciones, amenazas o represalias ejercidas contra un espíritu libre en la URSS y anexos, siguen pareciéndoles patrañas propagandísticas, explotadas con "turbios fines" desde fuera...

GUILLERMO DE TORRE

Núm. 259

JULIO - AGOSTO 1959

NUMERO ESPECIAL DEDICADO A LA INDIA

VICTORIA OCAMPO: *Introducción.*

JAWAHARLAL NEHRU: *Crisis del espíritu.*

M. K. GANDHI: *La democracia y el pueblo; Mujeres; Miscelánea; Pobreza en medio de la abundancia; Autodisciplina; Ahimsa o el camino de la no violencia; Religión y verdad.*

RABINDRANATH TAGORE: *Tres poemas inéditos; Fragmentos de cartas a Victoria Ocampo.*

S. RADHAKRISHNAN: *El Buda y su mensaje.*

HIMAYUN KABIR: *La literatura de la India.*

ANTOLOGÍA DE POETAS INDIOS ACTUALES

BHABANI BHATTACHARYA: *Habla un autor.*

SARAT CHANDRA CHATTERJEE: *El Paraíso de una desdichada.*

MANIK BANDYOPADHYAY: *Prehistórico.*

MAULANA ABUL KALAM AZAD: *El prisionero y los gorriones.*

C. RAJAGOPALACHARI: *La balsa; El aro para la nariz.*

ROOP KATTHAK: *Manu.*

PRITHWISH NEOGY: *La pintura india.*

NAKAYANA MENON: *Música y danza en la India; Teatro y cinematógrafo en la India.*

REVISTA SUR

SAN MARTÍN 689

BUENOS AIRES

INDICE

Nuevas metamorfosis de Tristán, por *Denis de Rougemont* 1
El escándalo y el fuego, por *H. A. Murena* 21
Sobre "Las islas", de Jean Grenier, por *Albert Camus* 25
Cuervo y paloma del doctor Sebastián Darrés, por *Adolfo Bioy Casares* 28
Tres poemas, por *Juan José Hernández* 31
Acción de gracias, por *Tomás Eloy Martínez* 32
Artistas, por *Juan Goytisolo* 33

CRÓNICAS Y NOTAS

Papeles: Imperialismos; Diálogos; Literatura femenina, por *Enrique Anderson Imbert* 61

LIBROS

ENSAYOS

Juan Adolfo Vázquez: Bajo el signo del unicornio 68
Roberto García Pinto: De Huxley a Montaigne 72
Alicia Jurado: J. Krishnamurti: "La libertad primera y última" 74
Eugenio Guasta: Thomas Merton: "La vida silenciosa" 76
Jaime Rest: Vicente Rossi y los orígenes del tango 79

NOVELA

A. J.: Enrique Amorim: "La desembocadura" 85
Rosa Chacel: José Donoso: "Coronación" 86
Celia Zaragoza: Manuel Rojas: "Mejor que el vino" 90
Jorge A. Paita: Gaston Gori: "La muerte de Antonini" 92

POESÍA

J. A. P.: Andrés Fidalgo: "La copla" 94
Joaquín O. Giannuzzi: Hugo Acevedo: "Canto al Norte" 95
J. A. P.: Miguel Gallardo: "Alaradas" 96
J. O. G.: Héctor Ciocchini: "Canto del prisionero"; Dora Martínez Díaz de Vivar: "Fragmentario ser"; María Paulina Juszko: "Poemas del Yo Dios" 98

AZARES DE LA LETRA, por *J. A. P.* 99

DOCUMENTOS

Ignazio Silone: Partido de masa y democracia 101
John Kenneth Galbraith: Por los partidos fuertes 106
Respuesta de *Ignazio Silone* 107

OMISIÓN, por *José Bianco* 108

A propósito de Susana Soca y Pasternak. Una aclaración, por *Guillermo de Torre* 108

Este número 258
de SUR se terminó de imprimir el
día 15 de mayo de mil novecientos cincuenta
y nueve, en los talleres gráficos
Stilcograf, General Manuel
A. Rodríguez 2548, en
Buenos Aires, República Argentina.

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

LIBRERIAS RECOMENDADAS

librería
biblioteca
circulante

novedades
español
inglés
francés
alemán

corrientes 515
T. A. 31-3621

PIGMALION

33.542

revistas literarias, técnicas y científicas de Francia, Norteamérica, Inglaterra e Italia ponemos a su disposición por intermedio de nuestro servicio de suscripciones directas.

CONSULTENOS

LIBROS
GONCOURT
Montevideo 1130
42-0837 y 44-5084

Librería SARMIENTO

Novedades Literarias
Nouveautés Françaises
Libros de Arte
Suscripciones Revistas Extranjeras
Encuadernaciones
Artículos de Papelería

LIBERTAD 1214-20
T. E. 41 - Plaza - 4792-9500

GALATEA

LIBRERIA • GALERIA
Cuidadosa selección en
LITERATURA • ARTE • FILOSOFIA
FRANCES • CASTELLANO
IMPORTAMOS A PEDIDO
CUALQUIER LIBRO DE FRANCIA
VIAMONTE 564

NOVEDADES LITERARIAS

LIBRERIA VERBUM
VIAMONTE 411
T. E. 31 - 2255

EN
LIBRERIA ITALIANA
VISCONTEA
LIBROS
ITALIANOS

LIBERTAD 1021 - 44-8362

GALERIAS DE ARTE

VAN RIEL

GALERIA DE ARTE

BUENOS AIRES

FLORIDA 659 — T. E. 31-0225

GALERIAS

WITCOMB

ARTE ANTIGUO

Y MODERNO

FLORIDA 760

PRÓXIMAS EXPOSICIONES:

mes de mayo: TORRALLARDONA
mes de junio: FELIPE ORLANDO
JOSEFINA MIGUENS

En Erasil: Barata Ribeiro 578
COPACABANA — RÍO DE JANEIRO

GALERIA BONINO

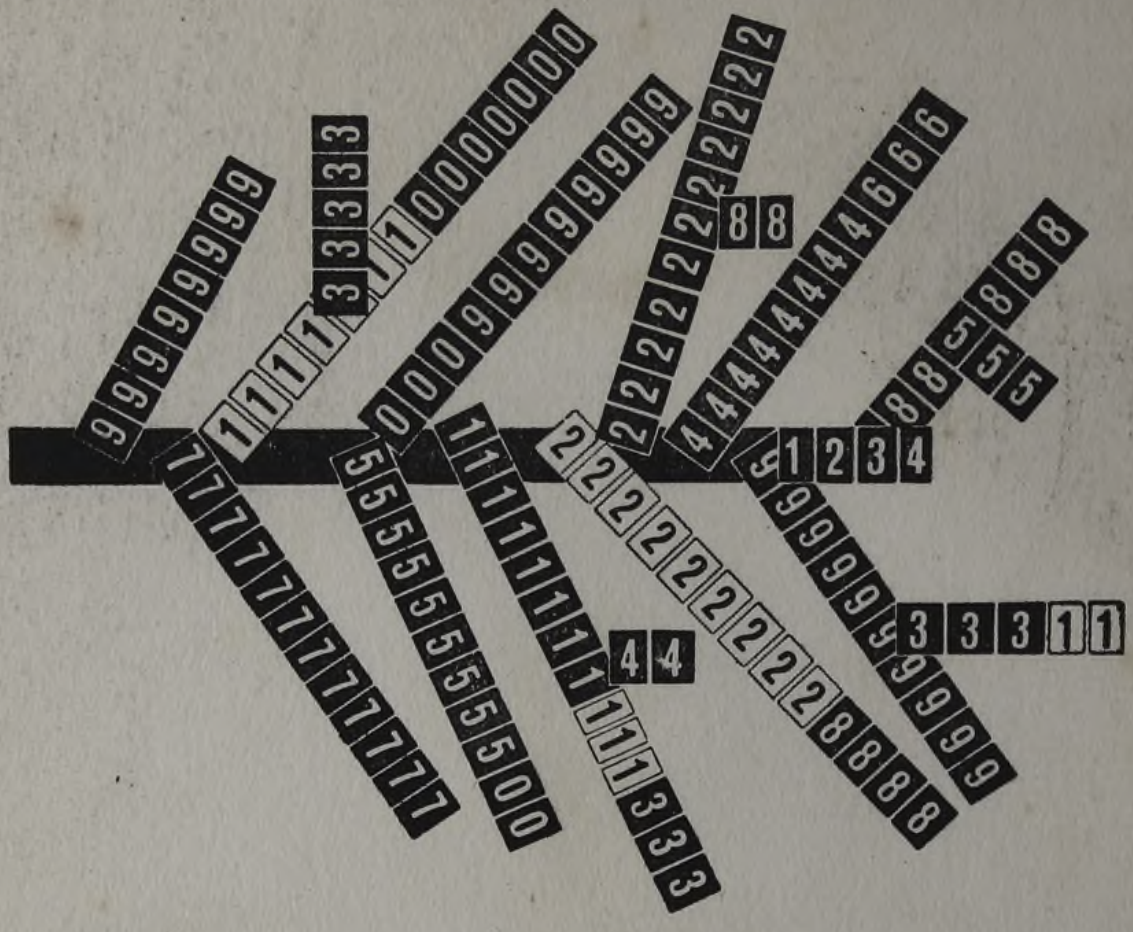
MAIPÚ 962 — BUENOS AIRES

Estirpe de navegantes

LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

Iberia

A TODO EL MUNDO... EN EL MAS GENTIL DE LOS VUELOS RAPIDOS

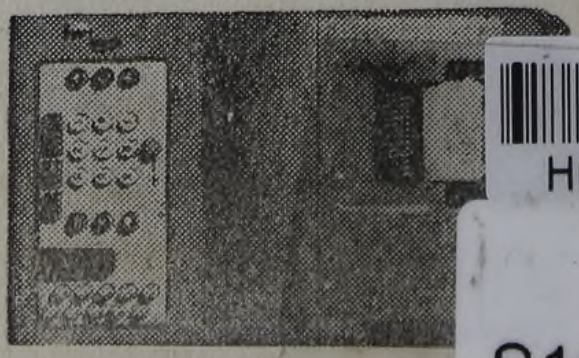


olivetti

Olivetti Argentina S. A.
Buenos Aires - San Martin 550

La ***Divisumma*** producida también ahora en la Argentina, con idénticos sistemas, materiales y características que la fabricada en Ivrea-Italia por Ing. C. Olivetti & C. S.p.A., es una calculadora impresora totalmente automática, modelo que aumenta la eficiencia del equipo mecánico de una oficina moderna.
Además, por su sistema impresor, permite conservar todos los datos de un cálculo, incluso el saldo negativo. Divide automáticamente y multiplica con la mayor rapidez, gracias a un dispositivo de abreviación automática, que es una obra maestra de la técnica de Olivetti. Su manejo es tan fácil que no requiere ninguna práctica especial en el operador.

Divisumma



H0008057

S1CJ.15.1.